

Fawcett, Henry (1833-1884)

El libre-cambio y la protección : investigación de las causas que han retardado la adopción general de la libertad de comercio desde que se introdujo en Inglaterra / por Enrique Fawcett ; traducido por Gumersindo de Azcarate y Vicente Innerarity

Madrid : Victoriano Suárez, 1879

Signatura: 20410

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

EL LIBRE-CAMBIO

Y

LA PROTECCION.

INVESTIGACION DE LAS CAUSAS QUE HAN RETARDADO
LA ADOPCION GENERAL DE LA LIBERTAD DE COMERCIO
DESDE QUE SE INTRODUJO EN INGLATERRA,

por

ENRIQUE FAWCETT,

Miembro del Parlamento británico y Profesor de Economía política
en la Universidad de Cambridge.

Traducido de la segunda edición inglesa, con autorización del autor,

por

GUMERSINDO DE AZCÁRATE,

Profesor en la *Institución libre de enseñanza*,

Y

VICENTE INNERÁRITY,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid.

MADRID:

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ, JACOMETREZO, 72.

1879.





20410

BANCODE ESPAÑA
Eurosisistema

BIBLIOTECA



1 100007 926248

20410

EL LIBRE-CAMBIO Y LA PROTECCION.

OBRAS DE G. DE AZCÁRATE.

Ensayo de una introduccion al estudio de la Legislacion comparada y Programa de esta asignatura; un tomo, 4.º, 10 rs.

Estudios económicos y sociales; 8.º, 10 y 12 rs.

El Self-government y la Monarquía doctrinaria; 8.º, 14 y 16 rs.

Estudios filosóficos y políticos; 8.º, 12 y 14 rs.

La Constitucion inglesa y la política del Continente; 8.º, 12 y 14 rs.

Ensayo sobre la Historia del derecho de propiedad y su estado actual en Europa; 4.º, 28 rs., tomo 1.º

El poder del Jefe del Estado en Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos; un folleto, 2 rs.

Minuta de un testamento, publicada y anotada por W...; 8.º, 6 rs.

Conferencia sobre el libro de Sir T. E. May: La Democracia en Europa; un folleto, 2 rs.

Resúmen de una discusion sobre el problema social (en prensa).

Estudios de Derecho romano, comparado en algunos puntos con el francés, el inglés y el escocés, por Lord Mackenzie, traducido, anotado y comparado con el español, en colaboracion con D. Santiago Innerárity; 4.º, 20 y 22 rs.

EL LIBRE-CAMBIO

Y

LA PROTECCION.

INVESTIGACION DE LAS CAUSAS QUE HAN RETARDADO
LA ADOPCION GENERAL DE LA LIBERTAD DE COMERCIO
DESDE QUE SE INTRODUJO EN INGLATERRA,

por

ENRIQUE FAWCETT,

Miembro del Parlamento británico y Profesor de Economía política
en la Universidad de Cambridge.

Traducido de la segunda edicion inglesa, con autorizacion del autor,

por

GUMERSINDO DE AZCÁRATE,

Profesor en la *Institucion libre de enseñanza,*

Y

VICENTE INNERÁRITY,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid.



MADRID:

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ, JACOMETREZO, 72.

1879.

Es propiedad.

IMP. DE J. M. PEREZ, CORREDERA BAJA, 41.

AL LECTOR.

Vá ya para seis años que la vida económica de los más de los pueblos cultos está atravesando una crisis gravísima por su larga duracion y por el carácter complejo de las causas que la han motivado y sostenido. Unas, como la sustitucion del hierro por el acero, se derivan de la naturaleza misma del desarrollo industrial; otras, como la pérdida de las cosechas, son inevitables y de todos los tiempos; unas, como las guerras, penden de la voluntad de los Estados; otras, como el abuso del crédito, son imputables á los individuos. Y sin embargo, hay quien se olvida de las sequías, del *oidium* y de la filoxera; de la guerra norte-americana, cuyos efectos todavia se sienten, de la franco-alemana y de la de Oriente; del afan febril por crear sociedades anónimas, de la plétora de produccion, del ágio y de las quiebras fraudulentas; de los impuestos onerosos, del coste enorme de los ejércitos permanentes y del curso forzoso del papel-moneda; en una palabra, de las múltiples causas que han contribuido á que la crisis se produzca y continúe, para echar la culpa de todo lo que pasa á lo que se ha hecho en estos últimos años en el sentido de la *libertad de comercio* y á los tratados que han impulsado á los pueblos á marchar por ese camino; modo de

discurrir y de proceder que tiene la doble ventaja de hacer innecesario el trabajo de desentrañar la parte en que es debida la crisis á cada uno de esos motivos, y la de descargar sobre el Estado toda la responsabilidad, hasta la que corresponde de derecho á los individuos por su torpeza ó mala voluntad.

De aquí ese como renacimiento del *sistema proteccionista*, que por todas partes truena contra el libre-cambio y los tratados de comercio, como si ellos fueran los causantes de la actual postracion económica; suposicion que es en verdad bien extraña, dado el carácter general de ésta, porque se comprende que cuando en medio de un bienestar general, un país dice: todos prosperan y yo decaigo, se le ocurra pensar que esto ha tenido lugar por haber cometido la indiscrecion de rebajar los derechos arancelarios, y que lo que él pierde lo gana el vecino; pero no se explica que, cuando se trata de una crisis que alcanza á todos los pueblos, se diga que es la libertad de comercio la que favorece á unos con perjuicio de otros. Sería un trabajo curioso el reunir los datos aducidos por los proteccionistas para mostrar los daños experimentados por cada país en estos últimos años y el anotar las consecuencias que se pretenden deducir de las balanzas de comercio, porque veríamos, de seguro, que todos perdian sin que se pudiera decir á dónde habian ido á parar las ganancias; pues todavia, á pesar de las refutaciones tantas veces hechas y como si el ejemplo de Inglaterra no probara nada, si-

guen ciertas gentes considerando como pérdida para una Nacion el exceso de sus importaciones sobre sus exportaciones.

El *proteccionismo* repite los argumentos de siempre y aduce otros nuevos, aprovechándose, sobre todo, de la apariencia de verdad que tiene á primera vista el llamado principio de *reciprocidad* ó sistema de *represalias*, el cual seduce tanto más, cuanto que parece consecuencia de la teoría misma del libre-cambio; siendo así que, como ha dicho Mister Forster, seguir esa política seria lo mismo, que si á uno que tuviera sujeto uno de los brazos por la espalda, se le quisiera favorecer atándole tambien el otro. En la misma Inglaterra, donde la libertad de comercio ha sido considerada al modo de un axioma, y donde su consagracion por la ley se estima como una gloria de que está envanecido aquel pueblo, se han mostrado dudas y vacilaciones, ó mejor dicho, han creído algunos partidarios del libre-cambio que no era incompatible con él la aplicacion en ciertos límites de ese principio de *reciprocidad*.

Ahora bien, para salir al encuentro de los sofismas antiguos y de los nuevos, y muy especialmente de los errores en que se incurre al exponer los efectos y consecuencias del sistema de *represalias* y al resistir la celebracion de tratados de comercio, el ilustre economista inglés Mister Fawcett dió unas conferencias, con las que hizo luego este libro de que en pocos meses se han hecho dos ediciones; favor del público que se explica fácilmente, porque seria difícil exponer y

desarrollar un tema con mayor lucidez ni con más claridad que lo ha hecho en esta obra el distinguido profesor, de quien no dirán los proteccionistas que ha olvidado argumento alguno de los que aducen en apoyo de su sistema, ni tampoco que no los trata con todas las consideraciones que puede apetecer un adversario.

Y como en nuestro país arrecia desgraciadamente la reaccion proteccionista, se reproducen los antiguos sofismas, se aducen otros nuevos, se utiliza la aparente conveniencia del principio de *reciprocidad* y se combaten tambien los *tratados de comercio*, nos ha parecido oportuno ayudar á la obra patriótica emprendida por los partidarios con que cuenta el libre-cambio en nuestro país, traduciendo este libro notable, en que con gran fuerza de lógica, á la par que con admirable sencillez y claridad, se exponen los principios que deben regir las relaciones mercantiles de los pueblos.

LOS TRADUCTORES.

Mayo, 1879.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICION.

En el otoño del año pasado pronuncié en Cambridge una série de conferencias acerca del libre-cambio y la proteccion. Uno de los principales motivos que á ello me movieron, fué el tratar de explicar las causas que han retardado el progreso del libre-cambio y que han permitido á los proteccionistas el ocupar aún una posicion tan fuerte en Europa, en América y en muchas de nuestras colonias. Al principio creí que seria conveniente publicar estas conferencias en la misma forma que habian sido pronunciadas, pero despues me pareció que seria mejor, por varias razones, adoptar un plan diferente, y por esto he dividido el libro en seis capítulos.

Varias veces he tenido ocasion de consultar la obra de Mr. Frederick Martin, *Statesman's Year Book*, y además me han servido de mucho los admirables *Statistical Abstracts* que se publican anualmente por la Direccion de Comercio (*Board of Trade*). Siempre que he necesitado datos nuevos sobre las materias á que se refieren esos resúmenes, me han sido comunicados en seguida por dos señores empleados en aquella dependencia, Mr. Edwin J. Pearson y Mr. Robert Giffen, economista bien conocido y estadístico. Aprovecho esta ocasion para mostrarles mi agradeci-

miento por su bondad y ofrecerles el testimonio de mi sincera gratitud.

Tambien deseo manifestar cuánto estimo el auxilio que me han prestado mi esposa, que ha revisado todo el libro segun se iba imprimiendo, y mi secretario Mr. F. J. Dryhurst, quien no solo me ha servido como amanuense, sino que me ha ayudado constantemente en varios conceptos y ha hecho un índice ó sumario de materias, el cual creo que facilitará mucho la consulta del libro (1).

Mayo, 1878.

(1) Para la mejor inteligencia de este párrafo, tenga en cuenta el lector que el profesor Fawcett es ciego y que su mujer es autora de varias obras de Economía política muy estimables.—(N. T.)

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICION.

Durante los pocos meses trascurridos desde la aparicion de la primera edicion de este libro, han ocurrido muchas circunstancias que parecen confirmar la idea que expresé entonces, de que habia llegado el tiempo en que era necesario considerar las causas que habian dado una fuerza cada dia mayor á los principios proteccionistas en Europa, en los Estados-Unidos y en muchas de nuestras colonias. Por ejemplo, el pueblo del Canadá se ha declarado últimamente por una mayoría abrumadora en favor de la proteccion, y parece probable que en Alemania el año próximo se formará una poderosa combinacion para conseguir la imposicion de derechos protectores más fuertes aún que los que hoy dia están en vigor en aquel país. No solamente en el continente y en muchas de nuestras colonias parece que recobra nuevos bríos este movimiento en favor de la proteccion, sino que en la misma Inglaterra, la continuada depresion de la industria está produciendo cierta reaccion contra el libre-cambio. Existen bastantes señales de que muchos, que han permanecido hasta hace poco fieles á la bandera del comercio completamente libre, empiezan

á abogar porque volvamos á una especie de proteccion, alegando lo que ha dado en llamarse *reciprocidad*. Interesa, por tanto, á mi parecer, demostrar que seria imposible llevar á cabo esa política de *reciprocidad* sin agravar todas las desastrosas consecuencias que se producirian si continuara la depresion industrial.

Diciembre, 1878.

CAPÍTULO PRIMERO.

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

El principal objeto que me ha movido á escribir las páginas que siguen, es tratar de explicar las causas que en estos últimos años no solo han hecho retardar la adopción general del libre-cambio, sino que han dado en diferentes países nueva vida á la protección. Me parece que el asunto exige un detenido estudio, porque tenemos que darnos cuenta del hecho de que á pesar de admitirse que Inglaterra durante los últimos treinta años ha conseguido las mayores ventajas por haber adoptado la política del libre-cambio, sin embargo, la mayor parte de los países parecen tan aferrados á la protección como si aquel experimento hubiese fracasado en vez de haber tenido feliz éxito. No solo en los pueblos donde hace tiempo se encuentra establecida aquella, se nota esa falta de inclinación á seguir el ejemplo dado por Inglaterra, sino que también en los nuevos, como Australia, existe

2

asimismo el deseo de adoptar la proteccion en una ú otra de sus varias formas. Autoridades entendidas y competentes han dicho que la gran cuestion política en Australia durante los próximos años, será probablemente una encarnizada lucha entre los partidarios del libre-cambio y los de la proteccion. La fuerte posicion que ocupa al presente en muchos países el sistema protector, ha sorprendido y desanimado á muchos de los que han mantenido en Inglaterra la libertad de comercio. Grande era la confianza con que se predecia que cuando nuestro pueblo hubiera gozado las ventajas de aquella, los demás se verian obligados á seguir su ejemplo por la fuerza irresistible de su propio interés. Durante los famosos debates que tuvieron lugar en el Parlamento hace treinta años, cuando se presentaron las reformas financieras de Sir Roberto Peel, se mantuvo una y otra vez que todos los pueblos comerciales muy pronto tendrian que tratar de compartir con Inglaterra las ventajas de comprar en el mercado más barato y vender en el más caro. Aún hace bien poco, en 1860, cuando estaba próximo á ratificarse el tratado con Francia, su autor declaró que «nada seria capaz de oponerse al contagio moral producido por el ejemplo que daban Inglaterra y Francia al obrar jun-

»tas partiendo de los principios del libre-cambio» y vaticinó que el estímulo que de este modo se daba á este «se extenderia mucho más allá de las fronteras de ambos países.» En vez de haberse realizado estos anuncios, parece que la renovacion de aquel mismo tratado comercial con Francia y el establecimiento de otros semejantes con los demás pueblos, tendrán que luchar hoy con más oposicion por parte de los proteccionistas que la que se encontró cuando se propusieron por vez primera.

Creo, por lo mismo, que conviene fijar muy especialmente la atencion en el firme apoyo que las doctrinas proteccionistas han obtenido en muchos países, porque nada hay tan dañoso para la causa del libre-cambio, como dar poca importancia á las fuerzas que se han unido para combatirle é ignorar las circunstancias en que se fundan sus contradictores. Por desgracia, cuando discuten este asunto los ingleses partidarios de la libertad de comercio, con frecuencia adoptan un tono que no es el más propio para convencer á aquellos que difieren de sus ideas. Cuando se habla de los proteccionistas como si solo se guiaran por el deseo de sacrificar el bienestar de la comunidad á la consecucion de sus fines egoistas, ó burlándose de ellos como si fuesen víctimas

de sofismas económicos tan claros que no debían engañar á un niño, debería tenerse presente que no hace muchos años la gran mayoría de los ingleses eran fervorosos proteccionistas, y que las argucias que hoy día nos inspiran tanto desprecio, se aceptaban sin vacilar por muchos de los más eminentes de nuestros compatriotas.

Hace apenas unos cuarenta años, Lord Melbourne, que era entonces Presidente del Consejo de Ministros, declaró en la Cámara de los Comunes, con la completa aprobacion de la gran mayoría de las personas á quienes se dirigia, que «durante su larga vida habia tenido la desgracia de oir proponer muchas locuras, pero que superaba á todas las que habian llegado á sus oidos la proposicion de que se aboliesen las leyes sobre cereales.» Sir James Graham era un hombre de Estado que tenia la reputacion de persona de gran talento práctico y de mucho sentido comun. Una diputacion de Manchester se le acercó en 1840 para que activase la abolicion de las leyes sobre cereales, y contestando á sus argumentos, les dijo que, «si se abolian esas leyes, sobrevendrian grandes calamidades sobre la Nacion; que la tierra dejaria de ser cultivada; que no se podrian sostener la Iglesia y el Estado; que todas nuestras instituciones volverian á su condicion

primitiva, y que aquellos á quienes estábamos excitando destruirian nuestras casas á nuestra vista» (1). Creo que no podrá negarse que los que hacian tan singulares declaraciones en favor del proteccionismo, no estaban ménos engañados por sofismas económicos que los proteccionistas de nuestros propios dias. Todos los argumentos más poderosos en pró del libre-cambio habian sido expuestos hacia ya muchos años con gran claridad y vigor por Adam Smith, Ricardo y otros economistas. En los libros de estos escritores se encuentran muchos pasajes que son la mejor respuesta que se puede dar á muchos de los modernos contradictores de aquel. Puede, sin embargo, argüirse con justicia, que, aunque es verdad que se ha añadido poco en estos últimos tiempos á los argumentos que se hacen contra la proteccion, no obstante, el emanciparse de las doctrinas de este sistema era mucho más difícil antes de experimentarse el libre-cambio, y que al asombroso éxito de la prueba hecha en Inglaterra debia seguir una rápida aceptacion de los verdaderos principios llamados á regular el comercio entre las Naciones de un modo infinitamente

(1) *Cobden y la Liga*, por Mr. Henry Ashworth, de Bolton, pág. 42.

más sencillo. Debe, no obstante, tenerse presente que la adopcion del libre-cambio en la Gran Bretaña fué grandemente favorecida por circunstancias de un carácter tan excepcional, que al presente no se encuentran en ninguno de los países en que existen ya ó se tratan de introducir aranceles proteccionistas. Entre Inglaterra y los pueblos que hoy día mantienen la proteccion, hay esta diferencia esencialísima. En Inglaterra, lo que más cuidadosamente se protegía eran los intereses agrícolas, mientras que en el continente, en América y las colonias, lo más amparado hoy contra la competencia extranjera es la industria manufacturera nacional. Así que en Inglaterra la proteccion encarecía la cosa que es más necesaria para la vida, el pan; mientras que en otros pueblos donde existe al presente, solo aumenta el precio de artículos tales como ropas, muebles, etcétera. Salta á la vista, por lo mismo, que el mantenimiento de la proteccion pudo excitar allí una indignacion popular que no puede producir ni en América, ni en Australia. En un período de escasez y de miseria, como la que existió en Inglaterra desde el año de 1843 al 45, la fuerza de la opinion en favor del libre-cambio se hizo irresistible. A todo aquel que sufría los horrores del hambre, á todo aquel que estaba excitado por la

necesidad, se le podia decir: «El pan ha encarecido y tienes hambre, porque el trigo barato que los países extranjeros están ansiosos de enviarte, no tiene entrada libre en nuestros puertos.» Tal cosa no se puede decir en favor del libre-cambio á las gentes de los Estados-Unidos. Puede hacerseles notar que pagan inútilmente un precio muy elevado por varios artículos fabriles; que las lanas, los hilados, los zapatos, los artículos de hierro y otros muchos, encarecen por virtud de la proteccion; pero el tener que pagar un precio más elevado por una levita, una camisa ó un sombrero, no puede nunca excitar la misma indignacion popular que cuando en tiempo de escasez las gentes se ven privadas del alimento de que están tan necesitadas.

Se puede, ciertamente, decir que en Inglaterra no existian solo derechos protectores sobre los productos agrícolas, porque cuando Sir Roberto Peel propuso sus medidas libre-cambistas, habia más de mil artículos sujetos á derechos de importacion, muchos de ellos de carácter protector. Sin embargo, se ve claramente por el tono que tuvieron las discusiones de aquel tiempo, que el movimiento libre-cambista debió entonces su mayor fuerza á la proteccion que elevaba el precio de los artículos de primera necesidad. En los pro-

longados debates que tuvieron lugar en la Cámara de los Comunes, se hicieron discurso sobre discurso, tanto por los adversarios del libre-cambio como por sus partidarios, en los cuales no se aludia siquiera á ningun otro asunto que no fuera la abolicion de las leyes sobre cereales. En vano Sir Roberto Peel trató una y otra vez de dar á la discusion una base más ámplia, recordando al Parlamento que, no solo se proponia aplicar los principios del libre-cambio á la importacion del trigo, sino que trataba de abolir toda clase de derechos protectores. En la historia política de nuestra pátria se ha manifestado repetidas veces que lo que se niega á la razon, con frecuencia se concede al miedo. Muchos, como el mismo Sir Roberto Peel, que durante tanto tiempo habian escuchado con oidos de mercader los argumentos más contundentes que se aducian en favor del libre-cambio, hubieran permanecido sin convertirse ni convencerse, á no haber amenazado en Irlanda un hambre espantosa que les hizo retroceder ante la responsabilidad de mantener un sistema, que, disminuyendo las existencias de artículos alimenticios, hubiera aumentado el número de los que ya estaban sufriendo los horrores de la miseria. Poco antes de la abolicion de los derechos protectores, aún parecia que exis-

tian razones para suponer que la lucha podía continuar durante mucho tiempo. El partido proteccionista tenia gran mayoría en ambas Cámaras, y aun entre aquellos que no estaban clasificados como pertenecientes á él, habia muchos que sostenian una forma embozada de proteccion, como, por ejemplo, un derecho invariable de ocho cheelines sobre el trigo. El éxito que obtuvo el libre-cambio en Inglaterra fué, sin duda alguna, debido en gran parte al celo y habilidad desplegados por sus mantenedores; pero sin querer rebajar en lo más mínimo los grandes servicios prestados por los más afamados jefes de aquel movimiento, debe tenerse presente que un orador ó escritor que desee al presente convencer á los americanos ó australianos de los perjudiciales efectos de la proteccion, tiene que aducir argumentos muy distintos y emplear ejemplos muy diversos á los que hace treinta años ejercieron una tan decisiva influencia en Inglaterra. Llegó á tener profundas raices en aquel tiempo en la opinion pública la creencia de que en seguida que se aboliese la proteccion, los alimentos bajarian de precio, y para la mayor parte de las gentes, tal ventura de una abundancia siempre en aumento no iria acompañada de sombra alguna, ni produciria desventajas de

ningun género. Más adelante aprovecharé la ocasion para mostrar que á consecuencia de la diferencia de las circunstancias económicas, los argumentos que hoy dia hay que hacer en favor del libre-cambio, tienen que ser en el continente, en América y en las colonias, muy otra cosa de los que eran en Inglaterra hace treinta años.

Por muy grandes que en último resultado fuesen las ventajas que trajese la libertad de comercio, se olvida con demasiada frecuencia que cuando se ha creado de una manera artificial un número dado de industrias y se les ha dado así una especie de existencia ficticia merced á la proteccion, si se les retira este apoyo, sobrevienen menoscabos y pérdidas á los en ellas interesados, ya sea como obreros, ya como capitalistas. Hay muchos, sin duda alguna, que no asentirán á la opinion que acabo de expresar, porque se suele mantener muy á menudo que la abolicion de la proteccion ha de traer consigo un aumento de bienestar hasta para aquellas industrias que están protegidas. Creo que no será difícil más adelante probar lo erróneo de esta doctrina. Es realmente uno de los casos que ocurren frecuentemente en que se generaliza demasiado un principio económico sin hacer las salvedades

des necesarias. Así, se afirma que la introduccion de una nueva máquina tiene que resultar benéfica para el trabajador. Bajo un punto de vista, es indudable que esto es cierto, porque probablemente á ninguna de las clases sociales produce tantos beneficios el uso frecuente de las máquinas como al obrero. No obstante, pueden presentarse numerosos ejemplos con los que se probaria seguramente que la invencion de una nueva máquina ha traído consigo una pérdida grande y real para una clase dada de trabajadores. El resultado primero de esos adelantos es el permitir que cierta obra industrial que hasta entonces requeria el auxilio de un arte manual, se ejecute por un procedimiento mecánico. Esa disposicion pocas veces se consigue sin un largo y costoso aprendizaje, y aquellos que la poseen son en verdad dueños de una propiedad, cuyo valor pecuniario puede graduarse por el exceso de salario que recibe, comparado con el que se paga al obrero que carece de esa habilidad. Se ha dicho, por ejemplo, que muchos de los más dispuestos de los trabajadores de limas en Sheffield han podido llegar á ganar seis libras (1) por semana. Supongamos que se inventa una má-

(1) Unos seiscientos reales.

quina que hace las limas con la misma perfeccion con que antes se hacian á mano; el operario encontrará que ha dejado de ser necesaria su especial habilidad, cesando por lo tanto de tener valor alguno pecuniario. Habrá de buscar una ocupacion en la cual no tendrá ninguna ventaja excepcional que le capacite para pedir un salario mucho mayor que el ordinario, y probablemente sucederá, por desgracia, que solo podrá ganar la mitad de lo que antes conseguia. De aquí que, por muy grandes que sean las ventajas que á un pueblo traiga el uso general de las máquinas, al aumentarse el poder productor del trabajo y del capital, no debe perderse de vista el hecho de que los trabajadores, cuya especial habilidad queda destruida por un invento mecánico, tienen que experimentar una pérdida tan real y positiva como la que sufriria el dueño de una finca que de pronto se encontrase con que su tierra habia perdido más de la mitad de su fertilidad natural.

Cuando se investigan las causas que inducen á que se dé un tan valioso apoyo á la continuacion de la proteccion en América y en otros países, me parece que se puede probar que la oposicion á la adopcion de una política libre-cambista tiene en gran parte por fundamento motivos muy

parecidos á los que á menudo han inducido á los obreros empleados en determinadas industrias á oponerse á la admision de una nueva máquina. Haremos notar que el partidario del libre-cambio se encuentra á menudo con una dificultad singular, pues cuanto más claras y manifiestas sean las ventajas que resulten de la abolicion de la proteccion concedida á una industria particular, mayor es el incentivo que se presenta á todos los que tienen relacion con ella para que la resistan. De este modo, para que se vean con toda evidencia las grandes pérdidas que la proteccion impone á un país, pueden escogerse algunos ejemplos, de los cuales aparezca que las circunstancias de un pueblo son tan poco favorables para el desarrollo de una determinada industria, que no podria existir si no estuviera asegurada contra la competencia extranjera por los derechos protectores. A causa de las abundantes minas de sal que posee Inglaterra, es muy probable que toda la que se consume en Francia iria de nuestro país y se llegaria á no poder fabricar allí una sola libra de ella, si no estuviera gravada con enormes derechos su importacion. Por lo tanto, si se abolieran estos derechos, la fabricacion de sal en Francia dejaria de existir como industria, y los interesados en ella, ya como

capitalistas, ya como trabajadores, tendrian que experimentar las pérdidas é inconvenientes que siempre acompañan á la mudanza del capital y del trabajo de una esfera de accion á otra. En los países que mantienen un sistema protector, existen siempre muchas industrias, como la de fabricacion de sal en Francia, cuya vida depende de que continúe la proteccion. De aquí que no es extraño que cualquier conato de abolirla excite la oposicion combinada de todos los que tienen que ver con tales industrias. Esta oposicion, suscitada por el propio interés, apenas si cabe esperar que desaparezca; antes, por el contrario, sucede con mucha frecuencia que se aumenta por la misma fuerza de los hechos aducidos en favor del libre-cambio. Así se ha dicho por el reputado economista americano Mister D. A. Wells, que el pueblo de los Estados-Unidos se ve obligado á pagar, á consecuencia de los derechos protectores que gravan la importacion del acero, un sobreprecio tan inútil sobre los carriles de este metal, que seria un gasto reproductivo para la Nacion, si se aboliesen estos derechos protectores, y con el dinero del Estado se comprasen las fábricas de Bessemer, recibiendo las personas empleadas en ellas una cantidad por vía de compensacion. Sin embar-

go, los interesados saben perfectamente que no tendrian probabilidad de obtener semejante indemnizacion; y por lo tanto, cuanto más oyen hablar acerca de la gran disminucion en el precio del acero que resultaria de su libre importacion, más y más se convencen de la gran pérdida que tendria que sobrevenirles, y por lo tanto crece su oposicion en vez de disminuir. Creo que con esta explicacion podremos comprender, al ménos en parte, por qué el libre-cambio marcha tan lentamente en aquellos países donde hace tiempo que se encuentra establecida la proteccion, y donde por lo mismo hay que suponer que de la continuacion del sistema depende, no solo la prosperidad de muchas industrias, sino en muchos casos hasta su misma existencia.

No obstante, otra fase del actual movimiento proteccionista parece á primera vista de más difícil explicacion. Ya indicamos más arriba el fuerte apoyo que encuentran en nuestras colonias los principios del sistema protector. Cabe decir: se comprende fácilmente que en un país donde ha existido la proteccion durante mucho tiempo, haya mucha gente, movida por sus propios intereses, dispuesta á defender su permanencia; pero ¿de qué proviene que en Australia, por ejemplo, que está en su mayor parte poblada con los emi-

grantes de la libre-cambista Inglaterra, se haya desarrollado un partido tan numeroso en favor de aquella? Es indudable que se ha dado mucha fuerza á los proteccionistas coloniales con la opinion expresada por algunos eminentes economistas, de que puede justificarse la imposicion de un derecho protector como recurso transitorio para promover una industria nueva en un país jóven. Ya tendré ocasion de examinar los argumentos teóricos que se aducen en apoyo de esta opinion, pues creo que se pueden señalar hechos concluyentes que prueban que las industrias protegidas de este modo, en último resultado, experimentan más daño que beneficio. El espíritu de empresa y la confianza en sí propio tienen seguramente que debilitarse, si cada vez que ocurre alguna vicisitud en una industria, los interesados en ella han aprendido á buscar el remedio en derechos protectores más elevados. Sin embargo, la experiencia nos muestra que, aun cuando estos derechos protectores se definen como un medio transitorio, una vez impuestos, jamás se ha renunciado á ellos despues voluntariamente. Desde el momento en que se protege cualquiera industria, se crea un interés poderoso que está pronto á ponerse de acuerdo con todos los demás protegidos en el mismo país,

para resistir toda tentativa de restablecer la libertad de comercio. Entre las varias circunstancias que son causa probable de que la proteccion encuentre tanto favor en una colonia nueva, hay una que, por lo mismo que ha llamado poco la atencion, conviene indicar aquí brevemente. Una gran parte de la poblacion de un país como Australia, se compone de los que han emigrado de Inglaterra; entre éstos hay muchos con seguridad que encuentran que no les es posible hallar la misma clase de ocupacion que aquella á que estaban acostumbrados. Una persona que pensara emigrar, obraria más cuerdamente, si antes de partir se informase de si le seria fácil obtener algun trabajo apropiado á sus facultades en el país á que piensa marchar. Estas precauciones se olvidan por completo casi siempre.

Cuando llegaron á Inglaterra las primeras noticias de que se habian descubierto grandes depósitos de oro en Australia, miles de personas que en su vida habian trabajado en el campo, se embarcaron precipitadamente en busca del precioso metal. Segun fué pasando el tiempo, resultó que la suerte del buscador de oro no era de ninguna manera tan halagüeña como se habia supuesto; su trabajo era duro, tenia que sufrir muchas contrariedades, y estar á menudo ex-

puesto á las inclemencias del clima, aunque de cuando en cuando se encontraba alguno que por un golpe favorable del azar se hacia rico en breve tiempo; pero la generalidad no obtenia por término medio una gran remuneracion por su trabajo. En medio de estas circunstancias, claro está que Australia presentaba favorable campo para el desarrollo de la proteccion. Los que antes de emigrar de Inglaterra habian estado ocupados como operarios ó artesanos en alguna fábrica ó taller, encontraron en seguida que no servian para semejante trabajo. Era natural, por lo tanto, que acogieran bien cualquier idea que tendiese á establecer, con la ayuda de derechos protectores, una industria parecida á aquella en que estaban ocupados en su país; de este modo se les presentaba una esperanza de obtener un trabajo del género de aquel á que estaban ya acostumbrados y podian así volver á utilizar la habilidad especial que en su arte habian adquirido en años anteriores.

Creo que no se supondrá, ni por un momento, que al exponer de este modo las causas que han dado tanta fuerza en nuestros dias al movimiento protector, deseo en lo más mínimo defender ó aminorar los grandes desastres que trae consigo dicho sistema. Pero estoy seguro,

por otra parte, de que es importante que los argumentos que hoy día se aducen en favor de la proteccion, sean expuestos con imparcialidad y examinados con cuidado, porque me parece que si se ha retardado el desarrollo del libre-cambio, es debido á que sus partidarios hablan siempre en un tono despreciativo de los mantenedores de la proteccion en otros países. En Inglaterra estamos muy inclinados á exagerar el resultado del libre-cambio. Casi no pasa semana sin que se diga, como si fuera un argumento inexpugnable contra todo lo que se dice por los proteccionistas de America, Europa y de las colonias: «Las importaciones y exportaciones de Inglaterra han más que cuadruplicado desde que se abolió la proteccion; la renta del país, como se prueba con lo que produce la contribucion sobre la misma (*income tax*), há más que doblado; los salarios han subido y la poblacion ha aumentado.» Pero á poco que se pare la atencion, se verá que otras causas, además del libre-cambio, han contribuido á esta tan pasmosa prosperidad. Entre otras que pudieran señalarse, basta que hagamos notar aquí, que próximamente en la misma época en que se abolia la proteccion, se desarrolló nuestra red de ferro-carriles, se aplicó con más amplitud el vapor á casi todas las ramas de la industria como fuerza mo-

triz, y el descubrimiento del oro en Australia dió un poderoso estímulo á la emigracion. Tambien debe recordarse que las reformas financieras, llevadas á cabo al mismo tiempo que se introdujo el libre-cambio en Inglaterra, produjeron otros resultados muy importantes además del de exterminar la proteccion en nuestro sistema aduanero. Hasta ese tiempo se habia seguido tenazmente el plan de imponer derechos á casi todas las mercancías de produccion extranjera que se importaban. En 1845 estaban en este caso nada ménos que mil ciento cuarenta y dos artículos; de estos derechos solo podian ser considerados como protectores aquellos que colocaban al productor extranjero en peores circunstancias que al nacional. Un gran número de los artículos importados, tales como té, café, achicoria, azúcar y vino, no se producen en Inglaterra, y por lo tanto, los derechos con que estaban gravados no podian considerarse como protectores. Cuando se recuerda que todos ellos han sido abolidos, á excepcion de una docena escasa, en términos que los rendimientos de nuestras aduanas proceden casi en su totalidad hoy dia de cinco artículos: té, café, tabaco, licores y vino, se demuestra claramente que las incalculables ventajas que resultaron de las reformas financieras que se llevaron á cabo en

Inglaterra hace treinta años, no se pueden atribuir únicamente á la abolicion del sistema protector. Una gran parte de los beneficios que han resultado se deben á haber hecho más sencillo nuestro sistema fiscal, lo cual se obtuvo con la abolicion de los derechos que gravaban tan gran número de artículos.

Nada me parece tan cierto como que, al discutir la posicion del sistema protector en la actualidad, es necesario algo más que apelar, como se hace constantemente, á la rapidez con que ha crecido el comercio y se ha desarrollado la riqueza en Inglaterra. De este modo no convencemos á nuestros contrarios, porque tienen á mano una respuesta que no son pocos seguramente en dar. Los proteccionistas franceses pueden, por ejemplo, decir: ¿Qué motivo hay para afirmar que Inglaterra es mucho más próspera ó más rica que Francia? Allí quizás se han formado mayor número de grandes fortunas, pero el bienestar de un país no se mide por la extension con que aquellas se forman, sino más bien por la en que éste se difunde á través de la comunidad toda. Es notorio que en Inglaterra los que se dedican á trabajar la tierra son, como clase, tan pobres que viven al dia y rara vez consiguen ahorrar lo suficiente para mantenerse durante una

sola semana. Los aldeanos franceses, como clase, no solo son muchas veces propietarios de la tierra que cultivan, sino que poseen un capital de tal consideracion, que al terminar la última guerra franco-prusiana, la indemnizacion de veinte mil millones de reales, que al principio se pensó consumiría todos los recursos de la Francia, pudo salir casi íntegramente de los ahorros de su poblacion rural.

De igual manera los americanos y otros proteccionistas pueden presentar datos estadísticos que prueban el aumento de riqueza que ha tenido lugar bajo los aranceles proteccionistas vigentes en sus respectivos países. No puede, por lo tanto, llegarse á una conclusion decisiva poniendo la prosperidad de un país frente á la de otro. Un pueblo puede tener tales circunstancias, sus habitantes ser tan ahorradores y morigerados, su suelo tan fértil, su sistema de arrendamientos tan ventajosos bajo el punto de vista económico, su clima tan favorable, que la proteccion sea impotente para detener su progreso por más que pueda dificultarlo. Trataré de demostrar que la proteccion siempre ha sido y tiene que ser una traba, y por mucha que sea la prosperidad de que, sin duda alguna, gozan varios de los países que la mantienen, disfrutarian una

mayor si su trabajo y su capital, desatados de toda traba artificial, fuesen libres de acudir á aquellas industrias en que podrian emplearse con mayor provecho.

Aun cuando seria difícil encontrar hoy en Inglaterra uno solo que dude de los grandes beneficios que reporta el libre-cambio, no obstante, en el momento actual pueden observarse con frecuencia indicaciones que parecen mostrar que existen entre nosotros muchos que aún no han comprendido por completo la verdadera naturaleza de las ventajas producidas por la libertad de comercio. Hay, por ejemplo, muchos comerciantes y fabricantes ingleses, quienes creen al parecer que se les hace una injusticia y que se perjudica al comercio inglés, si nuestro país persiste en la política libre-cambista á la vez que varios productos de su industria son excluidos de otros mercados por los derechos protectores con que está gravada su importacion. En muchas juntas de comercio se han hecho recientemente declaraciones favorables al principio de reciprocidad. El presidente de una de las más importantes no hace mucho que, refiriéndose á la probabilidad de que se disminuyese aún más la importacion de mercancías inglesas en Francia á causa de un aumento en los actuales derechos

protectores, preguntaba si, dadas estas circunstancias, el Gobierno inglés no debía tambien disminuir la importacion de géneros franceses en Inglaterra, tales como la sedería, mediante la imposicion de derechos sobre ella. Otro miembro de la misma junta declaró á seguida que «el libre cambio de un solo lado (*one side free trade*) era un absurdo.» Como hay motivos para creer que la opinion expresada de este modo tiene muchos partidarios entre los capitalistas y trabajadores ingleses, espero probar más adelante, que por muy grande que sea el daño que causen á la industria inglesa los aranceles proteccionistas de otros países, aquel no seria menor, sino que, por el contrario, se agravaria grandemente siguiendo una política de represalias.

Es de la mayor importancia volver de nuevo sobre los argumentos en pró de la libertad de comercio, porque aun en Inglaterra, entre algunos de aquellos que desean ser considerados como los más acérrimos partidarios del libre-cambio, se muestra á menudo una tendencia á favorecer alguna forma de restriccion industrial. Durante muchos años pocas cuestiones económicas han despertado tanto interés en América y Australia, como la proposicion de restringir ó prohibir la inmigracion de trabajadores chinos. Este punto

no ha sido, sin embargo, discutido, como si envolviera una cuestion puramente económica, puesto que los partidarios de que se debe coartar esta inmigracion, han mantenido siempre que son movidos á ello por consideraciones sociales y morales, y no simplemente por motivos económicos; que su antipatía hácia los chinos no solo proviene del deseo de mantener en alza los salarios, resistiendo el influjo del trabajo barato, sino que se oponen á la entrada de los mismos, porque no quieren ver su país invadido por una raza inferior. Hace poco, sin embargo, que se ha combatido en nuestro país la importacion de trabajo por motivos que muestran que se considera el asunto bajo un punto de vista puramente económico. Ciertos obreros, en ejercicio de un derecho que nadie puede negarles, se resistieron recientemente á trabajar por el salario que les ofrecian sus patronos. Estos, viendo que los alemanes estaban prontos á contentarse con esos jornales, decidieron enseguida valerse de ellos. Nadie, ni por un momento, supondrá que pueda venirnos daño alguno moral de que se establezcan entre nosotros un cierto número de obreros alemanes. Nada hay en el carácter germano que autorice al inglés á decir que teme vivir en contacto con él. Al discutir este asunto, por lo tanto, considerán-

dolo como puramente económico, investigaremos si es posible, dentro de los principios de la libertad industrial, justificar tales ingerencias en la importacion de trabajo. Se ha dicho muchas veces que la esencia del libre-cambio está contenida en esta máxima: comprar en el mercado más barato y vender en el más caro. Pero ¿se ha de negar esta completa libertad para vender y comprar á aquellos que tienen trabajo que ofrecer? La industria de un país está, al modo de una máquina complicada, compuesta de muchas partes, de manera que si se toca una sola, puede influir en el modo de funcionar todas las otras. La negacion del derecho á obtener el trabajo en las condiciones más ventajosas, no solo afecta al capitalista y al obrero que son partes en la contienda. Si á consecuencia de emplear un trabajo más caro que el que se podría obtener de otra manera, el coste de edificacion de una casa se aumenta en cinco mil reales, el que la vive, ya sea dueño, ya inquilino, paga ciertamente una contribucion y se le impide obtener un artículo más barato; exactamente lo mismo que el propietario francés que, por virtud de la imposicion de un derecho protector, se ve obligado á pagar por la libra de sal que consume el doble de lo que de otra manera pagaria.

Me ha parecido conveniente indicar, en estas observaciones preliminares, algunos de los numerosos puntos que abraza la investigacion en que me propongo entrar, porque podria estimarse, y no sin motivo, que un debate entre el libre-cambio y la proteccion no puede ser apenas otra cosa que la exposicion de sofismas, cuya falsedad ha sido probada multitud de veces. Creo haber dicho ya lo bastante para mostrar que no hay al presente asunto alguno de los que tienen conexion con la Economía, que despierte un interés más vivo y manifiesto.

CAPÍTULO II.

PROTECCION.

Parte primera.—Primas á la exportacion.

La principal ventaja que los proteccionistas atribuyen á su sistema, es que ayuda y alienta las industrias nacientes. Se defendia la proteccion en Inglaterra, y aún se defiende en los países donde se mantiene, bajo el punto de vista de que varias industrias nacionales tendrian que declinar inevitablemente, si tuviesen que lidiar con los competidores extranjeros sin estar auxiliadas por derechos protectores. Aun cuando este deseo de proteger al fabricante nacional contra extraños rivales, puede considerarse como la causa principal de que se hayan mantenido los aranceles proteccionistas, no obstante, muchos derechos que han tenido un carácter grandemente protector, se impusieron al principio, no con la idea de alentar la industria nacional, sino con el objeto muy diferente de procurar lo que se ha llamado

una favorable balanza de comercio. Durante un período de tiempo que concluyó con la publicación del libro de Adam Smith: *La Riqueza de las Naciones*, era opinion casi universal que las ventajas ó desventajas que el comercio exterior traía á un país, se medían únicamente por la cantidad en que aumentaban ó disminuían sus existencias en metales preciosos. Si las mercancías que un país importaba excedían en valor á las que exportaba, entonces debía un saldo á los países con que comerciaba; de aquí que tuviese que exportar metálico para saldar su cuenta; y como se suponía que el país empobrecía por virtud de la moneda exportada, se pensó que era un asunto de vital importancia el estorbar esta corriente monetaria, y, si fuera posible, hacerla marchar en sentido opuesto. Por esto, el alentar las exportaciones é impedir las importaciones llegó á ser un principio de política comercial en todas las Naciones, porque cuanto más se aumentasen las exportaciones y disminuyesen las importaciones, mayor sería la cantidad de dinero que habría que recibir y ménos la que pagar. Uno de los medios que se emplearon más generalmente para alentar aquellas y evitar éstas, era dar una prima á las primeras é imponer fuertes derechos á las segundas. Los que enviaban productos al exte-

rior eran considerados tan patriotas, que el dinero del Estado podia con evidente razon emplearse para remunerarlos. Por el contrario, aquellos que importaban productos, tendrian que mandar dinero fuera para pagar esas mercancías, y por tanto, fueron mirados como gentes mezcladas en transacciones que tendian á empobrecer el país, y de aquí que se consideraba útil impedir por medio de la imposicion de derechos, en una ú otra forma, el comercio á que se dedicaban. Pero habiéndose adoptado este sistema de dar primas á la exportacion é imponer trabas á la importacion, con la idea de obtener una balanza favorable, se fué poco á poco viendo que resultaban otras consecuencias del hecho de alentar de este modo las unas é impedir las otras. Se pensó que con la adopcion de ese sistema se conseguirian dos ventajas: primera, que la industria nacional recibiria un auxilio; y segunda, que se pondria un impedimento á la industria extranjera. El productor del país, que recibia una prima sobre las mercancías que exportaba, podria encontrarse de ese modo en condiciones de vender más barato que sus competidores extranjeros en el mercado de estos mismos, mientras que por medio de los derechos á la importacion, si se subian lo bastante, se haria cesar la competencia

extranjera en el mercado nacional. De tal modo se consideraba el comercio en todas partes como una lucha entre dos países rivales cuyos intereses se suponían tan completamente antagónicos, que el impedir el desarrollo industrial del extranjero se tuvo casi por tan importante como el ayudar al comercio nacional. Aun en nuestros días hay muchos que opinan, al parecer, que pide el interés directo de su propio país el que otras Naciones no prosperen. Ya veremos, cuando consideremos los argumentos que hoy día se exponen en favor de la protección, que la única base racional en que puede fundarse ese sistema, es la suposición de que existe una guerra permanente entre las Naciones que comercian entre sí, y que es de tanta importancia en esta guerra industrial, como lo sería en una lucha por la supremacía militar, el apelar á todos los medios que conduzcan á la disminucion de los recursos del enemigo.

La política proteccionista se practica hoy mediante la imposición de derechos á la importación tan generalmente, que con frecuencia se discute la protección sin hacer mención alguna de la influencia protectora que puede ejercerse por medio de la concesión de primas á la exportación. En tiempos atrás, sin embargo, jugaron un prin-

cial papel estas primas en la política comercial de muchos países, y aun en nuestros días, á pesar de haberse disminuido mucho su concesion, no se han abolido por completo. Es bien sabido que ahora mismo el Gobierno francés dá una prima á la exportacion del azúcar con objeto de alentar el cultivo de la remolacha y promover la fabricacion de aquella. Este punto, por tanto, no solo tiene un interés histórico, sino que reviste bastante importancia práctica para que merezca que nos ocupemos de él. Adam Smith dice (1): «En la Gran Bretaña con frecuencia se piden y se otorgan primas á la exportacion en favor de determinadas ramas de la industria nacional. Se pretende que por este medio nuestros comerciantes y fabricantes podrán vender sus géneros en los mercados extranjeros tan baratos ó más como sus rivales. De este modo, se dice, se exportará mayor cantidad y la balanza de comercio, por tanto, se inclinará más en favor de nuestro propio país.» Aunque estas primas se pedian y concedian con la idea de que determinarían una favorable balanza de comercio, cosa que en aquel tiempo se estimaba como una gran ventaja para la Nacion entera, no obstante, hay indicios cla-

(1) *Riqueza de las Naciones*, lib. iv, cap. v.

ros de que los que pedian estas primas no lo hacian solo bajo la influencia del deseo del bienestar nacional. El espíritu de proteccion puede seguirsele distintamente en la política, entonces en boga, porque en el mismo capítulo del libro, *La Riqueza de las Naciones*, que acabamos de citar, se afirma que los fabricantes y otros industriales pedian en gran parte estas primas, no solo porque permitian exportar mayores cantidades al extranjero, sino tambien porque con ellas se mantenian los precios elevados en el mercado nacional. En muchos casos se concedian aquellas á la exportacion de artículos que, cuando se importaban, estaban gravados con fuertes derechos protectores. Un ejemplo notable de esto son las cuantiosas que durante muchos años se concedieron en Inglaterra á la exportacion del trigo, al mismo tiempo que su importacion estaba restringida por la exaccion de un impuesto oneroso. Sucedia, por lo tanto, que en años en que se recogia una abundante cosecha, los que tenian trigo para la venta eran subvencionados, á costa del público, para que lo remitiesen al extranjero, y en años de escasez se impedía á la generalidad comprar el alimento que tanto necesitaban y que otros países estaban dispuestos á vender, con el solo objeto de que

resultara un beneficio para los interesados en que se mantuviese á un alto precio el trigo. Es imposible imaginar un sistema que produzca mayores injusticias y mayores daños. En primer lugar, por el estímulo que se dió al envío del trigo sobrante al extranjero cuando habia buenas cosechas, quedaba en el país ménos cantidad de él almacenado para las épocas de escasez. En segundo, aumentando las primas el pedido de trigo, subia su precio para los consumidores nacionales, que de este modo se encontraban en una triste condicion, puesto que se les imponia una carga para encarecer el alimento que consumian. De aquí resultó, que dada la manera de obrar de estas primas, el país no solo estaba colocado, en medio de esas dificultades, en una situacion más desfavorable que aquella en que se habria hallado en tiempos de escasez, sino que el mal se agravaba en gran manera, por cuanto el precio del alimento se subia artificialmente á causa de las trabas impuestas á la importacion del trigo.

Sin embargo, á pesar de ser evidente que este sistema de conceder primas á la exportacion, acompañado, como iba, de restricciones á la importacion, debia producir una incalculable suma de daños, esta política, como hemos visto, no se imponia á un pueblo que no estaba

dispuesto á recibirla; al contrario, parece que el Gobierno se veia constantemente asediado por esos industriales que pretendian ser favorecidos de este modo. Como este sistema aún se mantiene en Francia y en otros países, tiene interés práctico el investigar cuál es su efecto general, no solo en los pueblos que lo sostienen, sino tambien respecto de aquellos otros á donde se exporta el producto favorecido con la prima. Ha dicho Adam Smith, que cuando se concedia ésta á una industria determinada, los interesados en ella se consideraban favorecidos con una ventaja especial. Como parece que esta misma opinion prevalece aún en las Naciones que continúan con este sistema, bueno será que fijemos cuál es su efecto preciso respecto de los que tienen que ver con la produccion del objeto cuya exportacion es estimulada por este medio. Esto puede hacerse tomando como ejemplo lo que pasa con el azúcar en Francia. Conviene mucho valerse de él, porque hoy dia es esa sin duda la industria más importante que recibe una prima, y tambien porque como la remolacha, con la cual se fabrica el azúcar, se cultiva más y más en aquel país, el caso nos dá la ocasion de considerar el efecto producido por aquella á la vez en una industria fabril y en una agrícola.

Debido al modo complicado é indirecto en que es pagada, existe una gran divergencia de opiniones acerca de la suma que anualmente se gasta con este fin. El Gobierno francés sostiene que esa prima supone un gravámen, sobre el presupuesto, de treinta y seis millones de reales, mientras que los refinadores de azúcar ingleses afirman que la carga anual no baja de setenta y cinco ú ochenta millones de reales. Si se diese una suma fija por cada tonelada de aquella que se exportase, el total de la misma se sabria desde luego. Pero la prima se satisface de un modo tan indirecto, que hay gran dificultad en calcular con exactitud á cuánto asciende. En Francia está gravada el azúcar con un impuesto que es proporcionado al rendimiento que dá despues de refinada. Sin embargo, con objeto de alentar la industria de los refinadores franceses, el Gobierno entrega cierta cantidad (*drawback*) por el azúcar refinada que se exporta, la cual se supone que es equivalente al impuesto que paga la no refinada. Si el fabricante recibiese en concepto de devolucion por el azúcar refinada que exporta, una suma exactamente igual á la que pagó sobre la no refinada, es óbvio que no recibiria prima, pues no obtendria del Gobierno nada más que lo que hubiese pagado. Se alega,

no obstante, que estos derechos están calculados sobre una base tal, que la devolucion que se hace al exportar el azúcar refinada excede en un diez por ciento próximamente á la suma pagada por el azúcar sin refinar. El impuesto es muy elevado, tanto, que casi asciende al valor del azúcar, y se calcula que la prima que se paga en esta forma sube á cerca de quince reales por quintal (1); y representa por lo ménos un diez por ciento del valor del azúcar exportada. Claro está que los fabricantes franceses obtendrían grandes ganancias, si pudiesen apropiarse el total de este beneficio, porque además del provecho ordinario y corriente que produjera el azúcar vendida para el consumo nacional, obtendrían como ganancia extraordinaria el diez por ciento sobre la suma total destinada á la exportacion. Un negocio de esta clase seria tan excepcionalmente productivo, que cada fabricante procuraria, por cuantos medios estuviesen á su alcance, hacer por sí el mayor número de operaciones, ya que eran tan singularmente lucrativas. El resultado de esta competen-

(1) Véase el informe dado por uno de los primeros refinadores ingleses, Mr. George Martineau, en el *meeting* de la Asociacion de ciencias sociales en Brighton, 1875.

cia tiene que ser, inevitablemente, el forzar la baja del precio del azúcar exportada, porque el fabricante alcanzaria una notable ganancia si obtenia en cada tonelada de aquella veinticinco reales más de lo que producía su venta en Francia. El efecto de la prima habrá de ser, por lo tanto, el permitir á Inglaterra y á otras Naciones extranjeras comprar azúcar francesa á un precio mucho más bajo que el que sin ella tendria. Esta reduccion en su valor será próximamente igual al importe de la prima. La competencia entre los fabricantes franceses les impedirá obtener en el azúcar que se exporta un provecho mayor que el que saquen de la vendita para el consumo nacional; de aquí que la prima concedida por el Gobierno francés, aun cuando se dirige á promover la prosperidad de la industria azucarera en Francia, solo sirve para que el pueblo inglés y los demás que consumen dicho producto, gocen de la ventaja de adquirirla á un precio bastante inferior á su coste. El Estado obra entonces realmente como si, movido por el generoso deseo de hacer un regalo á sus vecinos extranjeros, dijese á los fabricantes de azúcar en Francia: Si vendeis á los ingleses y á los demás pueblos un artículo tan indispensable como el azúcar á un precio mucho más bajo que el coste de produccion, se

te compensará por el Gobierno la pérdida que tengas que experimentar.

Estimulando de este modo artificial la exportacion del azúcar, sin duda ninguna que se acrecienta la industria azucarera, así como la demanda de la remolacha y demás materias de que se extrae el azúcar. Pero cuando se considera cualquiera de estas tentativas encaminadas á dar una fuerza artificial á una industria, ya sea por medio de primas á la exportacion, ya restringiendo la importacion, importa mucho tener presente que es imposible asegurar de una manera permanente un provecho excepcionalmente alto á ninguna rama de la industria, á no ser que esté vedado el libre ejercicio de ella y que los interesados en la misma gocen del beneficio de un monopolio absoluto. En todo país comercial hay muchos que, poseyendo un gran capital flotante, están mirando cuidadosamente y sin cesar donde colocarlo con ventaja, y así como el agua busca siempre su nivel, este capital corre á esos sitios en que puede emplearse con mayor ventaja. Así que, si al dar una prima tal como la que en Francia se concede al azúcar, se supusiera que se añadía una suma, equivalente á la misma, á los provechos de una clase determinada de industriales, habria una verdadera irrupcion de esas

personas que tuviesen capital sin colocar y que desearian compartir las ganancias excepcionales otorgadas á los así favorecidos. No habria seguridad alguna de que esta corriente se hubiese de mantener dentro de límites debidos, y no seria difícil aconteciese que los comprometidos en la industria ó negocio que recibia la prima, encontrasen que, en vez de ser una clase privilegiada que gozaba de beneficios excepcionales, sus ganancias habian descendido del término medio merced á esta excesiva acumulacion de capitales sobre aquella.

El precio del artículo cuya exportacion se estimula por medio de primas, claro está que tiene que subir por lo general, y esto ha sido probablemente causa de que se haya creido que aquellas son ventajosas en particular á la clase especial de industriales á que se conceden. El mismo Adam Smith, al referirse á las que en su tiempo se otorgaban al trigo, habla como si los cultivadores fuesen los beneficiados en primer término con que el precio de ese producto agrícola se mantuviese alto. Puede, no obstante, demostrarse que siempre que el precio de un artículo es artificialmente encarecido, ya sea estimulando la exportacion, ya restringiendo las importaciones, la subida de aquel no representa un aumento en las

ganancias, sino que es tan solo una mera compensacion que se dá al industrial á causa de tener que llevar adelante su industria á costa de mayores sacrificios. Ya hemos explicado anteriormente cómo hay completa seguridad de que los capitales han de afluir allí donde se supone que obtendrán un provecho excepcionalmente elevado, y por tanto, que ejerciendo siempre la fuerza de la competencia un influjo nivelador, impedirá que se consigan en esas industrias protegidas mayores rendimientos que en aquellas que no lo están en el mismo país. Cuando regian las leyes de cereales, es indudable que el precio del trigo era muy elevado, pero ya veremos en los capítulos siguientes como no hubo época alguna en la que fuese más precaria la condicion del arrendatario de la tierra en Inglaterra.

Durante aquel período, el Parlamento nombró una y otra comision para investigar la causa de la postracion de la agricultura, y entonces se probó que segun se elevaban los precios, subian las rentas. No solo el aumento de éstas absorbía todas las ventajas que el agricultor podria haber sacado de los altos precios producidos por virtud de la proteccion, sino que se les imponia gravísimos perjuicios por esa misma legislacion que se decia promulgada en su beneficio. Se exajeró de-

masiado el efecto de la ley de cereales en el alza de los precios, se calcularon las rentas tomando como base esta subida, la cual no se mantenía por término medio en todos los años, y por lo tanto los arrendatarios no podían pagar la renta que habían convenido. Así que la única clase que puede aprovecharse de un modo permanente del alza artificial de un determinado producto, es la de los dueños de la tierra en que éste se dá, no los que la arriendan, ni tampoco los que utilizan el producto como primera materia para alguna industria. De este modo el estímulo que recibe actualmente en Francia la exportacion del azúcar por medio de esa prima, puede, al aumentar la demanda de remolacha, de la que se extrae principalmente esta clase de azúcar, aumentar su precio, y por tanto, añadir valor á los terrenos en que se dá esta planta; pero la ganancia que de esta manera obtiene una clase dada, se consigue á costa de todo el pueblo francés, el cual, de hecho, paga una doble contribucion. En primer lugar, la prima, ya sea de setenta y cinco millones de reales ya solo de treinta y seis al año, representa de todos modos un gravámen enorme que tienen que soportar por entero los contribuyentes franceses todos. Este gravámen, sin embargo, aunque pesado, solo puede considerarse

como una parte de la carga echada sobre ellos, porque con que se eleve el precio del azúcar una cantidad tan insignificante como un *farthing* (1) en libra á causa de esta exportacion forzada, el sobreprecio que los franceses tienen que pagar por su azúcar tiene que ser de cien millones de reales al año.

Los principales resultados que se consiguen con la imposicion de carga tan enorme son: primero, que se dedican al cultivo de la remolacha más capitales, tierra y trabajo que los que se consagrarían á su cultivo si no existiese esa prima, y el valor de la tierra propia para la produccion de esa planta aumenta más ó ménos; y segundo, que el azúcar francés se vende en Inglaterra y en otros países más barato de lo que sucedería en otro caso.

Parece evidente que nosotros debíamos ser los últimos en quejarnos, si los franceses están dispuestos á echar sobre sí una contribucion para provecho nuestro. Los refinadores ingleses, sin embargo, han tratado repetidas veces de inducir al Gobierno á intervenir en su favor y á que los proteja contra la competencia de Francia, im-

(1) Ochavo inglés; es un cuarto de penique, próximamente dos céntimos de peseta.

niendo al azúcar de aquel país un derecho de importacion que neutralice el efecto de la prima. Es cierto que á la industria refinadora inglesa se le siguen grandes perjuicios de que los franceses sean subvencionados por su Gobierno para que vendan el azúcar en nuestros mercados á un precio que, si no fuera por este auxilio del Estado, no seria remuneratorio. Sin embargo, si entramos por el camino de proteger una industria dada á causa del daño que pueda venirle de que se siga en otros países un sistema fiscal inconveniente, nos encontraremos bien pronto metidos en un laberinto de trabas comerciales, y nuestros aranceles llegarian á ser tan protectores como los del país más proteccionista. Oimos, de vez en cuando, que se importa en Inglaterra hierro de Bélgica y que nos envian géneros de algodon los Estados-Unidos. Por nuestros puertos puede entrar libremente cualquiera de estos productos que América ó Bélgica quieran enviarnos, y no obstante, nuestros fabricantes saben que ellos no pueden exportar una sola tonelada de hierro á Bélgica ni un solo fardo de géneros de algodon á los Estados-Unidos sin pagar derechos de importacion. Ahora bien, si los refinadores ingleses fuesen protegidos contra la competencia del azúcar francesa barata, los fabricantes de hierro y

de géneros de algodón tendrian derecho á presentar una reclamacion igual para que se les diese garantías contra la competencia de sus rivales extranjeros. Sucede muy á menudo que nosotros, como Nacion, no obtenemos compensacion alguna por los perjuicios que nos producen los aranceles proteccionistas de otros países. Puede demostrarse claramente que aquellos que mantienen estos aranceles se hacen más daño á sí mismos que el que nos pueden hacer á nosotros, pero no puede negarse que los ingleses padecen, como Nacion, con las trabas comerciales puestas por otros pueblos. Mas cuando el estímulo á la industria nacional, el cual se supone que es el fin principal de la proteccion, se consigue, no por la imposicion de derechos á la importacion sino concediendo beneficios á la exportacion, la pérdida que semejante conducta implica no vá más allá del país que la adopta. Inglaterra, como acabamos de ver, gana, tan seguramente como pierde Francia, con la concesion de primas á la exportacion del azúcar; y mientras ella quiera imponerse esa contribucion en nuestro provecho, ¿por qué hemos de rehusar aceptar las ventajas que nos procura á nosotros? Si se impidiese la importacion del azúcar francesa con el objeto de producir en el precio de este artículo un alza tal

que la industria refinadora de Inglaterra fuese suficientemente remuneratoria, lo único que haríamos seria conceder una nueva sancion al sistema protector.

Parte segunda.—Restricciones puestas á la importacion.

Al pasar al exámen de los efectos que produce la imposicion de derechos protectores á la importacion, necesitamos, en primer lugar, señalar las diferencias esenciales que existen entre el derecho que se exige como medio de contribucion y el que se mantiene con la mira de proteger la industria nacional contra la competencia extranjera. Un país puede obtener de este modo gran parte de sus ingresos, como acontece en Inglaterra en nuestros dias, sin que se encuentre huella alguna de proteccion en su sistema fiscal. Los derechos de importacion que se exigen en la Gran Bretaña al presente, pueden dividirse en dos clases: primera, los impuestos á artículos que no se producen en nuestro país, como el té y el café; segunda, los impuestos sobre otros, como la cebada preparada para hacer cerveza y los licores, que corresponden exactamente á lo que por la contribucion de consumos pagan esas mismas

materias de fabricacion nacional. Cuando un derecho de importacion solo corresponde á un derecho de consumo de igual monta, es evidente que el fabricante nacional y el extranjero resultan colocados en las mismas condiciones, y que el derecho de importacion no puede ser considerado como protector.

Se ha mantenido algunas veces que hasta el que cae dentro de la primera de estas dos clases, procura, en ciertas circunstancias, una ventaja al comerciante nacional, revistiendo así un carácter protector. Si de dos artículos que se usan para fines análogos, está el uno, el importado, gravado, y el otro, que es producto de la industria nacional, no lo está, es evidente que el derecho de importacion vá á ejercer una influencia protectora, porque al hacer el artículo importado más caro, se dificultará su uso, y por lo tanto tendrá una ventaja el de fabricacion nacional. De aquí que, si se aboliesen en Inglaterra los derechos sobre la cebada preparada, y consiguiendo la cerveza estuviese exenta de pago, y al mismo tiempo se impusiera un derecho al vino, podría éste ser considerado como protector; en cuanto el vino, que pagaba impuesto, puede muchas veces competir directamente con la cerveza, que no lo paga. Esta objecion, sin em-

bargo, no se puede hacer contra los derechos de importacion tales como los que se cobran en Inglaterra. Los licores ingleses y los de fabricacion extranjera satisfacen un impuesto igual, y los países que nos mandan té, café y vino, no pueden quejarse de que estos artículos se encuentren en una posicion desventajosa en el mercado inglés porque tengan que competir con la cerveza de fabricacion nacional que está ménos gravada. El derecho sobre la cebada preparada es ciertamente una contribucion *ad valorem* tan elevada como los derechos de importacion que se pagan por el té y por los vinos extranjeros. Por mucho cuidado que ponga un país en destruir toda huella de proteccion en su sistema fiscal, es imposible evitar el que un derecho de importacion cause algunos quebrantos é inconvenientes á los países de que procede el artículo en cuestion. Si se admitiese el té en Inglaterra libre de todo derecho, claro está que tendria que resultar una baja en su precio, el consumo del mismo aumentaria considerablemente, y China, las Indias Orientales y los demás pueblos que nos surten de dicha planta, obtendrian sin duda ninguna mejores precios á causa de este aumento en el pedido. Aunque todo derecho de importacion, aun no siendo protector, tiene que ser

perjudicial á los países de donde se exportan los artículos gravados, hay, sin embargo, una importante y fundamental diferencia entre un derecho de importacion que se impone como recurso fiscal y el que se mantiene con objeto de proteger la industria nacional. En el primer caso, el motivo que se tiene presente, es el estimular la importacion, porque cuanto mayor sea ésta, mayor será el rendimiento obtenido; en el segundo, como se tiene la mira de poner trabas á aquella, cuanto menor sea la suma que produzca, se conseguirá más completamente el fin del gravámen. En los aranceles de los Estados-Unidos no hay derecho de importacion que se considere de tan excelente éxito como el impuesto al cobre. De tal modo hace imposible la competencia extranjera, que la cantidad de ese metal introducida en los Estados-Unidos es insignificante, hasta tal punto que (1) solo produjo para el Tesoro en el año de 1869 la suma de treinta mil seiscientos ochenta y tres duros. De modo que se calcula que el Gobierno no obtiene realmente ingreso alguno por ese impuesto, porque esos treinta mil duros no significan, ni con mucho, la

(1) Véase el folleto del *Cobden Club* de 1871-72, que se titula *Un capítulo de historia político-económica*, por el honorable David A. Vells.

cantidad que tiene que pagar como aumento de precio por el cobre que se emplea en los arsenales y otros establecimientos del Estado.

Es evidente que el industrial nacional, independientemente de la ayuda que pueda obtener con los derechos protectores, tiene siempre que gozar en su mercado propio de una ventaja que puede considerarse como una especie de protección natural, porque el coste de los trasportes es necesariamente un factor de mayor importancia en el precio de los productos extranjeros que en el de los nacionales. De este modo, si cuesta ciento cincuenta reales el mandar una tonelada de hierro de Inglaterra á Chicago, y solo cincuenta el enviarla desde los distritos mineros de Pensilvania, es claro que si los hierros ingleses fuesen admitidos en los Estados-Unidos libres de derechos, los fabricantes americanos tendrían todavía una gran ventaja en su propio mercado. Supongamos que se vendía en Chicago el hierro á veinticinco duros la tonelada; los ingleses no podrían obtener un céntimo más por los suyos, á causa de los mayores gastos del transporte desde tan gran distancia. Por lo tanto, de los veinticinco duros que los ingleses obtuviesen por su tonelada de hierro, solo les pagarían realmente trescientos cincuenta reales, porque los ciento cincuen-

ta restantes representan el coste de conduccion. El fabricante americano, por el contrario, como solo tendria que pagar cincuenta reales por ese concepto, recibiria cuatrocientos cincuenta reales por cada tonelada que vendiese, obteniendo cien reales más que su competidor inglés, lo cual seria bastante para compensarle lo que tuviera que gastar de más por ser más altos los salarios ó por cualquiera otra circunstancia que hiciera más costosa la produccion del hierro en los Estados-Unidos que en Inglaterra. He creido oportuno exponer las ventajas que el productor nacional tiene por virtud de esta proteccion natural, porque tendremos necesidad de hacer algunas referencias á este punto cuando examinemos los argumentos que se presentan en favor de los aranceles protectores.

Al entrar á exponer los efectos que producen los derechos impuestos á la importacion con un fin protector y no como recurso fiscal, importa distinguir cuidadosamente entre la influencia que ejercen en los países que se exige y la que ejercen en aquellos de donde procede el producto gravado. En el capítulo anterior hicimos notar, que mientras en Inglaterra ha sido la agricultura la más protegida, en otros pueblos se utilizan hoy los derechos protectores prin-

cialmente para amparar varias especies de industrias manufactureras contra la competencia extranjera. Y aunque parece que lo que más importa al presente es examinar los efectos de la proteccion en la industria fabril, sin embargo, hay varias razones para que comencemos la investigacion considerando las consecuencias de imponer derechos protectores á la importacion de los productos agrícolas. La industria y la agricultura están tan íntimamente enlazadas, que es imposible proteger la una sin ejercer gran influencia en la otra. Así se ha visto que en Francia el propietario de la tierra en que se cultiva la remolacha, gana con la prima que se dá á la exportacion del azúcar, mucho más que los refinadores, á pesar de que su industria es la que en particular se trata de alentar con aquella. Un ligero resúmen de algunas de las consecuencias que se produjeron en Inglaterra con la proteccion dada á la agricultura, nos permitirá comprender con más claridad los efectos que resultan de los derechos protectores que hoy se mantienen en favor de varias industrias fabriles en Francia, Alemania, América y otros países.

Ya hemos mostrado que la proteccion puede ser considerada como una natural hijuela del sistema mercantil. Se alentaba la exportacion y se

impedia la importacion con el principal objeto de conseguir una favorable balanza de comercio. Se vió muy pronto, sin embargo, que este sistema tambien podia servir para otro fin, porque era evidente que, al hacer aumentar de este modo la demanda por el extranjero de un producto dado, y al poner dificultades para que se pudiese abastecer la Nacion de fuera, se ponian en juego dos influencias para conseguir que subiesen los precios. Se suponía, casi universalmente, que el mantener éstos á un nivel muy elevado, era el medio más seguro de obtener la prosperidad industrial. Así, se pensaba que cuanto más caros fuesen los productos agrícolas, más ventajoso seria para los arrendatarios, para los propietarios de la tierra y para todos los que estaban interesados en el cultivo del suelo. El interés agrícola pudo ejercer en el siglo pasado una influencia decisiva en las Cámaras inglesas, y de aquí que la agricultura obtuviese en mayor escala que todas las demás industrias lo que entonces se miraba como un regalo de la proteccion. Ya hemos demostrado de qué modo se gastaba el dinero del Erario público, para lograr por medio de primas que tuviera un precio elevado el trigo en años de abundante cosecha y en que habia un sobrante para la exportacion; y cómo, cuando la

recoleccion no era tan favorable, se tomaban tales precauciones para evitar que los intereses agrícolas sufriesen al verse privados de la ventaja de un alto precio, que Adam Smith dice, que en aquel tiempo, cuando el valor del trigo descendia de cierto tipo, se prohibia en absoluto su importacion, y que hasta siendo las cosechas regulares, los derechos equivalian á la prohibicion. Respecto de otras sustancias alimenticias se mostraba aún mayor solicitud para asegurar á los intereses agrícolas los altos precios que resultaban de un monopolio absoluto. No se permitia la importacion de reses ni de carne fresca, y durante muchos años los arrendatarios ingleses y los propietarios tenian tal miedo hasta á la competencia de Irlanda, que no se consentia el envio de ganados de ésta á Inglaterra. Se consideraba tan perjudicial que la gente consumiera manteca de vaca que no hubiese sido fabricada en el país, que como se podia introducir para emplearla en la maquinaria, las Administraciones de Aduanas tenian órdenes severas para atravesar con un palo untado de alquitran los barriles de manteca y hacerla de ese modo inútil para que pudiera servir de alimento. Innumerables fueron las injusticias á que fué conducido el Parlamento en su deseo de proteger la agricultura inglesa contra la

competencia extranjera. Tan pronto como se vió que iba á ser considerable el consumo de los géneros de algodón, se solicitó que se protegiesen la lana y el lino de Inglaterra contra semejante invasion (1). Conforme con este deseo, en 1721 se aprobó una ley imponiendo una multa de veinticinco duros al que usase percales y de cinco al que los vendiese. Quince años despues se autorizó el uso de indianas fabricadas en la Gran Bretaña «con tal que la urdimbre fuese toda ella de hilo.» En 1774 se permitió el uso de los percales estampados, pero sujetándolos á un derecho de tres dineros la vara, el cual se elevó á tres y medio en 1806. El algodón en rama estaba al mismo tiempo gravado con un fuerte derecho de importacion. Las continuadas tentativas que se hicieron para impedir la fabricacion de géneros de algodón en Inglaterra, nos suministran un ejemplo notable de los daños que puede producir el sistema proteccionista. Al hombre de Estado más experto le es imposible prever cuál será el rumbo que llevará la industria nacional; por motivos de un equivocado patriotismo, y engañados por las teorías que entonces prevale-

(1) Muchas noticias interesantes sobre este punto y los conexos pueden verse en el libro citado más arriba, *Cobden y la Liga*, por Mr. Henry Ashworth, de Bolton.

cian en favor de la proteccion, los de Inglaterra durante más de un siglo pusieron las mayores trabas á la fabricacion de géneros de algodón en este país con objeto de asegurar precios elevados á la lana y al lino nacionales, y, sin embargo, aquella industria ha llegado á ser despues una de las mayores y más importantes de nuestro país.

Durante los últimos años del pasado siglo y principios del presente, el comercio extranjero de Inglaterra tenia tantas trabas, y con la guerra estaban cerrados tantos de los puertos de que podia obtener sustancias alimenticias y otros artículos, que los precios, especialmente los de los productos agrícolas, se mantuvieron durante muchos años á un nivel excepcionalmente elevado. De aquí que cuando se concluyó la paz en 1815, los agricultores se alarmaron, los puertos que habian estado cerrados volvieron á abrirse, y, segun se decia, los precios bajarían rápidamente y se necesitaba por lo mismo una mayor proteccion. Las medidas conocidas con el nombre de leyes de cereales, se promulgaron entonces dando oidos á las quejas que lanzaron los interesados en la agricultura. Los precios elevados que habian obtenido á causa de la guerra, querian ahora mantenerlos por medio de derechos protectores.

Se ordenó, por tanto, que no se permitiese la entrada del trigo mientras no llegase su precio á ochenta *chelines* el *quarter* (1) en el mercado inglés y se fijó un tipo tambien elevado y equivalente para la exclusion de los otros granos. Estas regulaciones continuaron en vigor, sin alteracion digna de notarse, hasta 1828, que se introdujo la escala gradual. La base de ésta era el aumentar los derechos de importacion sobre el trigo segun iba abaratando en el mercado inglés, y así se suponía que se mantendrian elevados los precios de un modo permanente.

Cuando el precio medio del *quarter* de trigo era de 73 chelines (2), el derecho era de 1 chelin.

" 72	"	"	"	2	"	8	dineros.
" 62	"	"	"	24	"	8	"
" 56	"	"	"	30	"	8	"
" 46	"	"	"	40	"	8	"
" 36	"	"	"	50	"	8	"

Una de las mayores calamidades que traía consigo la escala gradual, era la extrema incertidumbre en que ponía al comercio de trigo del extranjero. Pues si cuando éste estaba á treinta chelines el *quarter* en Inglaterra, un comercian-

(1) El *quarter* tiene ocho *bushels*, y cada uno de estos equivale á 36,3477 litros.

(2) El chelin equivale á cinco reales próximamente de nuestra moneda, y tiene doce dineros.

te compraba trigo en Odessa á sesenta y cinco y pagaba cinco de transporte por su conduccion á la Gran Bretaña, podia encontrarse con que, antes de que pudiera venderlo, el precio del mismo habia bajado á sesenta y dos. No solo perderia ocho chelines, por virtud de ese descenso en los precios (lo cual puede considerarse como el riesgo natural é inevitable que lleva consigo el comercio), sino que esa pérdida se cuadruplicaria de golpe merced á la escala gradual, porque en vez de pagar un derecho de un chelin, tendria que satisfacer uno de veinticuatro chelines y ocho dineros.

Un comerciante no correria este riesgo enorme á ménos que no tuviera una compensacion adecuada. El trigo, por lo tanto, no se importaria á no ser que se comprase en los mercados extranjeros á un precio tal, que dejase, por término medio, no solo el interés usual en el comercio y para pagar los gastos de transporte, sino tambien para reunir un fondo que podria considerarse como un seguro que respondiera de las pérdidas derivadas de tener acaso que pagar unos derechos mayores.

En vista de la descripcion que acabamos de hacer de las varias medidas que durante más de un siglo estuvieron en vigor en Inglaterra

con el fin de asegurar un alto precio á los productos agrícolas, preciso es admitir que si la prosperidad de una industria dependiese de la proteccion que disfrutara, los interesados en la agricultura inglesa han debido ser los más felices de toda la comunidad. Vamos, pues, á investigar la influencia que ejercieron esta proteccion y los altos precios por ella producidos, sobre las tres clases que tienen que ver con la agricultura: propietarios, arrendatarios (1) y trabajadores. Será fácil probar que esos elevados precios no representaban una ventaja permanente, ni para los arrendatarios ni para los trabajadores; que el sobreprecio que se pagaba por los productos agrícolas, iba á pasar á los propietarios á quienes se satisfacía una renta más crecida; que no se aumentaban ni los provechos del arrendatario, ni los salarios del trabajador; sino que, por el contrario, el capital y el trabajo aplicados al cultivo de la tierra, participaban de esa general disminucion de producibilidad que alcanzó á todo el capital y á todo el trabajo de la Nacion á consecuencia de las trabas puestas á la industria nacional. Cuando se dictaron las leyes de cereales en 1815, se hizo creer á los arrendatarios que el

(1) *Farmers*, esto es, empresarios que arriendan tierras para cultivarlas con sus obreros.

legislador benéfico habia ordenado que el trigo nunca bajase de ochenta chelines el *quarter*; y se hizo una brillante descripcion de la prosperidad de la agricultura, segun la que aquellos, vendiendo sus trigos á ochenta chelines el *quarter* en todo tiempo, serian, como merecian, los partícipes de ese aumento de riqueza que habria de compartir no poco la feliz y próspera clase de los campesinos. Cuando se introdujo la escala gradual, se dijo de nuevo á los arrendatarios, que se habia conseguido un alto precio para los trigos y que podian estar seguros de obtener siempre sesenta y cuatro chelines por *quarter*. Durante los treinta años, de 1815 á 1845, en que estuvieron en vigor las leyes de cereales y la escala gradual, la agricultura, en vez de gozar de la prometida prosperidad, se hallaba en un estado de excepcional postracion. En este tiempo se nombraron nada ménos que cinco comisiones por la Cámara de los Comunes para investigar las causas de la depresion de la agricultura. De las manifestaciones hechas ante ellas, se dedujo claramente que el alto precio de los productos agrícolas no habia traído consigo aumento de provecho para el arrendatario, ni aumento de jornal para el trabajador, sino que todo lo habia absorbido el sucesivo crecimien-

to de las rentas. La verdad es que las leyes de cereales y la escala gradual, en vez de procurar ventaja alguna á los arrendatarios, les causó una grandísima pérdida. Las halagüeñas esperanzas manifestadas en la época en que se promulgaron aquellas, de que el trigo se mantendría á un precio de ochenta chelines el *quarter*, dieron motivo á que se valuasen de nuevo las tierras y se ajustasen tambien de nuevo las rentas bajo el supuesto de que los arrendatarios venderian siempre su trigo á ese precio. Muy pronto se descubrió que los mantenedores de esas leyes habian estimado en demasía la influencia que habrian de ejercer en los precios, y consiguientemente, los arrendatarios se encontraron á seguida con que el principal resultado que les habia traído esa legislacion, de que esperaban tantos beneficios, era que se habian obligado á cultivar la tierra pagando por ella una renta que no les era posible satisfacer. Este hecho contribuyó en gran manera al éxito obtenido por el movimiento libre-cambista en Inglaterra. La suerte de la proteccion estaba inseparablemente ligada en este país con las leyes de cereales, y éstas quedaron condenadas desde el momento en que se pudo hacer ver á los arrendatarios que en vez de aumentar sus provechos y resultar para ellos ven-

tajas que no tenian otros hombres de negocios, habian servido para que los dueños de las tierras y sus agentes los obligaran á comprometerse incautamente á pagar rentas imposibles de satisfacer.

En Julio de 1843 se celebró un *meeting* en Colchester para pedir la derogacion de las leyes de cereales, y se hicieron grandes esfuerzos por convertir aquella reunion en una importante manifestacion proteccionista. Lo que allí pasó demuestra que la proteccion estaba á punto de ser atacada con éxito en su más fuerte trinchera, porque los arrendatarios, que hasta entonces habian sido sus más entusiastas partidarios, principiaban por fin á notar que, fuese lo que quiera lo que la proteccion habia hecho en favor de otros, á ellos no les habia producido ningun provecho. Por entonces se atribuyó grandísima importancia á este *meeting*. Todas las sociedades agrícolas de Essex se habian unido para asegurar el triunfo del partido proteccionista, y habian recorrido todo el país los propietarios más influyentes y el clero rural. El dia de la reunion eran tan numerosos los arrendatarios que asistieron, que se suponía, aun por los mismos libre-cambistas, que por una gran mayoria se adoptaria una resolucion favorable al sistema protector. Durante la celebracion

del *meeting*, la opinion de los concurrentes cambió al parecer de tal manera, que se votó una declaracion en favor del libre-cambio por una mayoría de dos tercios. Se debió en gran parte este resultado á un discurso de Mr. Cobden, quien interpeló de varios modos á los arrendatarios para que confesasen honradamente si era verdad que era su suerte más próspera á causa de esas leyes. Causó gran sensacion la cita de las declaraciones prestadas por varios arrendatarios del condado de Essex ante una de las numerosas comisiones parlamentarias nombradas para investigar las causas de la postracion de la agricultura. Todos convinieron en que las rentas se habian elevado tanto desde que regian las leyes de cereales y la escala gradual, que á los arrendatarios, tomados en conjunto, les habia sido imposible pagarlas, y que todos los años habia ido disminuyendo su capital y creciendo sus deudas por razon de las rentas no satisfechas.

Con esta merma en la prosperidad del arrendatario y esta disminucion del capital que podia emplear en el cultivo de la tierra, era inevitable que viniese un señalado descenso en la condicion del jornalero agrícola. Quizás no ha habido tiempo alguno en que haya sido más deplorabile la situacion del trabajador del campo.

Con la disminucion del capital del arrendatario, la demanda de trabajo disminuyó tambien. La industria en general estaba paralizada de tal manera, que no habia medio de colocar á los obreros sin empleo que se iban acumulando en los distritos rurales. De aquí que se redujeran los salarios á un minimum, sucediendo á menudo que aquellos no podian ganar más de treinta y cinco á cuarenta reales por semana, y así se extendió por los campos una miseria terrible.

Al referirnos de este modo á la triste condicion en que se hallaban los arrendatarios y trabajadores durante el tiempo en que estuvieron en vigor las leyes de cereales y la escala gradual, no por eso decimos que aquella reconocia como única causa la proteccion. La antigua ley de pobres continuó vigente hasta 1834, y el aliento que daba á todas las formas de la imprevision, contribuyó poderosamente á empeorar el estado de la poblacion trabajadora. Este influjo lamentable se sintió principalmente en los distritos rurales, y la mísera condicion de pobreza y de impotencia á que los obreros agrícolas se vieron reducidos, probablemente hay que atribuirle tanto á esta causa como á las trabas que la proteccion ponia á la prosperidad industrial. Además, por lo que hace á la posicion de los arrendatarios bajo

el sistema protector, es óbvio que ese deplorable estado, á que acabamos de referirnos, no se puede considerar con justicia como consecuencia necesaria de las leyes de cereales y de la escala gradual. El efecto que estas restricciones habrían de producir al mantener los precios del trigo muy elevados, se exageró, y de aquí que se fijaran las rentas tan altas que tenían que resultar desastrosas para el arrendatario. Si no se hubiera abrigado el propósito de proteger la agricultura, se hubiese evitado este aumento excesivo en las rentas, ya que el hecho de ser éstas muy elevadas se debía, sin duda alguna, á la imposibilidad de saber cuál sería el efecto que en el precio del trigo producirían estas restricciones impuestas á la importacion. Es evidente, no obstante, que las rentas estaban extrictamente reguladas, por lo que se presumia habria de ser el término medio del precio del trigo. Consideraciones económicas de carácter general nos llevarian necesariamente á la conclusion de que esto ha de suceder siempre que se adopte aquel camino. Si con un aumento en los precios de los productos agrícolas las rentas permanecieran inalterables, los rendimientos del arrendatario tendrian que ser mucho mayores; los beneficios excepcionales que gozaria atraerian otros capitales, las heredades serian muy dispu-

6

tadas y las rentas subirian, continuando la competencia y la subida de los arrendamientos hasta que el exceso que se pagase por ellos neutralizase cualquier ventaja que se obtuviera temporalmente por el alza en los precios. En el intervalo de tiempo que mediaría hasta que la competencia pudiese ejercer toda su influencia, los arrendatarios gozarian de mayores ventajas, desearian, por lo tanto, emplear todos los obreros que les fuera posible, el pedido de trabajo aumentaria y los salarios subirian. Pero esta subida tenia que ser necesariamente temporal; en cuanto el aumento en los provechos, causa de la creciente demanda de trabajo, seria absorbido, como acabamos de ver, por el alza de la renta; y aun si esto no sucediera, la competencia general entre los obreros impediria á los empleados en la agricultura recibir una remuneracion excepcional por lo alta, del mismo modo exactamente que la competencia entre los capitales que buscan colocacion, impedirá que el término medio del interés que produzca una industria dada se mantenga á una altura anormal.

Resulta, por tanto, que lo que hace la proteccion al procurar un alza en los precios de los productos agrícolas, es causar una subida en las rentas. Aquella alza es, sin embargo, incapaz

de asegurar de un modo permanente, ni al arrendatario ni al trabajador, ventajas excepcionales. La remuneracion que respectivamente reciben, tiene al fin y al cabo que ser regulada por el tipo general de los provechos y de los salarios que se ganan en las otras ramas de la industria. Por lo tanto, para que podamos marcar con claridad las últimas consecuencias que para ambos produce la subida de los precios de los productos agrícolas, debida á la imposicion de derechos protectores, es necesario explicar la influencia que ejerce aquella en todo el órden económico del país. Si haciendo más caros los alimentos y demás productos agrícolas, la remuneracion del capital y del trabajo en general se aumenta, los arrendatarios y sus trabajadores tienen que compartir esas ventajas con el resto de la comunidad, y tendrá que haber un aumento, tanto en los beneficios del agricultor como en los salarios. Si, por el contrario, se puede demostrar que encareciéndose los alimentos, todas las industrias tienen que pasar por mayores dificultades, y que el trabajo y el capital se hacen en general ménos productivos, entonces aquellos no podrán ménos de experimentar una pérdida causada por esta baja en la prosperidad industrial, y los rendimientos que produzcan su capital y su trabajo

habrán de disminuir. A nuestro juicio, se puede probar con toda claridad, que la consecuencia inevitable de encarecer los alimentos, tiene que ser el disminuir la producibilidad, tanto del capital como del trabajo, y que en todas las industrias, inclusa la agricultura, tiene que haber un descenso, así en los provechos como en los salarios. Tan cierto es que los beneficios de la industria tienen que aminorarse si se encarece artificialmente el precio de los alimentos, como lo es que la marcha de una máquina se suspende si se ponen obstáculos innecesarios á su libre movimiento. Supongamos, por ejemplo, que por impedir la importacion, el pan, la manteca de vacas, el queso y otros artículos de general consumo llegasen á estar un cuarenta por ciento más caros; el obrero encontraria que lo que antes podia comprar por veinticinco reales, le costaria despues treinta y cinco. En este caso, tienen que suceder dos cosas. Si no se aumentan los jornales á consecuencia de esta subida en el precio de los alimentos, experimentará una grandísima pérdida. Su salario, aun cuando nominalmente seria el mismo que antes, en realidad se reducirá mucho, porque verá que aquella parte del mismo que antes dedicaba á comprar alimentos y los demás artículos que se han en-

carecido artificialmente, ha perdido una parte considerable de su capacidad adquisitiva. La pérdida que de este modo tendrá que sufrir, será mucho mayor que la que otros experimenten, pero puede tambien probarse que el daño que se hace á los trabajadores se esparcerá á través de la sociedad toda. Veamos, por ejemplo, cómo afectaria este hecho á la industria fabril. Si un obrero tiene que pagar treinta y cinco reales por los alimentos que antes le costaban veinticinco, tanto ménos podrá invertir en ropas y en otros objetos que acostumbraba á comprar. Para todas las industrias manufactureras más importantes de un país, los desembolsos de la masa general del mismo son los que constituyen el pedido principal. Si la generalidad tiene ménos medios, habrá una gran disminucion en la demanda, el comercio se resentirá, los provechos bajarán y el daño hecho de este modo, tanto al capital como al trabajo, irá aumentándose; porque con la baja en los beneficios habrá ménos deseos de dar esta inversion á los capitales; los salarios, por tanto, se reducirán y los padecimientos del obrero se agravarán, pues que encontrará que, en vez de recibir un mayor salario que le compense la creciente carestía de los alimentos, su jornal vá disminuyendo progresivamente segun son me-

nores los rendimientos que obtiene su patrono.

Por si alguno supusiera que esta pintura del efecto producido por la carestía artificial de los alimentos es una cosa imaginaria, deducida de meras teorías, llamaremos su atencion sobre algunos hechos que muestran la condicion económica de Inglaterra, en general, durante los treinta años en que las leyes sobre cereales y la escala gradual estuvieron en vigor y la política que llevaba á conceder proteccion á la agricultura estaba en su apogeo. El período á que acabo de referirme, fué un tiempo de paz inalterable. Ese afan tan desastroso de rivalizar en armamentos militares, que comenzó en Francia con el segundo imperio, no habia aún principiado; los gastos nacionales eran sumamente reducidos; y no obstante, en esos treinta años, de 1815 á 1845, no hubo ningun desarrollo en el comercio general del país. En 1841, las exportaciones ascendieron á cinco mil cien millones de reales anuales próximamente; la misma suma á que habian llegado veinticinco años antes. Ya queda dicho cuál era la triste condicion en que se encontraba la agricultura, y que durante los treinta años que las leyes de cereales estuvieron en vigor, se nombraron cinco comisiones parlamentarias para investigar las causas de esa postracion. En los treinta

años trascurridos desde 1845, la agricultura no ha recibido proteccion alguna, y aun cuando ha habido á veces cosechas escasas y pérdidas, por tanto, para los arrendatarios, ni una sola vez la condicion general de la agricultura ha sido tal, que haya motivado una informacion parlamentaria. Pero por muy desgraciado que fuese el estado de aquella mientras rigieron las leyes de cereales, el de la industria en general era aún más deplorable, si fuese esto posible. La descripcion que sigue es un fiel relato, hecho por un observador de aquel tiempo, del estado general del país en 1841, cuando Sir Roberto Peel subió al poder: «La miseria habia llegado á un estado deplorable en los distritos fabriles, hasta el punto de ser inevitable la muerte de muchos y estar otros enfermos y desesperados por falta de alimento, mientras que, al parecer, á ningun miembro de las clases manufactureras le era posible salir adelante en la lucha salvando algo con que empezar la vida de nuevo. El daño se habia extendido mucho más allá de los intereses que al principio se lastimaron, y cuando subió al poder el nuevo Ministerio, parecia que no habia clase alguna que pudiera escapar de la ruina. En Carlisle, la comision de informacion expuso que la cuarta parte de la poblacion estaba en un estado

muy próximo á la miseria, y que de seguro morirían de hambre, si no se venía en su auxilio con medidas extraordinarias. En los distritos de Wiltshire, dedicados á la fabricacion de lanas, el salario del trabajador no pasaba de las dos terceras partes del minimum concedido en el hospicio ó casa de correccion (*workhouse*). En Stockport, más de la mitad de los patronos de las de hilados habian quebrado antes de concluir el año de 1842; estaban cerradas tres mil casas y los inquilinos de muchos cientos de las demás no podian pagar el alquiler de ningun modo. Recorrian las calles cinco mil personas condenadas á una forzosa holganza, y los administradores de la contribucion de pobres de Burnley (*guardians*), escribieron al Ministro de la Gobernacion que la miseria excedia con mucho á los medios de que disponian, y por eso se les envió inmediatamente un comisionado con fondos del Gobierno» (1).

Hay que notar muy especialmente, que la miseria que existia entonces no era parcial ó local, porque todas las industrias estaban en igual decadencia. Las que durante más de un siglo habian sido protegidas con más cuidado, no parecian hallarse, en ningun respecto, en mejor esta-

(1) Miss Martineau, *History of the Peace*, tomo II, págs. 520 y 21.

do que aquellas que nunca lo habian sido. El Parlamento, como hemos dicho ya, se habia propuesto una y otra vez proteger la de tejidos de lana contra la competencia de los géneros de algodón, y no obstante, en el párrafo que acabamos de citar es señalada especialmente ésta como una de las más abatidas. Cuando la pobreza llegó á tal extremo, los comerciantes de las grandes ciudades decian, «que á los parroquianos no les pasaba por las mientes el adquirir ropas nuevas, y solo compraban remiendos y retazos para componer las viejas» (1). Era evidente que las industrias, estuviesen ó no protegidas, se hallaban envueltas en el mismo desastre. Cuando la condicion industrial de un país en general llega á ser tan desastrosa como en el período á que acabamos de referirnos, la proteccion es tan impotente para impedir el que esta depresion se propague á una industria dada, como lo es para asegurar en tiempos bonancibles mayores rendimientos á la que trata de proteger. Ya hemos demostrado que si suben los precios de los productos agrícolas, la competencia entre los capitales que buscan colocacion, evitará en último resultado que los arrendatarios obtengan una ganancia extraordi-

(1) Miss Martineau, *History of the Peace*, tomo II, pág. 521.

naria. Del mismo modo, si se aumenta el precio de los géneros de lana imponiendo derechos protectores á su importacion, les será imposible á los fabricantes de los mismos aprovecharse de esta ventaja. Supongamos que estuviesen obteniendo un beneficio de un veinte por ciento, cuando los provechos de los fabricantes de los géneros de algodón fuesen solo de un diez por ciento; los capitales irian á la industria lanera, atraídos por esa gran ganancia; la competencia poco á poco haria bajar los precios hasta que no se obtuviese en ella más que el interés corriente, siendo el sobreprecio que recibiria por sus géneros únicamente lo necesario para compensar el que tendria que pagar por las lanas á consecuencia de impedir su importacion los derechos protectores.

Puede demostrarse del mismo modo, que la competencia entre los obreros todos hace imposible el que los trabajadores empleados en las industrias protegidas obtengan más altos salarios que los ocupados en las que no lo están. Así, volviendo al ejemplo que hemos expuesto, supongamos que el precio de los géneros de lana sube tanto á consecuencia de los derechos protectores, que los fabricantes de estos tejidos consiguen durante algun tiempo un gran beneficio, digamos el veinte por ciento; y que á causa de este tan ele-

vado provecho, sus obreros obtienen mayores salarios que los empleados en los hilados de algodón y en otras ramas de la industria fabril. Es seguro que la perspectiva de tener tan buenos jornales atraerá muchos trabajadores á las fábricas de lanas. La oferta de trabajo, por lo tanto, en esta clase de industria, irá aumentando gradualmente hasta que por último los salarios no sean mayores en ella que en cualquier otra. De aquí puede deducirse que el alza de los precios, cuando tiene por origen la proteccion, ya sea á la agricultura, ya á la industria fabril, no trae consigo de un modo permanente un aumento, ni en el tipo de los jornales, ni en el de los provechos, en las industrias protegidas. Por mucho que se eleve el de un artículo dado, ya sea estimulando artificialmente su exportacion, ya impidiendo su importacion, el capital y el trabajo empleados en su produccion, solo reciben una recompensa cuya entidad es regulada por lo que rinden el capital y el trabajo empleados en la industria general del país. Los provechos y los salarios no pueden, por tanto, elevarse en ninguna industria determinada por virtud de la proteccion, á ménos que al mismo tiempo se busque un medio de elevar unos y otros en todas. Pero ya hemos demostrado, que la proteccion tiene que ejercer una influencia diame-

tralmente opuesta. Si se eleva el precio de los alimentos por medio de la proteccion, se disminuye la remuneracion del trabajo, se resiente de un modo desfavorable el comercio en general del país, y los provechos descienden. Aun cuando no se sienta su influjo de una manera tan directa, se produce un efecto semejante siempre que se eleva artificialmente el precio de cualquier artículo fabril por medio de la proteccion, como por ejemplo, el hierro. Si éste se encarece, se impone una contribucion al obrero cada vez que tenga que comprar un artículo de ferretería. Además, el hierro más caro representa maquinaria más costosa, y si ésta es más costosa, la industria fabril se lleva á cabo en condiciones más desfavorables; y como habrá ménos rendimientos, habrá tambien ménos que repartir entre salarios y provechos.

Solo una clase puede sacar ventaja de que se eleven los precios por virtud de la proteccion. Cuando el de un artículo se aumenta por este medio, el valor en venta de las tierras que lo producen, crece proporcionalmente. Si el trigo sube de precio merced á ese procedimiento, los dueños de las fincas en que se dá pueden arrendarlas exigiendo mayor renta, y del mismo modo los propietarios de minas de carbon y hierro pueden

obtener un premio más alto por el permiso de explotarlas, si estos minerales se encarecen á causa de los derechos protectores impuestos á la introduccion de los mismos.

Habrá, quizás, quien dude de la exactitud de esta afirmacion, porque desde que se abolió la proteccion en Inglaterra, la renta de la tierra, en vez de disminuir, ha aumentado algo. Debe tenerse presente, no obstante, que puede haber otras circunstancias que obren simultáneamente y modifiquen los efectos producidos por una causa económica como la proteccion y el libre-cambio. Así, segun hemos notado anteriormente, en la época de las leyes de cereales y de la escala gradual, habia aumentado mucho el pauperismo   causa de los abusos de la antigua ley de pobres. El atender al alivio de esta miseria ech  una carga tan pesada sobre todos los propietarios, que en muchos distritos la contribucion de pobres casi absorbia por completo el producto líquido de las tierras, y de aquí que el aumento de renta que se conseguia por medio de la proteccion, muchas veces no compensaba las crecientes contribuciones que para ese fin se estaban imponiendo continuamente. En cambio, desde que se introdujo el libre-cambio, la administracion del impuesto de los pobres ha mejorado mucho y el paupe-

rismo ha disminuido. El aumento de la poblacion y el asombroso desarrollo del comercio del país han acrecentado de tal manera el pedido de materias alimenticias y de otros artículos, que los precios de los productos agrícolas se han sostenido por lo general á pesar de las importaciones del extranjero, y así por virtud de éstas y otras circunstancias favorables se ha mantenido el valor de la tierra, y las rentas no han disminuido. Aparece claro, por lo tanto, que no es de necesidad que los dueños de aquella, única clase beneficiada por la proteccion, sean perjudicados con su abolicion. Quizás sea imposible discernir el efecto ejercido por las varias causas que durante los últimos treinta años han tendido á promover el desarrollo industrial de Inglaterra. Entre ellas hay que conceder un lugar muy principal al hecho de haberse libertado el comercio de las restricciones fiscales que antes lo estorbaban. Este desarrollo traído en parte, si no por completo, por el libre-cambio, ha enriquecido de tal modo al país, que á pesar de haber aumentado mucho la importacion de productos agrícolas, la demanda de los de nuestro suelo no ha disminuido, y la baja de las rentas, que de otro modo hubiera tenido lugar, ha sido, y probablemente seguirá siendo, contrabalanceada.

No es necesario que nos detengamos á describir con más extension los daños que causa á un pueblo el sistema protector, porque ya tendremos más adelante ocasion de volver sobre este asunto, cuando examinemos los argumentos aducidos por los proteccionistas más eminentes de los Estados-Unidos y de otros países. Pero antes de entrar en el exámen de los mismos, creo necesario hacer algunas observaciones sobre la teoría del libre-cambio en general.

CAPÍTULO III.

EL LIBRE-CAMBIO Y LA RECIPROCIDAD.

Nada, quizás, puede conducirnos á una exacta apreciacion del daño causado por el sistema protector, como el mostrar que las ventajas económicas que produce el libre-cambio son idénticas, ya se trate del comercio entre países diferentes ya del que se hace entre varias regiones de uno mismo. Si inquirimos cuál es el beneficio que los ingleses, por ejemplo, obtienen de poder comerciar entre sí sin trabas ni estorbos, veremos en seguida que en unas partes puede conseguirse un producto que en otras no se alcanza, y que en unos distritos se producen ciertos artículos en circunstancias mucho más favorables que en otros y consiguientemente se venden más baratos. Hasta en un país tan pequeño, comparativamente, como Inglaterra, hay tales diferencias de clima y de suelo, que las varias plantas que florecen en el Sur apenas se dan en el Norte. Además, los veneros minerales de un territorio generalmente no están esparcidos por toda su su-

perficie, sino que están limitados á determinados distritos. En muchos condados ingleses jamás se ha producido, ni quizás se producirá nunca, una tonelada de hierro, de cobre ni de hulla. Por tanto, los habitantes de cada localidad sacan dos ventajas de cambiar libremente sus mercancías por las producidas en las otras. En primer lugar, obtienen de ese modo muchos artículos que de otra manera no podrían conseguir; y en segundo, adquieren otros varios á un precio más económico que el que resultaría si se produjese en la misma comarca. Si no hubiera comercio entre condados, como el de Kent, que no tiene carbon de piedra, y las regiones hulleras como Nothumberland y Durham, es evidente que los habitantes de aquel tendrían que pasarse sin carbon, y estarían, por tanto, sometidos á todos los inconvenientes y pérdidas que resultarían de verse obligados á usar un combustible mucho más caro como la leña. Los dueños de bosques y montes en Kent quizás verían aumentado considerablemente el valor de sus fincas con esta subida en el precio de la madera, pero ese aumento, efectuado en la propiedad de cierto número de personas, resultaría obtenido á costa de una gran pérdida y de desventajas que pesarian sobre la comunidad en general.

Se podrá acaso replicar, que aun en los países más proteccionistas no se ponen hoy día á la libertad de comercio obstáculos como esos que acabamos de describir, y que no se impide la entrada de los artículos que un pueblo no puede producir. La proteccion, se dirá, se limita únicamente á impedir la importacion de artículos que pueden competir con ventaja con los que produce la industria nacional. No obstante, es fácil demostrar que ni siquiera esa clase de proteccion se permitiria, si se pensase en aplicarla con el fin de imponer restricciones al libre-cambio de mercancías, no entre diferentes países, sino entre las diferentes comarcas de la misma Nacion. Es bien sabido que existia una gran fabricacion de hierro en muchos condados de Inglaterra, en que al presente no se produce ni una sola tonelada. Sussex y Kent en un tiempo suministraban una parte considerable del hierro que se empleaba en el Sur de Inglaterra. Las antiguas verjas del cementerio de San Pablo, las cuales hace poco tiempo se quitaron, estaban hechas de hierro que se sacaba y fundia en Sussex, y su calidad era, sin disputa, tan buena como la mejor que hoy se produce. Y ha dejado de fabricarse en Sussex y en Kent, no porque se agotasen los filones de ese mineral en estos puntos, (cientos de

miles de toneladas de mena de primera clase todavía permanecen sin explotar) sino porque no han podido esos condados sostener la competencia con otras comarcas más privilegiadas. Se usaba en Kent y en Sussex la madera como combustible para la fundición del hierro; según fué escaseando y encareciendo, se hizo, para las localidades que tenían que emplear leña ó traer el carbon de largas distancias, más y más difícil la competencia con aquellos, en que, como Yorkshire, Saffordshire, Gales y otros, el combustible es barato y se encuentran próximos el hierro y el carbon. Para que no se perdiese esta rama importante de la industria local, los fabricantes de Sussex y Kent podían haber pedido protección contra la competencia que poco á poco iban encontrando imposible de mantener. Pero si se hubiera atendido semejante petición, ¿cuál hubiese sido el resultado? Que se habría continuado fabricando hierro en esos condados, é imponiendo derechos bastante fuertes con objeto de neutralizar las ventajas que poseían otros distritos para la producción del hierro; pero el precio de éste habría aumentado, de ese modo artificial, considerablemente en Sussex y Kent, y todo el que en esos condados hubiese tenido que comprarlo, las compañías de caminos de hierro que necesitasen

carriles para sus líneas, como los fabricantes maquinaria, los labradores instrumentos agrícolas, los dueños de casa verjas y otros artículos, todos encontrarían que el precio que tenían que pagar se había aumentado un veinte, un treinta ó un cuarenta por ciento. De esta manera se impondría á toda la comunidad una contribucion sumamente gravosa con objeto de conservar esa industria local y protegerla contra la competencia de los otros condados.

La pregunta que ocurre en seguida es la siguiente: un arreglo de esta especie, ¿sería deseable para la comunidad en general y recibiría ésta un rendimiento equivalente al sacrificio hecho? Para contestarla, permítasenos, en primer lugar, considerar cuál sería el efecto real respecto de los interesados en la industria artificialmente sostenida. Estos pueden dividirse en tres clases: primera, los dueños de las tierras en que se encuentra el mineral de hierro y los de las que producen el combustible con que se funde; segunda, los arrendatarios de estas tierras que ponen el capital y poseen los edificios que son menester para la fabricacion; tercera, los obreros empleados en arrancar el mineral, en fundirlo y trabajarlo, y todos los que de un modo ú otro ayudan á fabricar el hierro. Con respecto á es-

tas dos últimas clases, hemos visto en el capítulo anterior, que como por virtud de la competencia el capital busca la colocacion más ventajosa y el trabajo busca el empleo más remunerador, esto impide realmente que una industria dada pueda rendir provechos extraordinarios ó pagar salarios excepcionales. Cuando se ve que en una cualquiera se obtiene un interés ó se paga un salario mucho mayor que el normal, los capitalistas y los trabajadores ansían tanto participar de estas extraordinarias ventajas, que el capital y el trabajo afluyen constantemente á ella, hasta que por último la remuneracion que dá, tanto al patrono como al trabajador, cesa de ser mayor que la que se obtiene en las demás ramas de la industria. El capital y el trabajo que puedan estar, por tanto, empleados en esas industrias especiales que se amparan contra la competencia extranjera por medio de derechos protectores, solo podrán alcanzar el término medio de los provechos y salarios que se obtengan á la sazón. Así que, si la industria del hierro hubiese continuado existiendo en Sussex y Kent por medio de la proteccion, los interesados en ella, ya como capitalistas, ya como obreros, no estarían en mejores circunstancias que los empleados en cualquiera otra de la locali-

dad; el precio del hierro sin duda alguna que iria constantemente en aumento, pero éste no representaria un fondo del cual pudiera salir una mayor recompensa para el trabajo y el capital; al contrario, seria simplemente una medida que no haria sino aumentar las dificultades y desventajas en medio de las que vivia la industria. Por tanto, si dos de las tres clases de personas que están relacionadas con esta empresa, los capitalistas y los trabajadores, no conseguirian ningun beneficio permanente de que se la protegiera, como si su existencia fuese artificial, será necesario que investiguemos ahora si obtiene alguna ventaja la tercera de aquellas, esto es, los dueños de las minas y de las tierras donde crece el combustible empleado en la fundicion. Es evidente que estos ganarian considerablemente y que el valor de su propiedad aumentaria de una manera asombrosa. No solo se pagaria un cánon por el permiso de explotar minas, que quedarian sin trabajar, y por lo tanto carecerian de valor alguno, si la industria no era amparada por la proteccion, sino que, como la madera aumentaria en estimacion á consecuencia de la demanda que de ella se haria para fundir el hierro, el valor de las tierras que la produjeran podria aumentar tambien conside-

rablemente. Aparece, pues, del ejemplo que acabamos de examinar, que venimos á la misma conclusion á que llegamos antes al indicar las consecuencias de proteger la industria nacional contra la competencia extranjera, esto es, que la única clase que puede sacar ventajas permanentes de la proteccion, es la de los propietarios de los terrenos de que se extraen los materiales necesarios para la marcha de la industria que se protege. La competencia está siempre alerta para ejercer su accion niveladora evitando que el capital y el trabajo obtengan mayor remuneracion en una industria que en otra; y de aquí que los jornales y los provechos no puedan continuar siendo mayores en las industrias protegidas que en las que no lo están.

Al tratar de mostrar en esta forma algunas de las consecuencias que resultarian de poner trabas al libre-cambio entre diferentes comarcas del mismo país, se puede objetar que nos hemos esforzado por probar lo que nadie niega hoy día. Puede decirse, por ejemplo, que el más ardiente proteccionista ni soñaria al presente con tratar de impedir la libre circulacion de mercancías entre las diferentes provincias de una misma Nacion, y por tanto, que no es necesario convencerle de las ventajas de dejar absolutamente franco el co-

mercio entre Kent y Nothumberland. Sin embargo, si son evidentes los perjuicios que se siguen de proteger á los interesados en una industria en un punto dado de Inglaterra contra la competencia de sus mismos compatriotas, ¿qué razon hay para suponer que las restricciones que se admiten que son desastrosas, si se ponen al comercio entre Kent y Nothumberland, no ejerzan igual influencia y no sean económicamente tan absurdas como cuando estorban la libre circulacion de mercancías entre Kent y Normandía? El cambio de productos entre estos dos últimos puntos se lleva á cabo por los mismos motivos y conduce exactamente á los mismos resultados que el que se verifica entre los dos primeros. Kent adquiriria de Normandía, de igual manera que compra de Nothumberland, varios artículos que, ó ella no puede producir por sí misma, ó que se pueden obtener más económicamente en Normandía. Esta, por su parte, podia recibir, en cambio de los productos que enviaba á Kent, artículos que, ó no podia producir por sí propia, ó que podria adquirir allí á ménos precio del que le costase á ella producirlos.

Puede contestársenos que hay consideraciones sociales y políticas que justifican la imposicion de trabas al libre-cambio entre diferentes

países; pero limitando nuestra atención por el momento á las consecuencias económicas que resultan de esas restricciones, creo que puede demostrarse que los derechos protectores producen los mismos efectos, ya sea la industria de una localidad protegida contra la competencia nacional, ya lo sea contra la extranjera. Ninguna de las circunstancias que hacen ventajoso que el comercio se lleve á cabo entre Kent y Nothumberland, se funda en el hecho de hablar los habitantes de estos condados el mismo idioma y vivir bajo el mismo Gobierno. Si Kent no puede producir el carbon de piedra que necesita, y si no puede fabricar el hierro sino en condiciones tan desventajosas que aumentan su precio de un modo enorme, es evidente que está en sus intereses el importar hierro y carbon y dar en cambio lúpulo, frutas y las demás cosas para cuya produccion tienen una ventaja especial su suelo y su clima. Los beneficios que obtiene de este cambio, no dependen de ningun modo de que el hierro y el carbon importados sean nacionales. El único interés de los habitantes de Kent que los necesiten, es conseguir los mejores y más baratos que sea posible. Antes de la guerra franco-alemana, cuando pertenecian á Francia Alsacia y Lorena, nunca se pensó ni remotamente en

que no debiese haber la más perfecta libertad de comercio entre estas provincias y el resto del país. Cualquiera proposicion para proteger una rama dada de la industria francesa contra la competencia de la Alsacia y la Lorena, se hubiera considerado tan absurda como si los fabricantes del Norte de París pidiesen proteccion contra los del Sur porque las tierras de la ribera Sur del Sena fuesen más baratas que las del Norte y costase ménos el solar en que estaban edificadas sus fábricas. A ménos de que la anexion de Alsacia y Lorena á Alemania haya cambiado el carácter de la industria en estas provincias, ¿cómo puede ser ménos ventajoso para los franceses el comerciar con Alsacia y Lorena hoy, que antes de verificarse la incorporacion? Si los habitantes de París, por ejemplo, acostumbraban á surtirse de ciertos géneros de esas provincias, lo hacian porque creian que en ellas se podian comprar esas mercancías en condiciones más favorables; y si hoy pueden obtenerlas en los mismos términos, no puede ser para ellos ménos ventajoso ahora que antes el continuar comerciando con Alsacia y Lorena. Supongamos, sin embargo, que hoy, despues de la anexion, se impone á esos géneros un veinte por ciento á los artículos importados de Alsacia con objeto de perjudicar la industria alemana y favo-

recer la francesa; el efecto inevitable seria obligar á los que compran estos géneros á pagar un precio más elevado por ellos, y por consecuencia se impondrá una contribucion muy gravosa á la masa del pueblo francés que consume estos productos. Pero para que podamos apreciar exactamente los daños que esta Nacion se inferiria á sí propia al seguir este sistema de guerra industrial contra un país vecino, necesitamos recordar que no por eso entrará en las arcas del Tesoro francés ni un solo franco más por virtud de esa contribucion que se impone. Supongamos, por ejemplo, que á consecuencia del establecimiento de este derecho, se encuentra que es más ventajoso obtener de otro punto de Francia cierto producto que se compraba antes á Alsacia por valor de cien millones de reales al año. El comercio entre aquella y ésta, por lo que hace á este artículo, quedaria completamente destruido, y el precio del producto subiria, porque se obtiene ahora en condiciones más desfavorables. Si suponemos que esta subida representa un diez por ciento, como quizás esto no compensará al productor alsaciano lo bastante por el derecho de veinte por ciento que tiene que pagar, dejará de enviar sus productos á Francia. Sucede, por tanto, que el derecho arancelario no dá rendimientos al Estado, aun cuando

aumenta el precio del objeto en un diez por ciento, é impone por consiguiente una contribucion al pueblo francés como si se le obligase á pagar un diez por ciento sobre aquella parte de sus rentas que dedica á la adquisicion de esas mercancías. La comunidad no recibe ninguna compensacion por el sacrificio que hace; la pérdida de la Nacion es tan real y efectiva como si se prohibiese cultivar las tierras de una comarca muy fértil con objeto de proteger á los propietarios de otro distrito cuyas fincas no lo fuesen tanto, ó como si se ordenara que un país no obtuviese el carbon y el hierro de las minas más productivas, ó como si se dispusiera que los fabricantes no empleasen las máquinas mejores y más baratas.

Puede objetarse que, aun cuando se hace sufrir una pérdida al pueblo francés al obligarle á comprar á mayor precio los artículos que antes obtenia de Alsacia, no obstante, esto se compensa con las ventajas producidas por el establecimiento de una nueva industria en Francia. Pero si esto fuera posible, se seguiria de aquí que, si antes de tener lugar la anexion se hubiese prohibido en la Alsacia la fabricacion de un objeto dado que podria producirse allí en las condiciones más favorables, con objeto de que se arraigase en otra parte de Francia, por ejemplo, en Norman-

día, el pueblo francés, aun cuando tenia que pagar un exceso de precio inútil por un artículo de consumo general, para estimular su fabricacion en Normandía, conseguiria algun beneficio porque se habia levantado una nueva industria en aquel territorio. No es necesario por el momento considerar cuál seria el efecto respecto de Alsacia, porque el punto que tenemos que dilucidar es simplemente este: ¿es posible que el resto de Francia saque provecho con el establecimiento en Normandía de una industria que podria sostenerse de un modo más ventajoso en otra localidad? Si se hubiera hecho semejante proposicion, ¿no se comprende en seguida que seria sumamente injusto, por ejemplo, para los habitantes de París, Lyon y Marsella, hacerles satisfacer un precio más alto por un objeto, para que una industria que habia prosperado en Alsacia se estableciese en Normandía? Si tenian que pagar más por esta mercancía, tendrian ménos recursos para emplearlos en la compra de otros artículos que necesitasen, y no habria razon alguna para suponer que los habitantes de Normandía, donde la nueva industria se habia establecido, serian mejores consumidores de los que aquellos producen que los que sostenian antes esa fabricacion en el otro punto. Resulta de todo

esto, sin tomar en cuenta el daño que se hace á Alsacia, que el pueblo francés no obtendría ninguna compensacion adecuada por la pérdida que se le haría sufrir si se apartara la industria del modo que acabamos de describir de su curso natural, obligando á una rama particular de aquella á establecerse en un sitio donde el trabajo y el capital empleados en ella no rendirian el máximo de beneficio.

Quizás se nos arguya, que antes de la anexion de la Alsacia nadie hubiera pensado en poner trabas al cambio de mercancías entre ella y el resto de Francia, porque mientras aquella formaba parte de ésta, nada podía autorizar el que se infiriera á su industria daño alguno especial; pero, se añadirá, un sistema que no tenia defensa mientras Alsacia fué provincia francesa, puede justificarse desde el momento en que fué incorporada al imperio alemán; pues en tanto que los alsacianos fueron franceses, todo aquello que disminuía su prosperidad, tendia realmente á disminuir la de Francia, pero cuando se hicieron alemanes, cualquiera traba puesta á la misma, es una desventaja para Alemania y cesa de ser un perjuicio para Francia. Pero sean cuales fueren las ventajas políticas que ésta crea conseguir con evitar la prosperidad de aquella, el principio que afirma-

mos es este: que, examinando el asunto puramente bajo su aspecto económico, la pérdida que tendrían que sufrir los franceses por desalentar una industria que naturalmente florece en Alsacia, es precisamente la misma, ya sea ésta provincia francesa, ya no lo sea.

Si se hace una enumeración de los beneficios que un país consigue cuando puede cambiar libremente sus mercancías, se verá que ni una sola vez dependen las ganancias de que las dos regiones, entre las cuales se efectúa el cambio, pertenezcan al mismo país. Los Estados del Este de la Union americana encuentran ventajoso el poder comerciar libremente con los del Oeste, porque cada uno de ellos produce en abundancia artículos que el otro no, ó porque algunos de estos se pueden obtener con más economía de trabajo y capital en un Estado que en otro. Pero esta escasez y esta abundancia no dependen de circunstancias políticas. Si en la última guerra civil de América, el Norte hubiera sido derrotado, la destrucción de la Union no hubiera hecho aparecer carbon de piedra y hierro donde hoy no se encuentran. El clima y el suelo no hubiesen cambiado. Los Estados cuyo clima fuese demasiado frío para el desarrollo del algodón, no podían adquirir repentinamente una temperatura tro-

pical. Resulta, por tanto, que ni en un solo respecto, los beneficios económicos que, segun se reconoce, produce el libre-cambio de mercancías entre diferentes comarcas del mismo país, disminuyen ni lo más mínimo porque aquellas entre las cuales se verifica el cambio, dejen de pertenecer al mismo país. Si era ventajosa la completa libertad de comercio entre Alsacia y el resto de Francia, cuando la primera formaba parte de ésta, no puede serlo ménos económicamente ahora que Alsacia ha sido incorporada á Alemania. La imposicion de restricciones al comercio entre Francia y Alsacia podrá, sin duda alguna, impedir la prosperidad de ésta, con lo cual se inferirá un daño á Alemania; pero es necesario tener siempre presente que es imposible causarlo á ésta sin que al propio tiempo se ocasiona á Francia. El perjuicio para ambos países puede medirse con toda exactitud por la pérdida que se proporcionaria, tanto á los habitantes de Alsacia como al resto de Francia, si se hubiese restringido el comercio alsaciano cuando aquella aún pertenecia á Francia. La política proteccionista, por lo tanto, solo puede defenderse, económicamente hablando, partiendo del supuesto de que conviene á un país hacer grandes sacrificios pecuniarios con objeto de estorbar la prosperi-

dad de sus vecinos. Es evidente que si este fuera el principio á que se ajustasen las relaciones comerciales entre las diferentes Naciones, los países debían considerarse como si estuvieran en un estado de guerra perpétuo, porque hasta en tiempo de paz, cuando hubiera cesado la lucha militar, la hostilidad industrial no se suspendería ni por un momento.

Quizás basta con lo dicho para mostrar las ventajas económicas que resultan en general de la libertad de comercio. Es necesario, no obstante, que examinemos el asunto bajo un nuevo punto de vista, porque con bastante frecuencia se dice, que un país obtendrá grandes beneficios del libre-cambio si otros adoptan idéntico sistema; pero que una Nación como Inglaterra sufre grandes perjuicios cuando, movida por un espíritu de generosidad tonta y quijotesca, permite que otros pueblos, que aún conservan derechos protectores, envíen libremente sus productos á nuestros mercados.

Ya hemos indicado anteriormente que muchos que profesan sinceramente los principios de la libertad comercial, juzgan «el libre-cambio de un solo lado como un absurdo,» y afirman que si otros países imponen trabas á nuestro comercio, nosotros debemos en defensa propia ponerlas al

suyo. No es necesario examinar la cuestion bajo un punto de vista moral. Puede admitirse que si se impide la entrada de los productos de nuestras fábricas en los mercados de América por medio de altos derechos protectores, estaria justificado el que nosotros los impusiéramos á los suyos con objeto de dificultar su importacion. Pero por muy sinceramente que se admita nuestro derecho para llevar á cabo este sistema de represalias, la cuestion práctica importante que necesitamos examinar, es esta: ¿cuáles serian las consecuencias que produciria esa política? Es indudable que los aranceles protectores que se han mantenido por los Estados-Unidos y otros países, causan grandes perjuicios á nuestro comercio, y el único punto que hay que determinar es, si ese daño disminuiria ó se agravaria grandemente si nosotros, para vengarnos, impusiésemos derechos protectores á sus productos. Si se creyere conveniente adoptar dicho sistema de represalias, contra quien podríamos llevarlo á cabo con más razon, seria contra los Estados-Unidos. El mayor daño que se puede hacer á nuestro comercio es el no tener libre acceso á los mercados americanos, y el arancel de aquella República tiene un carácter mucho más proteccionista que el de ningun otro país. Esto se comprenderá en seguida compa-

rando los derechos impuestos á ciertos productos ingleses en los Estados-Unidos, Francia, Alemania, Rusia y Austria respectivamente (1).

	ESTADOS-UNIDOS.	FRANCIA.	ALEMANIA	RUSIA,	AUSTRIA.
	Ad valorem.	Ad val.	Ad val.	Ad val.	Ad val.
Hierro en lingotes...	67 á 100 p. %	35	Libre.	50	35
Cobre.....	30 "	Libre.	"	Libre.	Libre.
Tejidos de algodón..	35 á 85 "	"	4 á 9	23	6 á 9
Tejidos de lana.....	85 "	"	$\frac{1}{2}$	13	1 á 2
Manufacturas de cáñamo de Indias...	30 á 40 "	11 á 26	5	10	4

(1) Véanse las Reseñas Parlamentarias, núm. 291, 26 de Junio de 1877. "Derechos de importacion sobre géneros ingleses (países extranjeros)." La reseña procede del *Board of trade*, y se redactó bajo la direccion de Mr. R. Giffen.

Como se ve por las anteriores cifras, los derechos más elevados que se imponen á las mercancías inglesas son los señalados por los aranceles de los Estados-Unidos. No solamente son excepcionalmente altos, sino que alcanzan un número de objetos muchísimo mayor que los de cualquiera otra Nacion. Por las tarifas vigentes está gravada la importacion de unos 1.500 artículos, y escasamente hay un solo producto inglés que tenga libre entrada en los puertos americanos. La mayor parte de estos derechos son manifiestamente protectores, porque rara vez acontece en aquel país que se exija un impuesto de consumos al producto nacional para contrabalancear el derecho que se paga por el mismo á su importacion. Está fuera de duda que los aranceles de la República Norte-Americana ocasionan grave daño al comercio de Inglaterra, y no debe sorprender que la pérdida que por eso experimentamos se sienta más profundamente, porque nuestro país hace tal consumo de artículos de los Estados-Unidos, que del total de sus exportaciones vienen á la Gran Bretaña más de las tres quintas partes. En 1876 el valor de aquellas fué de unos 10.949 millones de reales y de esta cantidad corresponden á Inglaterra unos 7.230 (1).

(1) *Statistical Abstracts*, 1877.

Tan manifestamente perjudican á la importacion de mercancías inglesas los aranceles de los Estados-Unidos, que mientras lo que exportan éstos á la Gran Bretaña asciende á esa cantidad, las mercancías inglesas se hacen innecesariamente tan caras en los mercados de Norte-América á causa de los derechos protectores, que el valor de los artículos que adquiere ésta de nosotros solo asciende á unos 2.500 millones de reales. Estas cifras muestran claramente que por lo que hace al daño que se causa á nuestro comercio con los aranceles proteccionistas, tenemos muchos más motivos de queja contra los Estados-Unidos que contra ningun otro país. Por lo tanto, si examinamos la conveniencia de imponer derechos sobre algun producto americano en represalias por el daño que hacen á nuestra industria, habremos tomado como ejemplo el mejor que puede aducirse en apoyo de la llamada política de reciprocidad.

Se dice muy comunmente por los partidarios de la misma, que no hay nada tan injusto como el consentir que entren en Inglaterra varios artículos de fabricacion americana á competir en igualdad de condiciones con los de nuestros fabricantes, mientras que á nosotros se nos prohíbe el libre acceso á los mercados de aquel país. Siempre que la industria entra en un período de abatimiento,

se dá gran importancia á los daños que sufrimos por virtud de la competencia extranjera, y llega á creerse generalmente que esta depresion proviene, al ménos en parte, de que los géneros norte-americanos inundan nuestro mercado. Pero cuando se examina la estadística del comercio de los Estados-Unidos, se comprende en seguida que el daño hecho al inglés por este medio, es tan insignificante, que apenas merece ser tomado en cuenta. La suma de los objetos manufacturados que se envian desde América á Inglaterra, es tan sumamente pequeña, que casi no se notaría la diferencia si esta rama de comercio cesase por completo entre ambos países. Se nos habla á todas horas de los perjuicios que padecen la industria algodonera de Lancashire y la de hierros de Birmingham, Sheffield y otras ciudades con la importacion de géneros de esta clase de los Estados-Unidos. Sin embargo, en 1876, año de gran depresion mercantil, el valor total del hierro y acero manufacturados que se importaron en Inglaterra de aquel país, fué solo de unos 24 millones de reales, y el de los géneros de algodón de unos 45. Esta importacion, pequeña y todo como es, era excepcionalmente grande, puesto que en el año anterior el valor de los géneros de algodón importados fué solo de nueve millones y

medio de reales, y en 1877 ascendió á 16 millones ó sea próximamente la tercera parte que en 1876. El valor total de todos los géneros de algodón importados en Inglaterra en 1876, fué solo de unos 181 millones. La falta de razon de suponer que tan insignificante importacion pueda perjudicar de un modo apreciable á la prosperidad de la industria algodonerá inglesa, se hace más manifiesta todavia cuando se recuerda que el valor de los géneros de algodón exportados de Inglaterra durante el mismo año, subió nada ménos que á unos 6.764 millones de reales.

Resulta, por lo tanto, que no se conseguiria gran cosa con imponer, como pretenden los partidarios de la reciprocidad, derechos sobre esos artículos producidos en América é importados en Inglaterra para hacer la competencia á los que nosotros mismos fabricamos. Si deseamos tomar represalias de los Estados-Unidos por el daño que sus aranceles proteccionistas hacen á nuestro comercio, tenemos que imponer derechos, no á los artículos que solo significan una parte mínima de su comercio, sino sobre aquellos que se exportan en tan gran cantidad, que si el pedido de los mismos por Inglaterra disminuyera, se sentiria el efecto inmediata y profundamente en América. Las mercancías que nosotros importa-

mos en mayor cantidad de allí, consisten en productos que, ó se usan como alimentos, ó sirven de primeras materias á las ramas más importantes de nuestra industria fabril.

La siguiente tabla, cuyas partidas tomamos del *Statesman Year Book* de 1878, claramente muestra que los productos que adquirimos de los Estados-Unidos consisten casi por completo en sustancias alimenticias y en primeras materias de varias industrias fabriles:

	Libras esterlinas.
Algodon en rama.....	25.120.512
Trigo.....	12.017.659
Maiz.....	8.656.338
Tocino y jamones.....	7.144.798
Carne de vaca y de cerdo.....	1.079.238
Queso.....	2.564.977
Tabaco.....	2.182.099
Manteca de cerdo.....	1.411.147
Panes de linaza.....	1.322.852
Sebo y esperma.....	1.244.512
Manteca de vacas, frutas, lúpulo, varias clases de aceites, maderas, nafta, re- sina, cueros, pieles y cautchuc.....	5.442.150
	<hr/> 68.186.282

Como el valor total de las exportaciones de los Estados-Unidos á Inglaterra es de 75.899.008 libras esterlinas, resulta que por lo ménos las nueve décimas partes de las mismas consisten

en las sustancias alimenticias y las primeras materias que se enumeran en esta tabla.

Si, por lo tanto, deseamos hacer experimentar á los americanos algunas de las pérdidas y contrariedades que ellos imponen á nuestro comercio con sus aranceles proteccionistas, será necesario que impongamos derechos de importacion, ya al algodón en rama, ya al trigo ó alguno de esos artículos de comer que en tan grandes cantidades se importan de aquel país. Es indudable que de este modo ocasionaríamos grandes perjuicios á algunos de los más importantes de sus intereses comerciales; pues se ha calculado que más de la mitad del capital y del trabajo de América está dedicada á la agricultura; y se impediria realmente la prosperidad de ésta, si, imponiendo nosotros fuertes derechos, sus productos no encontrasen libre la entrada en los mercados ingleses. Pero la pregunta que á seguida ocurre hacer es esta: ¿podemos castigar de este modo á los Estados-Unidos, sin que al propio tiempo resultemos nosotros castigados? Creo que se puede demostrar que, por grande que fuera el daño que aquella experimentara, se causaria uno mucho mayor á nuestro país.

Supongamos, por ejemplo, que se impusiera un derecho de un 10 por 100 sobre el algodón

americano á su entrada en Inglaterra. Este derecho elevaria el precio de aquel en ésta, y por lo mismo su demanda disminuiria de hecho. La Gran Bretaña no consumiría tanto de ese artículo como antes, lo cual seria, á no dudar, una desventaja para América. Pero la pérdida que pudiera experimentar ésta á causa de esa baja en la demanda de su algodón, seria una bagatela comparada con el inmenso daño que resultaria á Inglaterra de la imposicion de semejante derecho. Se oyen con mucha frecuencia quejas acerca del mal estado de la industria algodonera en la Gran Bretaña. Se dice á menudo que hoy no hay dentro del país una demanda de géneros de algodón tan grande como habia antes, y que la competencia es tan activa, que nuestros fabricantes van cada vez encontrando más difícil obtener un mercado favorable en el extranjero. Pero si se impusiera un derecho protector al algodón en rama, el estado de la industria algodonera, que hoy se considera tan poco satisfactorio, inevitablemente habria de empeorar. Este derecho, al aumentar el precio de la primera materia, encareceria los géneros fabricados, lo cual influiria de un modo perjudicial en la demanda de los mismos dentro del país. No obstante, las consecuencias serian mucho más graves para nuestro comercio exterior. Si hoy ha-

llamos que es difícil competir con nuestros rivales de otras Naciones, ¿qué esperanza nos quedaria de luchar con ellos con éxito, si tuviéramos que sufrir el gravámen de pagar la primera materia más cara que los fabricantes extranjeros? Se dice que los americanos han empezado á fabricar géneros de algodón casi tan baratos como los ingleses, y está fuera de duda que los harian aún á ménos precio, si nosotros impusiéramos un derecho que nos obligase á satisfacer innecesariamente uno más elevado por el algodón en rama. El efecto de ese impuesto seria poner en peligro nuestra propia industria al propio tiempo que daria gran impulso á la fabricacion americana. Vemos, por lo tanto, que en lo tocante al artículo que representa por sí solo casi la tercera parte de nuestras importaciones de América, no nos es posible seguir esa política de represalias, porque cualquier derecho que se impusiera al algodón, causaria á los Estados-Unidos una pérdida insignificante en comparacion del daño que nos haríamos á nosotros mismos.

Puede probarse de igual modo, que cualquier perjuicio que se ocasionase á aquella Nacion poniendo trabas á la importacion de alguna de esas sustancias alimenticias que nos envia en tan grandes y crecientes cantidades, reobraría sobre

nosotros con fuerza redoblada. El género que despues del algodón importa en más cantidad Inglaterra de los Estados-Unidos, es el trigo. Ya hemos visto que en el año de 1876, el valor de las importaciones del mismo y de harina, procedentes de allí, pasó de 1.201 millones de reales y en 1874, de 1.712. Es claro que los cultivadores americanos tendrian que sufrir grandes perjuicios si se les prohibiese introducir libremente sus productos en nuestros mercados; pero el daño que se les haria casi no merece la pena de ocuparse de él, si se le compara con el que recibiria toda Inglaterra con la imposicion de un derecho, aunque fuera moderado, sobre el trigo americano. Supongamos que fuese aquel de dos chelines el *quarter*; el precio de ese cereal en el mercado inglés, ya fuese de produccion nacional, ya extranjera, subiria una cantidad equivalente al impuesto, y por lo tanto, desembolsaria nuestro pueblo una suma mucho mayor que los rendimientos obtenidos por el Estado. Si una mitad de todo el trigo que se consume en Inglaterra, se importase de América, al tener que satisfacer las gentes mayor precio por el pan, estarian gravadas, no sólo por haberse recargado el extranjero, sino como si se impusiera al trigo de recoleccion nacional una contribucion de consumos equiva-

lente. Como tal cosa no se habria de hacer nunca, resultaria que el primer efecto de la imposicion de derechos seria conceder, en concepto de proteccion, dos chelines por cada *quarter* á los agricultores ingleses. Segun queda explicado, este aumento de precio que alcanzaria el trigo inglés, no podria ser aprovechado permanentemente por el arrendatario, sino que iria á parar seguramente, más pronto ó más tarde, á manos del propietario de las tierras en concepto de aumento de renta; ó, para explicarnos con más claridad, las clases pobres pagarian una contribucion con objeto de aumentar la fortuna de los ricos. Pero este recargo en una materia de primera necesidad para la vida, por muy grave que parezca, no representa de ningun modo todo el daño que se produciria al aumentar así el precio del trigo. Segun fuese encareciendo el pan, iria sufriendo el comercio del país en general, porque todas las industrias tendrian que vivir en peores condiciones. Supongamos, por ejemplo, que se elevaban los salarios lo bastante para compensar á los obreros por esta subida en el precio del pan. Este aumento produciria uno de dos efectos: ó disminuiria los provechos, en cuyo caso habria ménos deseo de invertir capitales en la industria, ó, si los fabricantes trataban de resarcirse de este ma-

yor coste del trabajo cobrando más por sus géneros, se aminoraría grandemente el pedido de sus mercancías dentro del país, lo cual tendería á neutralizar las ventajas que el jornalero habia alcanzado con el aumento de salario, y además colocaría á los fabricantes ingleses en posicion desventajosa para competir en los mercados extranjeros. Si, por el contrario, no aumentaban los salarios lo bastante para compensar á los obreros, entonces tendrian éstos que emplear una parte mayor de sus jornales en la adquisicion de pan y les quedaria ménos para invertirla en la de otros artículos. Esta baja en el pedido de la clase más numerosa de la sociedad, la sentirian casi todas las industrias del país. Resulta, por tanto, que no podemos tomar represalias de los americanos por el daño que nos hacen con sus aranceles proteccionistas, porque nos es imposible castigarlos sin que al mismo tiempo nos castigemos á nosotros mismos en mucho mayor grado. Aun cuando se habla mucho de los perjuicios que trae á nuestros fabricantes la competencia de los Estados-Unidos, sin embargo, se ha probado de un modo concluyente con las estadísticas comerciales de ambos países, que los artículos manufacturados procedentes de aquella Nacion que se importan en la Gran Bretaña, son de tan poca

monta, que apenas produciria ningun efecto el que su entrada se prohibiera por completo.

Puede decirse, no obstante, que estas objeciones no tendrian lugar si Inglaterra empleara una política de represalias ó de reciprocidad é impusiera derechos contra los demás países proteccionistas. Acaso se objete, que siempre que un producto importado del extranjero viene á competir directamente con artículos de la misma clase de produccion nacional, el fabricante del país puede ser protegido con justicia, si la Nacion de donde procede el artículo, mantiene en vigor contra nosotros aranceles proteccionistas. Pero, aun admitiendo en teoría que tengamos derecho para seguir ese sistema, si se trata de llevar á la práctica, se presenta una dificultad invencible. Siempre que hay un descenso en la actividad industrial de nuestro país, circulan en seguida quejas contra la competencia extranjera, atribuyendo la paralización de los negocios á que están los mercados nacionales atestados de géneros de otros países; al mismo tiempo, se añade, que nuestros fabricantes están casi excluidos de los mercados extranjeros por virtud de los derechos protectores. En nuestros dias, la industria del hierro es precisamente la que se encuentra más postrada, y de las observaciones que se hacen de ordinario

acerca de este asunto, resulta que se supone por lo general que esta paralización ha sido producida en gran parte por venderse en nuestros mercados el de Bélgica y de otros países á un precio más económico que lo que cuesta su producción á los fabricantes ingleses. Pero si comparamos las cantidades de este metal que Inglaterra importa y exporta, veremos en seguida que la competencia extranjera solo ha podido ejercer una escasa influencia en tal estado de cosas. En el año de 1876, cuando esta industria estaba más inactiva, toda la cantidad de hierro y acero, manufacturados ó no, importada en Inglaterra, subió solo á la suma de 2.520.973 libras esterlinas, mientras que el total exportado ascendió á 20.737.410. Estas cifras muestran claramente que los fabricantes extranjeros no pueden vendernos el hierro á ménos precio del que nos cuesta á nosotros fabricarlo, porque si poseyesen esas supuestas ventajas para su producción, nos arrojarían de los mercados extranjeros á que ellos y nosotros tenemos igual acceso, y poco á poco se irían apoderando de la mayor parte de nuestro comercio de exportación. Pero en vez de verificarse esto, el valor total del hierro y acero exportados de Bélgica, país cuya competencia se nos presenta como la más temible para Inglaterra, solo ascendió en 1876

á 1.800.000 libras esterlinas, esto es, ménos de la décima parte del valor de los exportados por Inglaterra en aquel mismo año; así que los ingleses no tienen por qué temer encontrarse con los belgas en esos mercados extranjeros á que unos y otros pueden concurrir de igual manera. Respecto á que el hierro belga pueda competir con ventaja con el inglés en nuestro propio mercado, lejos de haber fundamento para pensar que nuestra industria pueda ser por eso perjudicada, resulta que la cantidad de hierro y acero importados de Bélgica es tan insignificante, que no se enumera entre sus productos de exportacion (1), mientras que aparece como uno de los principales artículos que ella importa de la nuestra. En 1876 el valor del hierro enviado por Inglaterra á Bélgica fué de 574.813 libras esterlinas. Es claro que los fundidores belgas tienen más motivos para temer la competencia de los ingleses, que no éstos la de aquellos.

Se podrian aducir muchos ejemplos semejantes á este que acabamos de exponer y que probarian que las circunstancias del comercio extranjero inglés son tales, que aun cuando fuese de desear un sistema de represalias, es impractica-

(1) *Statesman's Year Book*, 1878.

ble. No se puede señalar ni un solo caso en que vengan á la industria inglesa perjuicios apreciables de que la competencia extranjera obligue á vender más baratos en nuestro propio mercado los artículos fabriles de producción nacional. Aun en aquellas industrias cuyos interesados se quejan más de esa concurrencia, no solo se encontrará invariablemente que la total cantidad que se importa representa una mera fraccion de toda la producida por la industria nacional, sino que seria erróneo concluir de aquí que esta importacion, pequeña y todo como es, excluye de nuestro propio mercado mercancías por un valor equivalente. Tomemos como tipo la importacion del grupo de hierros y aceros, que comprende una gran variedad de artículos. Toda especie de instrumentos y diversos géneros de maquinaria están incluidos en esa categoría, y como algunos de estos, por ejemplo, las máquinas de coser americanas, no se fabrican en Inglaterra, no puede decirse que compitan con la industria nacional. En casos determinados ha sucedido, sin duda ninguna, que ciertas ramas de aquella han sufrido daño, al ménos durante algun tiempo, con la libre admision de los artículos extranjeros en nuestro mercado. Se ha dado gran importancia por los patrocinadores del sistema de represalias al perjuici-

cio causado á las fábricas de cintas y de tejidos de seda de Coventry, Macclesfield y otros puntos, por la abolición de los derechos que pagaban las sedas extranjeras cuando se promulgó el tratado comercial con Francia. Se ha dicho que los franceses han podido vender á tan bajo precio en nuestro propio mercado, que casi se ha arruinado esa industria entre nosotros. No obstante, debe reconocerse que, aun cuando hoy adquirimos sedas de los franceses en mayor cantidad que antes, la superioridad que se les atribuye sobre las inglesas no nace de su mayor baratura, sino más bien del mejor gusto que por lo general tienen aquellos, no solo en el color, si que tambien en la eleccion de dibujos. Tambien se cree que el clima de Francia y la calidad del agua de Lyon y de otras ciudades de ese país hace que se efectúe en mejores condiciones que en Inglaterra el tinte de la seda y la fijeza de los colores. En este caso, por lo tanto, si se protegiera á nuestros fabricantes contra la competencia extranjera, se haria, no para garantizarles contra el trabajo más barato de sus rivales, sino para apartar, así de los capitalistas como de los obreros, las consecuencias de no haberse tomado la molestia necesaria para adquirir la habilidad y demás cualidades que poseen sus competidores extranjeros, ó de no

estar favorecidos con ventajas naturales de igual entidad. Si fuese exacto que los fabricantes de seda de Inglaterra padeciesen á causa de la competencia con el trabajo barato de Francia, no hay motivo alguno para que no suceda lo propio en la industria algodonera y otras ramas de la fabril; y, sin embargo, Inglaterra todavia mantiene una supremacia tan indisputable en la primera, que mientras el valor de los artículos de este género exportados en 1876 fué de 67 millones de libras esterlinas, el de los exportados por Francia en el mismo año ascendió solo á 2.600.000 solamente.

Pero aun cuando no se pudiese probar tan concluyentemente, como creo que es posible hacerlo, que en lo que toca á nuestro país es impracticable el sistema de reciprocidad, aún cabria aducir otras poderosas razones que aconsejarian no adoptar semejante línea de conducta. Supongamos que el daño hecho á la industria del hierro por la competencia extranjera no fuera tan imaginario como lo es, segun hemos demostrado, y que enviase Bélgica hierro y acero en considerables cantidades al mercado inglés. Si se impusiera un derecho de importacion con el fin de coartarla, resultaria que no solo se elevaria el precio del hierro importado, sino que tambien

todo el producido en el país subiría en una cantidad equivalente á aquel derecho. Al presente, la suma total que entra de ese metal, no llega á la cuadragésima parte del producido en Inglaterra; pero, para llevar adelante el argumento, supongamos que la cantidad importada es mucho mayor de lo que es, y que despues de haberse gravado con un derecho, Inglaterra introduce la décima parte de todo el hierro que consume. Dadas estas circunstancias, es evidente que el derecho produciria el efecto de hacer desembolsar á la masa del pueblo inglés, por virtud del aumento de precio que tendria que pagar por el hierro, una suma diez veces mayor de lo que percibiria por este concepto el Estado. En 1875 la produccion de hierro en lingotes ascendió á 6.365.462 toneladas. Por tanto, si á consecuencia de ese derecho subiese una libra el precio de la tonelada de hierro, el pueblo inglés estaria gravado, por lo ménos, con la suma de 6.365.000 libras esterlinas, y los productos de este sacrificio no se dedicarían á levantar las cargas del Estado, sino que en último término lo percibirían los dueños de las minas. Esta alza en el precio, producida de este modo artificial, podria al principio procurar ventajas á los interesados en esa industria, ya como obreros, ya como capitalistas; pero, se-

gun hemos explicado, la competencia haria bajar los provechos y salarios á su nivel normal, y el beneficio al fin resultaria para los dueños de las minas.

El efecto de subir de este modo el valor del hierro con objeto de favorecer una clase dada, se sentiria profundamente por toda la Nacion. Cualquiera que usase un objeto que estuviese en todo ó en parte hecho de este metal, encontraria que el precio que tenia que pagar por él se habia elevado de un modo artificial y sin necesidad. La consecuencia de esta alza para la generalidad, seria precisamente la misma que si se impusiera una contribucion sobre todos los artículos en que entrase el hierro, como buques, maquinaria, material de ferro-carriles, arados, rastrillos, palas y una innumerable cantidad de objetos de uso doméstico. Probaremos más adelante, que si una industria fuese ayudada de este modo á costa del público, vendrian otras pidiendo que se las auxiliara de igual manera; y como en seguida se veria que no habia motivo alguno para proteger una y no hacer lo mismo con las otras, una vez aceptado ese sistema, se extenderia rápida é inevitablemente.

Como la política de reciprocidad se apoya, al parecer, en primer término, en que es un remedio

para evitar la depresion de la industria, será conveniente que, antes de abandonar este asunto, mostremos cómo se aumenta realmente aquella con la adopcion de esa política. Volviendo al ejemplo que ya hemos expuesto, es óbvio que si se impusiese un derecho á la importacion del hierro y se elevase de ese modo su precio, todas las industrias que lo emplean se encontrarian en condiciones más desfavorables. La naviera, por ejemplo, ha participado de esa postracion general tanto como cualquiera otra; pero, abatida y todo como se halla, estaria aún más si todo el que quisiera comprar ó construir un barco, se encontrase con que el hierro que se habia empleado satisfacía un impuesto con objeto de hacerlo más caro. Hasta podia resultar un daño grave y permanente para la industria, porque si á causa de la exclusion del hierro extranjero, el inglés se elevase á un precio excepcionalmente alto, llegaria quizás á ser ventajoso para los armadores ingleses construir sus naves, no en el Tyne ó el Clyde, sino en algun puerto extranjero en que se pudiera emplear hierro barato. Además, todo fabricante que comprase máquinas, tendria, por idéntico motivo, que pagarlas más caras, y en consecuencia se elevaria el coste de produccion de sus propios artículos y resultaria así colocado en una posicion desventa-

josa respecto de sus competidores extranjeros. Resulta de todo esto, que siempre que se trata de proteger una industria, se echa sobre todas las demás una carga que las pone en peores circunstancias que antes para sostener á su vez la competencia.

Aun cuando podriamos aducir otros muchos ejemplos para probar que la paralización de la industria no se remediaria, sino que por el contrario se aumentaria en gran manera con la adopcion de la política de reciprocidad, no es necesario que nos ocupemos con más extension de este punto ahora, porque tendremos ocasion más adelante de volver sobre él, cuando examinemos en el capítulo siguiente los principales argumentos en que hacen hoy más hincapié los defensores del sistema protector.

CAPÍTULO IV.

ARGUMENTOS DE LOS PROTECCIONISTAS.

Si se examinan con cuidado los argumentos aducidos en apoyo de la proteccion por los que pueden considerarse como sus principales abogados en América, en las colonias y en otros países, espero que se habia de reconocer que está expuesta en totalidad su doctrina bajo los trece epígrafes siguientes. Se observará que algunos de estos argumentos se contradicen. Este hecho es debido á que se considera la proteccion desde diferentes puntos de vista y se apoya en diversas razones en los distintos países, y yo deseo no omitir ninguno de los que tienen importancia á los ojos de los que defienden el sistema protector en los pueblos que lo mantienen.

1. La proteccion es de desear, especialmente en un país joven, porque hace posible la diversidad de industrias. Un territorio, como América ó Australia, que poseen una extension casi sin límites de terrenos fértiles, tiene extraordinarias faci-

lidades para la produccion de primeras materias. Si, por lo tanto, no se alienta la industria fabril por medio de la proteccion, el trabajo y el capital se dedicarán principalmente á la agricultura y se estorbará el crecimiento de las ciudades.

2. La proteccion, al alentar las distintas ramas de la industria nacional, hace que una comunidad dependa mucho ménos de los países extranjeros.

3. Los proteccionistas americanos pretenden que, en el comercio extranjero, el coste del transporte lo paga el país que exporta. La conduccion de las primeras materias, como son de más volumen, es más cara que la de los géneros fabricados de igual valor. Arguyen, por lo mismo, que quedarian colocados en una posicion desventajosa respecto de los ingleses, si importaran todos los artículos manufacturados que necesitasen, cambiándolos por primeras materias.

4. Se dice que el fabricante nacional tiene que pagar varias contribuciones que no satisface su competidor extranjero, y por tanto, que si no recibe alguna compensacion en esta forma, resulta tambien necesariamente en una condicion desigual.

5. La proteccion es conveniente para un país, porque estimula las distintas ramas de la indus-

tria nacional y desalienta en igual grado la de los países extranjeros.

6. Se afirma que el derecho protector impuesto á la importacion, en último término casi lo paga por completo el productor extranjero. En consecuencia, la proteccion produce la doble ventaja de hacer que el extraño pague contribucion, y de alentar el desarrollo de la industria nacional.

7. Como los provechos y los salarios no son mayores en las industrias protegidas que en las que no lo están, no se puede mantener con justicia la objecion que generalmente se hace á la proteccion, de que favorece una industria dada á costa de los consumidores en general.

8. La proteccion es ventajosa económicamente, porque si un país obtiene sus productos dentro de casa, en vez de importarlos, se ahorra el trabajo empleado en trasportar el producto desde lejos, el cual, se dice, es improductivo.

9. Se presenta la proteccion como si produjera grandes beneficios á las clases obreras de América, porque los salarios que allí se pagan en ciertas industrias que están protegidas, son más elevados que los que se satisfacen en las mismas en la libre-cambista Inglaterra.

10. La proteccion seria injusta si solo se protegiese una industria, porque el público en gene-

ral no obtendria compensacion alguna por el aumento de precio que se ve obligado á pagar por el artículo que aquella produce; pero si la proteccion se extiende tanto, que todas las industrias participan de esa ventaja, entonces sí se alcanza esa compensacion.

11. Se ha defendido la proteccion bajo el supuesto de que siendo los salarios más elevados en América y en las colonias que en Inglaterra, los industriales de aquellos pueblos necesitan proteccion para encontrarse en igualdad de circunstancias con respecto de sus competidores ingleses.

12. Una vez establecida la proteccion, no se puede abolir sin causar grandes pérdidas á las industrias que han sido protegidas, y tanto á los capitalistas como á los obreros.

13. La proteccion puede establecerse con ventaja en un país jóven como recurso transitorio, puesto que varias industrias, que al fin llegarán á prosperar sin ella, la necesitan en los primeros momentos de su existencia.

Vamos á examinar estos argumentos en el mismo orden en que han sido expuestos.

1. *Se observará que en la enumeracion anterior de las razones que se aducen en favor de la proteccion, se ha concedido el primer lugar á la*

que se conoce con el nombre de la «diversidad de industrias,» porque no hay ninguna á la cual se conceda más peso por los proteccionistas de América y de las colonias.

Se pretende que un país que tiene una cantidad casi inagotable de tierra fértil, una gran parte de la cual está todavía sin ocupar, posee tan excepcionales ventajas para la agricultura, que su capital y su trabajo se dedicarán principalmente á la produccion de primeras materias; y se sostiene, por lo tanto, que aun cuando pueda ser más económico para América, por ejemplo, el adquirir de países extranjeros los productos fabricados con esas primeras materias en vez de hacerlo ella misma, saldria sin embargo caro este beneficio á causa del daño que recibiria de que no hubiese cierta variedad de ocupaciones para sus habitantes. Si la agricultura fuera casi la única industria que existiera, muchos que no sirven para las labores del campo, pero que podrian adquirir habilidad y sobresalir en alguna de las fabriles, quizás les fuese imposible hallar esa ocupacion para que son aptos; y de aquí que habria una pérdida considerable de potencia productora. Tambien se dice, que el desarrollo social y el progreso del país se retardarian de un modo grave, si la mayor parte de su poblacion se

dedicase á labrar la tierra y viviese en despar-
ramados caseríos, mientras que si se establecen
fábricas, la poblacion se concentrará más, se
asegurará el crecimiento de las ciudades, y ade-
más del pedido del extranjero habrá en el país
mismo una gran demanda de productos agríco-
las. Es evidente que toda esta argumentacion
descansa en la hipótesis de que es imposible que
exista la industria fabril en un pueblo jóven á no
ser que reciba la ayuda provechosa de la protec-
cion. Puede, á mi juicio, demostrarse que esta
hipótesis no la abonan ni la teoría ni la experien-
cia. Cuando se coloniza por vez primera un país
y su poblacion está consiguientemente muy es-
parcida, no tiene los brazos necesarios para que se
establezcan fábricas en gran escala. No obstan-
te, segun vá creciendo aquella, gradualmente
surgirán varias especies de industrias nacionales
que suplirán y ayudarán de varios modos al tra-
bajo de las personas ocupadas en la agricultura.
A pesar de esto, por predominante que sea esta
en un país, siempre tiene que haber numerosos
géneros de trabajo que alimentarán otras muchas
clases de ocupacion además del mero cultivo de la
tierra. Hay que levantar casas y demás edificios,
que construir caminos, que componer instrumen-
tos agricolas y máquinas; y el coste de trasporte

aumentará tanto el precio de la importacion de muchos artículos, especialmente de los voluminosos, que aun cuando el trabajo sea más caro en un pueblo jóven, encontrar á éste que le tiene más cuenta fabricarlos por sí mismo. Las varias industrias y oficios que por este motivo habrán de aparecer, crearán una demanda creciente de operarios hábiles, y de este modo se evitará esa uniformidad industrial que tanto alarma á los protectionistas. Ya hemos notado anteriormente que el industrial nacional, aun allí donde no hay derechos protectores, goza, por lo que hace á su propio mercado, de una ventaja natural, porque puede conducir sus productos á aquel con ménos coste que sus competidores extranjeros.

Aun cuando siempre se presenta el deseo de procurar esa diversidad de industrias como una de las principales razones de que se mantenga la proteccion, sin embargo, los aranceles vigentes en los Estados-Unidos nos suministran una prueba concluyente de que hay motivos de muy otra índole que ejercen poderosa influencia en los favorecidos por aquella. Se ve, al examinar esta tarifa, que no se imponen derechos protectores solo á los géneros manufacturados. Por ejemplo, no hay artículo que esté tan gravado como la madera. No se supondrá que con excluir de

los mercados americanos la del Canadá y de otras partes, haciéndola de este modo más cara de lo que seria en otro caso, se alentará el crecimiento de las poblaciones, y que resultara una gran cantidad de empleos adecuados para aquellos que poseen la habilidad necesaria para varios oficios pero que no sirven para las labores del campo. Un derecho de esa especie ejerce influencia, pero es precisamente en la direccion opuesta; porque cuando se protege de ese modo artificial esta industria, se esparce por el país y en todas direcciones un mayor número de personas, las que se ocupan en cortar la madera y en trasportarla al mercado. La objecion más fuerte que se puede presentar contra el sistema de imponer derechos con objeto de dar una existencia ficticia á ciertas ramas de la industria, es la de que cuando se ha apelado una vez á ese medio, no es posible ya detenerse en semejante camino. Aun cuando fuese la intencion de los que introdujeron por vez primera la proteccion en los Estados-Unidos, el dar tan solo una ayuda temporal á ciertos fabricantes con el fin de capacitarlos para luchar con las dificultades que al principio rodean á una industria nueva, sin embargo, ese apoyo, lejos de haber sido temporal, ha continuado durante casi un siglo, y en vez de estar solo

protegidos algunos artículos contra la competencia extranjera, apenas hay hoy uno de los que se producen en los Estados-Unidos que no esté sujeto al pago de un elevado derecho de arancel. Esta extension del sistema protector no es debida á ninguna circunstancia accidental. Del mismo modo que el fuego se propaga entre materias combustibles, así la proteccion, una vez en vigor, atrae dentro de su esfera de accion un número de industrias que vá siempre en aumento. Cada nuevo derecho protector que se impone dá lugar inevitablemente á que reclamen más proteccion las otras industrias. No es improbable que los fabricantes de hierro de los Estados-Unidos, por ejemplo, pidan una mayor, pues á pesar de ser muy elevados los derechos que paga hoy el hierro importado, pues suben á veces á un 100 por 100, el extranjero todavia lo introduce en grandes cantidades en los mercados americanos. En 1874 se importó nada ménos que por valor de 300 millones de reales. Quizá se diga, que por esta circunstancia los precios forzosamente bajan y se priva á los fabricantes y á los operarios de una parte de la prosperidad que con justicia les corresponde cuando el comercio es activo, y que se aumenta la paralizacion propia de los tiempos adversos. Si se concediese ese aumento de protec-

10

cion que se pide, disminuiria mucho la oferta de hierro extranjero, aumentándose considerablemente el precio del americano; pero al instante que se declarase esta alza, vendrian otras muchas industrias pidiendo más y más proteccion, puesto que los objetos en cuya fabricacion entrase el hierro, encarecerian, y los que tuviesen que adquirirlos encontrarian que se les imponia un nuevo gravámen. Los fabricantes americanos de algodón y de lana dirian con razon: «Escasamente hemos podido sostener hasta aquí la lucha con nuestros competidores extranjeros; pero ahora que, por favorecer la industria del hierro, se ha aumentado el precio de éste, tenemos que pagar más por nuestra maquinaria, lo cual nos coloca en una situacion desventajosa respecto de los fabricantes franceses, ingleses y de otros países; tenemos, por tanto, perfecto derecho para reclamar mayor proteccion, á fin de que quede así compensada la ventaja que de otro modo resultaria para nuestros rivales extranjeros.»

Al discutir los diferentes argumentos que se aducen en favor de la proteccion, no basta considerar el asunto bajo su aspecto económico; pues, segun ya hemos manifestado, las ventajas sociales que procura á un país el poseer esa diversidad de industrias, se supone que compen-

san de sobra la pérdida en los intereses que pueda ocasionar ese sistema. Como los proteccionistas están siempre quejándose de que sus contrarios prescinden constantemente de todos los resultados que aquel produce, cuando no son puramente económicos, voy á examinarlos con cuidado; y deseo tanto más hacerlo, cuanto que sin ese estudio no es posible comprender bien y en toda su magnitud el daño causado por la proteccion. Nada hay que ejerza un influjo tan corruptor en un país como el enseñar á las clases industriales á estar siempre esperando el auxilio del Estado y pensando en él. Cuando una Nacion está imbuida en las doctrinas proteccionistas, parece tener á la competencia la misma clase de terror que muestra el tímido niño espantado con la aparicion imaginaria de un duende. Se escudriñan con ánsia las estadísticas de la importacion y de la exportacion, y siempre que se ve elevarse la importacion de un artículo cualquiera, se oye un gemido doloroso pidiendo al poder legislativo más proteccion contra este crecimiento de la concurrencia de fuera. En vez de tratar de averiguar si el obtener el productor extranjero alguna ventaja proviene de que se trata de empresas industriales más en grande, se recurre inmediatamente á todos aque-

llos artificios políticos que los interesados en una industria dada ponen en juego para influir en el Gobierno. Los esfuerzos que por este motivo se hacen de continuo para asegurar el auxilio del poder legislativo, probablemente han contribuido más que ninguna otra causa al desarrollo de esos *cabildeos parlamentarios (lobbyng)* y esas *intrigas de tramoya (wire-pulling)*, que constituyen uno de los rasgos característicos de la política de los Estados-Unidos. Una parte no pequeña de la energía de los hombres públicos, que debía dedicarse á otros asuntos de importancia nacional, se emplea en conseguir para una industria dada la gracia que le resulta de señalar un derecho protector más alto. Esta opinion la confirma de un modo terminante el ilustrado economista americano, el profesor W. G. Sumner que dice: «Esta continua fabricacion de leyes para la industria ha sido fuente abundante de daños políticos y mercantiles. Ella ha traído á nuestra vida pública el *lobbyng*, el *log-rolling* (1) y la *política aduanera*. Se ha enlazado además

(1) *Lobbyng* significa los cabildeos, intrigas y componendas que tienen lugar en el salon de conferencias, antes de las votaciones principalmente.

Wire-pulling, originariamente significa tirar de los alambres para que funcionen los resortes que mueven los

con los constantes errores acerca del papel-monedas. Ha creado en la libre sociedad americana clases privilegiadas, compuestas de aquellos que se veían libres en sus negocios de los riesgos y peligros á que los demás están expuestos. Esto ha estorbado la eleccion de hombres de Parlamento y llevado á este sitio gente de ménos talla, cuya inferioridad ha reobrado sobre el país manifestándose en la legislacion que ha ido de mal en peor. En estos mismos momentos ha estallado un movimiento de indignacion contra la corrupcion oficial y necesitamos reformar la administracion, pero para ello no hay más que un camino, que es cortar de raiz todo el sistema que ha hecho que aquella sea lo que es» (1). Parece, por lo tanto, que se puede establecer de un modo concluyente, que la proteccion es capaz de producir consecuencias sociales y políticas que son

muñecos; y aquí, política de entre bastidores, gobernar detrás de la cortina, etc.

Log-rolling, empleado para expresar el impulso dado por varios hombres para hacer rodar un tronco de árbol, significa en la política las coaliciones interesadas entre los diputados, por ejemplo, para alcanzar una cosa en que están interesados unos á cambio de ayudar luego á la consecucion de otra que importa á los otros.—(N. T.)

(1) *Lectures on the History of Protection in the United States*, por el profesor W. G. Sumner.

mucho más perjudiciales que la pérdida económica que ocasiona.

2. *El segundo argumento en favor de la proteccion es que, al estimular los varios ramos de la industria nacional, un país depende mucho ménos de las Naciones extranjeras.*

Este razonamiento constituye realmente la única base lógica sobre que puede apoyarse un sistema protector, porque si fuera posible partir del supuesto que la condicion normal de un pueblo es el estar siempre en guerra con sus vecinos, seria de una importancia capital el hacerlo, en cuanto fuera posible, independiente de ellos en el orden industrial. Bajo estas circunstancias quizás fuese oportuno, cualquiera que fuese el sacrificio, imponer derechos protectores con la idea de establecer y mantener varias clases de industria en el país. Las más veces se defiende la proteccion con argumentos como este. Así los franceses consideran que están completamente justificados al proteger por ese medio la sal, porque sin eso, este artículo no se produciria en Francia, y toda la que se consumiese en esta Nacion tendria consiguientemente que importarse. Se dice que en tiempo de guerra podrian cerrarse tan completamente las costas y las fronteras francesas, que no fuera posible introducir sal alguna; se

requeriría entonces tiempo para poder crear los recursos necesarios para fabricarla; el pueblo, por lo tanto, se vería privado de un artículo tan necesario para la vida, y se encontraría en una situación desventajosa en la guerra en que estuviese comprometido. Se sostiene, por lo mismo, que antes que correr este riesgo, vale más que la Nación pague un precio más elevado por la sal que consume. Permítasenos, sin embargo, tratar de apreciar la verdadera condición del peligro que Francia correría de verse privada de sal si ésta se importase libremente, y entonces podremos juzgar con más conocimiento de causa si el precio, que hoy día se paga con el fin de evitar este supuesto peligro, puede considerarse como un gasto prudente y juicioso.

Casi es imposible imaginar una série de circunstancias tales, que obligasen á Francia á verse envuelta en una guerra tan universal que no tuviese en sus fronteras ninguna Potencia aliada ó neutral. Napoleon I sostuvo una con la mayor parte de Europa, y sin embargo, no hubo nunca un momento, no obstante ser su carrera militar sin igual por lo agresiva, en que estuviesen todas las costas y todas las fronteras de Francia cerradas tan por completo que no pudiese entrar ningún producto extranjero en sus merca-

dos. Hay motivo, por lo tanto, para suponer que el peligro que se presume que evita la proteccion, es puramente imaginario. Pero aun admitiendo su posibilidad, se presenta en seguida esta cuestion; ¿no podria buscarse otro medio de alejar ese riesgo, que resultase ménos gravoso para el país que el de obligar á todos sus habitantes, ya pobres, ya ricos, á pagar inútilmente un precio elevado por un artículo de primera necesidad? El consumo de sal en Francia para usos domésticos puede calcularse próximamente, en peso, en 360 millones de libras. Este artículo está sujeto allí á un derecho de consumos de 20 reales por quintal; pero como el que paga la importada del extranjero es un 33 por 100 más alto que aquel, se protege de este modo la sal francesa de una manera tan efectiva, que apenas se introduce cantidad alguna de ella. Afirman los que tienen un profundo conocimiento práctico de esta rama de comercio, que esa restriccion á la importacion extranjera aumenta el precio de la sal un medio penique en libra, y por lo tanto el derecho protector impone á los consumidores franceses una contribucion por lo ménos de 75 millones de reales al año, además de la suma que percibe el Estado por aquel concepto. Cuando se tienen presentes además los diferentes usos que tiene la sal en la industria y en la agri-

cultura, no nos parece exagerado calcular que ese derecho protector impone un gravámen de 100 millones de reales anuales al pueblo francés, sobre la suma que paga directamente por el impuesto sobre la sal. Esta cantidad se les exige cada año para alentar esa rama de la industria nacional, y con objeto de hacer que Francia sea independiente de los países extranjeros. Debe tambien tenerse en cuenta que el derecho protector, aun cuando impone tan fuerte gravámen al pueblo francés, lejos de aumentar en cosa alguna los ingresos del Estado, los disminuye realmente en gran manera. Si no estuviera gravada la introduccion de la sal extranjera, y si el derecho de consumo y el de importacion fueran iguales, bajaria mucho el precio de ese artículo en Francia; aumentaria consiguientemente su consumo y los ingresos serian mayores proporcionalmente. Por tanto, no solo perjudica la proteccion á los recursos del Estado, sino que, al aumentar de un modo innecesario el precio de la sal, impone al pueblo francés una contribucion por lo ménos de 100 millones de reales al año. De esta enorme suma no puede aplicar el Gobierno ni una sola peseta á las atenciones generales del Estado, porque tiene que emplearla en compensar á los fabricantes de sal por las desventajas en

medio de las que sostienen su industria, en comparacion con las favorables condiciones en que puede producirse la sal en Inglaterra y en otras Naciones.

No necesitamos decir aquí nuestra opinion acerca de la utilidad de gravar un artículo tan necesario para la vida como la sal. Solo trato de indicar el efecto de impedir su importacion por ese medio, y de notar que por muy elevado que fuere el derecho, dejaria de ser protector desde el momento en que contribuyesen de igual modo la sal fabricada en el extranjero y la nacional. Las cifras que dejamos anotadas nos permiten formar una idea de la cantidad que pagan anualmente los franceses con objeto de prevenirse para el remoto caso de una guerra tan uniyersal, que todos los caminos por los cuales pudiesen entrar los productos extranjeros, estuviesen completamente cerrados. Como todavia nó ha sucedido nunca cosa semejante, el más dispuesto á alarmarse apenas podrá suponer que suceda más de una vez cada siglo, y resultaria, por lo tanto, que con el fin de estar prevenidos para esa contingencia, se hacia pagar al pueblo francés una contribucion que ascenderia en totalidad á 10.000 millones de reales en los cien años.

Si debe llevarse á cabo este sistema de hacer

independiente á un país de los extranjeros, no basta que se proteja al fabricante de sal contra sus competidores; pues que del mismo modo tiene que alentarse la produccion de otra infinidad de artículos cuyo precio habrá de subir hasta donde sea preciso para que quede compensado el productor nacional de las desventajas con que tendrá que luchar para seguir con su industria; y así, la pérdida que se causa á Francia para hacerla independiente del extranjero por lo que hace á la sal, se aumentaria indefinidamente. Tendria quizás de este modo que imponerse un gravámen inmenso á toda la industria de una Nacion, y aun en períodos de profunda paz, un país estaria pagando los preparativos más costosos para la guerra. Si mereciese realmente la pena el que un pueblo tomase esas medidas de precaucion contra un peligro tan vano y remoto, seria mucho más barato el que en vísperas de las hostilidades almacenase grandes cantidades del artículo que se importa, que no obligarle á sufrir constantemente las grandes pérdidas que se le imponen, encareciendo innecesariamente los géneros que se ve precisado á comprar.

No obstante que la supuesta ventaja de hacer á la Nacion independiente de los países extranjeros es uno de los argumentos que más de ordina-

rio se aducen en favor de la proteccion, tanto en América como en nuestras colonias, sin embargo, todas las razones que se han expuesto en contestacion al mismo con relacion á Francia, tienen diez veces más fuerza respecto de los Estados-Unidos y del Canadá. Por muy remotas que sean las probabilidades de que un país como Francia se vea imposibilitado de recibir productos del extranjero, es mucho más improbable todavia que los Estados-Unidos, el Canadá y Australia, con sus miles de millas tanto de frontera como de costa, puedan nunca estar tan rodeados de fuerzas enemigas que no les sea posible abastecerse en el extranjero.

3. *Se arguye en favor de la proteccion, especialmente por los que escriben sobre estas materias en América, que pagando el coste de la exportacion de un articulo el país que lo envia, quedaria América colocada en peores condiciones, comparada con Inglaterra, si el comercio entre los dos países consistiese principalmente en remitir primeras materias de los Estados-Unidos en cambio de mercancías manufacturadas, porque siendo las primeras de más volúmen, en proporcion á su valor, que las segundas, costará más el exportarlas.*

Puede demostrarse fácilmente que este argumento carece de fuerza, porque está fundado en el

erróneo supuesto de que el coste de exportacion de un artículo lo paga el país que lo envia. Para poder probar la falsedad de esta presuncion, investiguemos cuál seria el efecto de rebajar de seis chelines á tres, el coste de enviar un *quarter* de trigo desde Nueva-York á Liverpool. Si despues que hubiera tenido lugar esta reduccion en el flete, continuase vendiéndose en Inglaterra el trigo americano como antes, aumentaria en tres chelines el producto realizado en cada *quarter*. Esta oportunidad de obtener mayores ganancias causaria inevitablemente el aumento en las remesas de dicho artículo á la Gran Bretaña, y esto continuaria hasta que el precio del mismo bajase tanto que no fuese más ventajoso el venderlo en Inglaterra que en los Estados-Unidos. La diferencia en los precios entre Nueva-York y aquella no puede ser, permanentemente, mayor que el coste de su conduccion. Así que, si se reduce éste, el precio del trigo americano en el mercado inglés tiene que disminuir en una cantidad próximamente equivalente. La baja es probable que no fuese completamente igual á la reduccion del flete, porque segun fuera abaratándose en Inglaterra el trigo americano, seria mayor el pedido de de dicho artículo, y el aumento de demanda haria que tuviera una pequeña subida su precio en

América. Es, sin embargo, cierto que una rebaja en el coste de transporte produciría una reduccion de precio en el país importador, próximamente por la misma cantidad; de donde se sigue que en vez de ser aquel pagado por el país que exporta, como se afirma por los proteccionistas americanos, lo satisface casi por completo el que importa. Es óbvio que el primer efecto de una subida en los fletes entre América é Inglaterra, seria para el consumidor inglés el aumentar el precio del trigo y de todos los demás productos importados de aquel continente, y cualquiera baja en los mismos traeria á su vez mayores ventajas para los ingleses que para los americanos, porque el precio de toda mercancía americana en el mercado inglés tendria que reducirse en una cantidad casi igual á lo ahorrado en el coste del transporte.

4. *Otro argumento que se aduce en favor de la proteccion, es que el industrial nacional la necesita, porque, teniendo que pagar varias contribuciones que no se pueden exigir á su competidor extranjero, es necesario, para colocarlo en condiciones de igualdad respecto de éste, que reciba alguna ventaja en compensacion.*

Por lo que hace á este argumento, nótese que el productor extranjero está obligado á satisfacer las contribuciones que se le imponen en su pro-

pio país, y hasta puede dar la casualidad de que sean en conjunto más gravosas que las que se pagan en el otro proteccionista. Si se arguye que las cargas que pesan sobre la produccion son siempre más onerosas en este último, esta concecion puede con justicia considerarse como una condenacion definitiva del sistema. La suma total que hay que obtener por medio de los tributos en un país viejo, como Inglaterra, es, en proporcion de su poblacion, mucho mayor que la que necesita el Gobierno de los Estados-Unidos. La contribucion que se paga hoy en la Gran Bretaña, representa un gravámen de cerca de 250 reales por persona, mientras que en los Estados-Unidos es ménos de 150. Por tanto, si el pagar esta mayor cantidad resulta ménos gravoso para la industria que la percepcion de una menor en los países proteccionistas, lo que esto prueba es que su sistema de tributacion es radicalmente defectuoso.

Tambien merece ser notado que si el industrial nacional tiene que ser protegido en proporcion de la contribucion que paga, cada aumento que se efectúe en ésta en un país protector, llegará á ser doblemente gravoso para la generalidad, porque dará lugar á que en la misma medida se pida más y más proteccion. Así, si se re-

quieren en América mayores rendimientos y llega á ser necesario imponer un tributo á las casas y á los almacenes de comercio, el fabricante se presentaria inmediatamente pidiendo más y más apoyo. Podria, por ejemplo, decir que antes de existir este nuevo gravámen, apenas le era dado competir con sus rivales extranjeros, y que la nueva carga que tiene que soportar, le vá á colocar en una posicion desventajosa; y por tanto, pedirá que se le compense imponiendo derechos de importacion más elevados á las mercancías que vienen á competir con las que él produce. Los artículos de algodón y lana, el hierro y otros varios productos fabriles subirian por lo mismo de precio, por virtud de la imposicion de estos derechos protectores más elevados. Así que el país pagaria una doble contribucion; pues no solo tendria que satisfacer el ingreso adicional para el Tesoro, sino que habria tambien de abonar un mayor precio por todos aquellos artículos que están sujetos al derecho de importacion que se ha elevado. Este aumento, á la vez que seria sumamente gravoso para el pueblo, podia suceder que no produjera nuevos ingresos al Estado, sino que, por el contrario, como la importacion disminuiria, probablemente los rendimientos serian menores que antes.

En este argumento que vamos examinando, hallamos un ejemplo notable de la influencia perjudicial que tiene que ejercer la proteccion si se sigue la política de las restricciones comerciales con todas sus consecuencias lógicas. La tendencia del sistema protector tiene que ser, necesariamente, á privar á los habitantes del país que lo mantiene, de las ventajas que provienen de los adelantos industriales que se lleven á cabo en otros pueblos. Así, si un descubrimiento en la mecánica abarata la produccion de un artículo fabril cualquiera en Inglaterra, ó disminuye tanto el coste del transporte, que el fabricante inglés puede venderlo en los Estados-Unidos un 10 por 100 más barato que antes, el fabricante americano demandaria en seguida derechos protectores más elevados. Está completamente dentro de los principios proteccionistas el que se conceda esta peticion, y si se accediese, los habitantes de Norte-América perderian los beneficios que de otro modo les reportaria el poder adquirir un determinado artículo con una gran rebaja en su precio. Si no existiera la proteccion, el fabricante nacional se veria colocado en condiciones desventajosas á causa de haber adoptado su competidor extranjero ese adelanto mecánico, y trataria de mejorar su propia fabricacion de modo que pudiera vender sus

mercancías al mismo precio que el otro. De este modo llegaría á ser una lucha de habilidad contra habilidad, en vez de una competencia entre la habilidad y la restriccion.

5. *Una de las mayores ventajas que tiene la proteccion, segun sus partidarios, es, que no solo alienta las varias ramas de la industria nacional, sino que desalienta la de las Naciones extranjeras en igual medida.*

Así se arguye, que si se importase libremente el hierro en los Estados-Unidos, los muchos millones que hoy dia se gastan en América en la compra de dicho metal, en vez de distribuirse entre los fabricantes americanos y sus obreros, irian á parar á Inglaterra. Tal cambio, se dice, enriqueceria á esta Nacion empobreciendo á aquella. Sin embargo, es evidente que los que mantienen esta opinion tienen que afirmar que un país recibe daño de cualquiera circunstancia que promueva la prosperidad de los otros. Quizás vacilen los preteccionistas antes de admitir esta doctrina cuando se expresa en términos claros, pero puede mostrarse fácilmente que es la conclusion á que conducen inevitablemente los principios que profesan.

La proteccion, segun hemos hecho notar anteriormente, puede considerarse como un rena-

cimiento del sistema mercantil; las opiniones aducidas por los partidarios de éste tienen gran semejanza con las que se alegan por los proteccionistas de nuestro tiempo. Así, cuando insisten en el daño que se haría á América si se importase el hierro de Inglaterra en mayores cantidades, hablan constantemente como si este aumento tuviera que pagarse en metálico; y, á lo que parece, se piensa que América tendría constantemente que mandar más y más dinero al extranjero. No obstante, nada es tan exacto como que si los americanos comprasen más mercancías de Inglaterra, ésta á su vez adquiriría más productos de América. Si fuese ventajoso para un país el disminuir la cantidad de productos importados todo lo posible, sacaría el máximo de beneficio del comercio extranjero aquel cuyas exportaciones superasen en mucho á las importaciones. Conseguir que aquellas excedan en gran manera á éstas, parece ser en realidad el objetivo hacia que se dirigen siempre los proteccionistas. En los Estados-Unidos al lado de la imposición de innumerables derechos protectores, muchos de los cuales son tan elevados que llegan á ser prohibitivos, se tiene tan gran miedo á que se imponga la más mínima traba á que los países extranjeros puedan comprar libremente los produc-

tos americanos, que no solo jamás se ha hecho proposicion alguna para gravar las exportaciones, sino que la imposicion de semejantes derechos está prohibida por la Constitucion americana. Los proteccionistas franceses muestran el mismo temor á ese exceso de las importaciones sobre las exportaciones. Así, en una exposicion hecha há poco por la Cámara de Comercio de Elbœuf protestando contra la renovacion del tratado con Inglaterra, se dice, que mientras en 1875 las segundas excedieron á las primeras en 297 millones de francos, el año siguiente éstas excedieron á aquellas en 271 millones; de donde deducian que habia habido en este período un cambio de cerca de 600 millones *en perjuicio de Francia*. Pero si *un país gana* con sus exportaciones y pierde con las importaciones, la conclusion es que una comunidad se enriquece exactamente en la misma medida en que disminuye lo que recibe en cambio de los productos que ella envia al extranjero. Si fuera esto cierto, una Nacion obtendria el máximum de ventajas que proporciona el comercio internacional, cuando en cambio de varios artículos útiles que exportara, no recibiera apenas otra cosa más que metálico. Es indudable que podria llegarse á este resultado siguiendo la política proteccionista con lógica y resolucion. Su-

pongamos, por ejemplo, que se elevasen los derechos protectores en los Estados-Unidos; la cantidad de artículos importados de Inglaterra y de otros países disminuiría en gran manera, mientras que la demanda de productos americanos por parte de estas Naciones continuaría. Si la cosecha en Inglaterra, verbi-gracia, fuese escasa y los norte-americanos tuvieran trigo de sobra, este exceso lo adquirirían de buen grado los ingleses. No se privarían de pan porque aquellos hubieran subido los derechos de importación. Pero si los productos continuaban exportándose de ese modo mientras que se reducían más y más las importaciones, una gran parte de ellos tendría que pagarse en dinero y habría de transmitirse anualmente á América una mayor cantidad de numerario. Esto supuesto, la pregunta que ocurre á seguida es esta: ¿esa transmisión de metálico sería para América más ventajosa que obtener, en cambio de los productos que exportaba, varios artículos fabriles ó de otra clase que sirviesen para satisfacer las necesidades de sus habitantes?

El valor del oro y de la plata se determina por las mismas leyes que regulan el de los demás productos minerales. Si el dinero entrase constantemente en un país del modo que acabamos de

suponer, aumentaria su oferta y disminuiria proporcionalmente su valor. De aquí que un comercio consistente en exportar productos útiles á cambio de moneda, en vez de ser singularmente beneficioso para un pais, le traeria consecuencias desastrosas, porque se enviarian al extranjero productos que podian emplearse en suministrar al pueblo los medios con qué atender á sus necesidades, y en cambio de esta ventaja real y tangible que se perdia, no se alcanzaba otra cosa que una creciente oferta de metálico con la consiguiente depreciacion en su valor y el alza general de precios que por lo mismo se produciria. Una vez iniciada la política que consiste en procurar «una favorable balanza de comercio» estorbando la importacion, no puede continuarse sino poniendo restricciones más y más gravosas y perjudiciales á las transacciones mercantiles. Esa alza general de los precios, que, segun hemos demostrado, ocurriria en América si se pagaran principalmente las mercancías con dinero y no con productos, es óbvio que tenderia á disminuir las exportaciones y á aumentar las importaciones. Si el trigo, el maíz y otros artículos encarecian en América, los demás países adquiririan una menor cantidad de ellos, y consiguientemente disminuiria su exportacion. Al mismo tiempo, esa alza

haria quizás provechoso para Inglaterra y otras Naciones enviar mercancías á América, cosa que antes no podían hacer sin pérdida, y este aumento en las importaciones daría lugar á que se pidiera la imposición de derechos protectores más elevados.

El caso que acabamos de examinar, suministra otro ejemplo de que el daño que una Nación infiere al comercio de las otras, en vez de producirle ventaja alguna, es seguro que más pronto ó más tarde reobrará sobre ella, y por regla general con doble fuerza. Los proteccionistas, según hemos visto, se muestran siempre muy ansiosos de alentar las exportaciones y de poner trabas á las importaciones; y, sin embargo, cada nuevo derecho protector que se exige, es tan eficaz para impedir el comercio de exportación, como si se cobrara un impuesto por cada uno de los artículos que se envían al extranjero. Por ejemplo, acabamos de ver que un resultado inevitable de la política proteccionista es encarecer los artículos que se exportan, y consiguientemente disminuir la demanda de los mismos por el extranjero. Esta baja en el pedido la agravará todavía más la pérdida que un país causa á los demás, á la par que á sí propio, al mantener una tarifa protectora. Es indudable que á Inglaterra causan un grave

daño los derechos protectores de América; pero cuanto más lo sea y cuanto mayor sea la pérdida de riqueza que ocasionan, más disminuirá su poder ó capacidad de adquirir las mercancías que los Estados-Unidos desean enviarle. Si la industria adelanta en Inglaterra, si el capital y el trabajo encuentran colocacion, si los provechos crecen y los salarios suben, no habrá ni un solo objeto de consumo general cuya demanda no aumente, siendo seguro que tendrá lugar este crecimiento en el pedido lo mismo cuando el artículo se fabrica en el país que cuando es importado.

6. *Se arguye que los derechos impuestos á la importacion, en último resultado, los paga casi por completo el productor extranjero; de donde se deduce que la proteccion procura la doble ventaja de obligar á los demás paises á contribuir á levantar las cargas del Estado y de estimular al mismo tiempo la industria nacional.*

Este argumento lo expone con mucha habilidad un economista americano muy conocido, Mr. Francis Bowen (1). Afirma, que si América importaba por valor de 4.000 millones de reales géneros fabriles cuando estaban gravados

(1) Véase *American Political Economy*, por Francis Bowen, pág. 487.

con un 10 por 100, y si por elevar éste á un 35 por 100, solo se importasen 2.000 millones, el Gobierno no solo obtendria mayores rendimientos por esa menor importacion, sino que Inglaterra, á causa de la disminucion del pedido de sus mercancías, se veria obligada á venderlas más baratas. Se insiste, por lo mismo, en que el efecto de los derechos protectores es el capacitar á una Nacion para comprar los productos extranjeros á un precio más bajo, y por consecuencia, el país que mantiene la proteccion puede hacer mejores negocios con aquellos cuyos productos compra. Al razonar de este modo, se olvida por completo el hecho de que, aun cuando el precio que los ingleses puedan obtener por sus géneros, es algo menor del que conseguian antes de elevarse el derecho, sin embargo, esta reduccion es insignificante, comparada con la medida en que alza el precio de aquellos en el país importador á consecuencia de la elevacion de los derechos; así que los que compren ese objeto en América, aunque encontrarán que no ha encarecido todo lo que representa el nuevo gravámen, sin embargo, la subida será lo bastante para hacer que recaiga la mayor parte de aquel sobre los consumidores del artículo en América, y no sobre los que lo producen en Inglaterra.

Con objeto de mostrar esto mismo, supongamos, siguiendo el ejemplo empleado por Mr. Bowen, que se exportan de Inglaterra á los Estados-Unidos 100.000 piezas de tela de lana, cuyo valor en la Gran Bretaña es de 100 millones de reales, cuando el derecho de importacion es un 10 por 100, y que el coste de transporte es de 100 reales por pieza. Siendo el impuesto el marcado, tambien subirá éste á otros 100 reales; y por tanto el precio á que se venderá la tela en los Estados-Unidos, será aproximadamente de 1.200 reales por pieza, porque tiene que ser suficiente para compensar los gastos de conduccion y los derechos de arancel. Si el precio fuese más de lo preciso para este efecto, seria más ventajoso vender telas en América que en Inglaterra, y bajaría inevitablemente aquel en cuanto los que tuviesen tejidos que vender, desearian, como es natural, aprovecharse de este mayor beneficio. Pero si, por el contrario, la diferencia en el precio de las telas en los mercados americanos y en los ingleses no fuese suficiente para pagar el coste del transporte y los derechos, entonces tendria ménos cuenta el vender esos géneros en los Estados-Unidos que en la Gran Bretaña, y los fabricantes ingleses dejarian, por lo mismo, de exportarlos. Si se elevaba el derecho de un 10 á un 35 por

100, una pieza de tela que valiese 1.000 reales en Inglaterra, tendria que venderse en América, no á 1.200, sino á 1.450, porque la diferencia de precio en los dos mercados tiene que ser suficiente para cubrir el derecho y el coste del transporte, y éste continúa siendo de 100 reales, pero aquel, habiendo subido de 10 á 35 por 100, es de 350 reales. Sin embargo, los proteccionistas tienen razon cuando dicen que con este aumento en el precio de las telas inglesas en América habria una gran disminucion en el pedido que hiciera este país. Aceptando la hipótesis en que se funda el argumento expuesto por Mr. Bowen, supongamos que la importacion de telas inglesas se reduce en los Estados-Unidos de 100.000 á 50.000 piezas. Este descenso en la demanda influiria indudablemente en su precio en Inglaterra, pero la reduccion del mismo seria por necesidad pequeña, comparada con el aumento en los derechos. El precio no puede descender de un modo permanente hasta tal punto, que haga ménos remuneradora la fabricacion de telas que cualquiera otra industria.

Seria un cálculo exagerado el suponer que, por virtud del aumento de los derechos protectores en América, la disminucion de un 50 por 100 en el pedido de telas inglesas por parte de un país

dado, causaria en el precio una baja de un 10 por 100. Pero aun admitiendo que se redujera en esta medida, una pieza de tela que antes valia 1.000 reales en Inglaterra, valdria ahora 900, y su precio en América seria 1.315 reales en vez de 1.450, porque la diferencia de valor en los mercados tiene que ser lo bastante para pagar el coste de transporte, que es de 100 reales, y el derecho, que es de 315, ó sea, el 35 por 100 sobre el valor, que ahora es de 900 reales. Resulta, por tanto, que aun cuando el precio de las telas inglesas en América no se elevase en una cantidad igual al aumento del derecho, sin embargo, subiria de 1.200 reales á 1.315, y en realidad se encarecerian las telas tanto, que los habitantes de los Estados-Unidos solo podian comprar á la Gran Bretaña la mitad de las que antes adquirian. Es indudable que se perjudicará la industria inglesa con esta disminucion del pedido americano, pero debe tenerse presente que la pérdida que de este modo experimentaria una rama dada de la industria inglesa, puede traer consigo ventajas que la compensen. Así, se ha dicho que merced á exportarse ménos telas á América, abaratarian en Inglaterra un 10 por 100. Por tanto, todo el que desee adquirir hilados de lana ingleses, ya sea dentro, ya fuera del país, resultará beneficiado

con esta baja en su precio. Pero, á causa de este descenso, el pedido general aumentará, y consiguientemente los precios se restablecerán de un modo considerable hasta el punto de que los fabricantes ingleses verán compensada la disminucion en la demanda por parte de América.

Resulta, por tanto, que en vez de pagar los extranjeros principalmente ese derecho protector, como suponen los americanos y otros proteccionistas, lo que se hará es causar á la comunidad que lo impone una pérdida mucho más grave que la que ocasiona á los países que exportan el producto gravado. Así, hemos visto en el anterior ejemplo, que, cualquiera que sea el menoscabo que puedan experimentar los fabricantes ingleses por virtud del aumento de los derechos á la importacion de telas de lana en América, vá acompañado, en lo que concierne al pueblo inglés, de una ventaja, cual es la de poder adquirir telas á un precio algo más bajo. Una rama especial de la industria inglesa saldria perjudicada, pero al propio tiempo resultará favorecida la generalidad de los consumidores ingleses. En América, donde se impone ese derecho protector más alto, tiene lugar precisamente todo lo contrario; pues cualquiera que sea el efecto que ese aumento de gravámen produzca respecto de los fabrican-

tes de telas de lana en otro país, viene á causar una gravísima pérdida al pueblo americano.

En los argumentos aducidos en favor del sistema protector, de tal modo se prescinde de los intereses de la generalidad de los consumidores, que importa mucho traer á la memoria, que en el caso que acabamos de examinar, la elevacion de los derechos protectores sobre las telas de lana no solo produciria un alza en el precio de las que se importaran, sino que determinaria una subida correspondiente en las que adquiriera el pueblo americano, ya fueran de produccion nacional ó extranjera. Por tanto, si aquellas representan tan solo la vigésima parte de todas las consumidas, ese derecho protector vendria á imponer á los norte-americanos una carga equivalente á veinte veces la suma que obtendria el Erario. Así que el daño causado al extranjero con la imposicion de un derecho protector es insignificante, comparado con el que se hace á sí propio el país que lo exige.

7. *Un ejemplo notable de los opuestos puntos de vista bajo los que los partidarios de la proteccion presentan las ventajas de ésta, es el argumento que hacen diciendo, que aquella no puede perjudicar á la generalidad de los consumidores, puesto que los provechos y los salarios no son más*

elevados en las industrias protegidas que en las que no lo están.

Es una imprudencia emplear semejante argumento, porque el sofisma que envuelve fácilmente se deshace, al paso que, al admitir una igualdad entre los provechos y los salarios en las industrias protegidas y las no protegidas, lo que se hace es suministrar los medios de refutar de un modo acabado muchos de los razonamientos que emplean con preferencia los mantenedores del sistema protector, puesto que se destruye un considerable número de los motivos que se alegan de ordinario en su defensa. Si se concede que los provechos y los salarios no son más altos en las industrias protegidas que en las no protegidas, es manifiesto y evidente, según hemos tratado de mostrar en el capítulo anterior, que si las mercancías encarecen por virtud de la protección, la pérdida que por ello se causa al consumidor de las mismas, no es contrabalanceada por ventaja alguna especial de que gocen los que suministran el capital y el trabajo que son necesarios para producirlas. Cuando el precio de un producto cualquiera se eleva merced á la protección, ese exceso no representa mayores provechos ni mayores salarios, sino que es tan solo un equivalente por el aumento en los gastos de producción.

Para probar que es un sofisma eso de que el consumidor no puede ser perjudicado por la proteccion porque los derechos con que se gravan determinados artículos no aumentan los salarios ni los provechos en la industria respectiva más allá del tipo corriente, basta considerar cuál seria el efecto que produciria en Inglaterra el imponer otra vez un derecho de importacion al trigo. Como más arriba queda explicado, la consecuencia inevitable seria el alza en el precio de aquel. Se introduciria ménos del extranjero y se produciria más en nuestro propio suelo. Esta subida, sin embargo, no acrecentaria los provechos del arrendatario, segun admiten los proteccionistas en el argumento que estamos examinando, pues como el sobreprecio que obtuviera habria de dedicarlo á pagar el aumento de renta que ahora se le exigiria, él nada iba ganando, sin disminuirse por esto en lo más mínimo la pérdida que tendria que soportar la generalidad de los consumidores, porque todo el mundo hallaria que á causa de los derechos protectores tenia que pagar más por el pan que adquiria.

8. *Se dice que la proteccion tiene que ser ventajosa bajo el punto de vista económico, porque cuando un país produce por sí mismo los objetos que necesita, en vez de recibirlos del extranjero,*

se ahorra el trabajo empleado en su conduccion, el cual se supone que es improductivo.

No hay ni el más ligero fundamento para afirmar que el trabajo invertido en trasportar una mercancía es en modo alguno más improductivo que el empleado en producirla. El esfuerzo del gañan que ara la tierra en que ha de sembrarse el trigo, no es más útil ó esencial que el de aquellos que lo llevan al sitio donde lo demanda el consumo. Los campos más hermosos perderian todo su valor si hubiese de dejarse el trigo en ellos. Puede haber á boca-mina millones de toneladas de carbon de piedra, el cual será tan inútil como si permaneciese sin arrancar, mientras no se ponga el trabajo de conducirlo á los sitios en que se necesita. Dicese que una capa de carbon de piedra se extiende por debajo de toda la ciudad de Liverpool. Si esto es así, podrian sus habitantes tener ese artículo casi á la puerta de casa. Sin embargo, como estaria á una profundidad mucho mayor que la de otros criaderos de la localidad, seria más costosa su explotacion. Supongamos que el aumento en el coste de ésta fuera de 25 reales en tonelada, y que los gastos que ocasionara el trasportar el carbon desde los criaderos que surten ahora á Liverpool, ascienden á 10 reales por tonelada. Es óbvio que este coste

de conduccion se ahorraria, si se explotara el carbon que yace debajo de Liverpool; pero para economizar estos 10 reales habria que gastar 25, y, por lo tanto, la pérdida líquida en cada tonelada gastada en Liverpool seria 15 reales.

Resulta, por tanto, que el ahorro de trabajo invertido en trasportar un producto, no es necesariamente ventajoso bajo el punto de vista económico. Porque la suma que de ese modo se economiza, puede no ser, en manera alguna, proporcionada al aumento de coste que lleva consigo el obtener un articulo en condiciones más desfavorables.

9. *La proteccion se ha presentado á las clases obreras de América como si les produjese grandes beneficios, porque se dice que los jornales son más elevados en las industrias protegidas de los Estados-Unidos que en las mismas industrias de la libre-cambista Inglaterra.*

Aunque la diferencia en la remuneracion del trabajo entre los Estados-Unidos é Inglaterra hubiera continuado siendo tan grande como era anteriormente, es óbvio, conforme á lo expuesto al examinar el argumento séptimo, que aquella no podia ser debida á la proteccion. Se demostró entonces que los proteccionistas mismos admiten que los salarios no son mayores en las industrias

protegidas que en las no protegidas, y por lo tanto, la mayor remuneracion que el trabajo consigue en un país, comparado con otro, tiene que ser debida á causas que son independientes de la proteccion y que ejercen una influencia parecida en toda clase de ocupacion. El exámen de algunos de los rasgos más culminantes de la condicion económica de Inglaterra y América respectivamente, no solo nos permitirá ver en seguida cuáles son esas causas, sino que demostrará que, lejos de aumentar la remuneracion del trabajo en los Estados-Unidos á causa de la proteccion, vá gradualmente haciendo á aquel ménos productivo, hasta tal punto, que parece probable que los salarios muy pronto descenderán allí al nivel que han alcanzado en Inglaterra.

El punto en que es más notable la diferencia en la condicion económica de ambos países, es la cantidad comparativamente pequeña de tierra fértil que tiene Inglaterra en proporcion de su poblacion. Las sustancias alimenticias que debemos á nuestro suelo, son manifiestamente insuficientes para el sostenimiento de sus habitantes, y cada año dependemos más y más de América para llenar este vacío. Se calcula que la cantidad de trigo que anualmente consume Inglaterra, es

próximamente de 22 millones de *quarters*; el rendimiento de nuestra propia cosecha se estima que será este año de 9 millones, y por lo tanto, hay que importar 13 millones, los cuales, en su mayor parte, nos vendrán de América. La cantidad de carne, manteca de vaca, queso y otros artículos alimenticios que anualmente se importan de allí, vá aumentando rápidamente. Sin embargo, no depende Inglaterra con esa extension de los países extranjeros solo por respecto á las sustancias alimenticias. Una gran parte de las primeras materias que emplea en muchas de sus más importantes industrias fabriles, no las produce su propio suelo. Por ejemplo, mucha de la lana que luego se emplea en la fabricacion de tejidos procede del extranjero, así como, no siendo propio el clima de nuestro país para la produccion de la seda y del algodón, estas primeras materias tienen que ser importadas. Es tal la cantidad de aquel que nos viene de los Estados-Unidos, que el valor del importado de allí ha ascendido en algunos años á 3.000 millones de reales. Resulta, pues, que aquel país, comparado con el nuestro, tiene la gran ventaja de poseer con más abundancia y baratura, no solamente sustancias alimenticias, sino tambien productos que constituyen las primeras materias de las ramas más im-

portantes de la industria fabril. Parece que debía ser una consecuencia necesaria de esto el que los salarios y los provechos fuesen más elevados en los Estados-Unidos que en Inglaterra. La tierra fértil es tan abundante en el primero de estos países, que se puede obtener en cualquiera cantidad pagando una suma casi nominal; mientras que los que deseen cultivarla en el segundo tienen con frecuencia que pagar en un solo año, en concepto de renta, tanto como lo que importaría la adquisicion de un terreno de la misma calidad en Norte-América. En un país, el producto íntegro de la tierra puede dedicarse á la remuneracion del capital y del trabajo, mientras que en el otro una porcion no pequeña del mismo es absorbida por la renta. La cantidad que un arrendatario inglés tiene que satisfacer por este concepto, equivale con frecuencia á la suma total que invierte en salarios. Por tanto, quedará ménos para dividir en forma de provechos y jornales entre los que han puesto el capital y el trabajo que requiere el cultivo de la tierra. Resulta, pues, que la remuneracion que alcanzan uno y otro en la agricultura ha de ser más elevada en los Estados-Unidos que en Inglaterra, y como hemos demostrado que dentro de un país tiende aquella á equipararse en las diferentes indus-

trias, se sigue de aquí, que el capital y el trabajo deben obtener una mayor recompensa en Norte-América que en la Gran Bretaña, la cual es debida á circunstancias que son completamente independientes de la proteccion. Puede, por el contrario, demostrarse que ella está influyendo allí precisamente en el sentido opuesto, tanto, que actualmente viene á imponer sobre las clases industriales de América una carga que en gran parte neutraliza las ventajas que produce la circunstancia de poseer esos inmensos recursos naturales de que acabamos de hablar.

Un cambio de grandísima significacion acaba de tener lugar en las relaciones económicas entre Inglaterra y los Estados-Unidos. Durante muchos años ha habido una fuerte y constante corriente de emigracion de la Gran Bretaña é Irlanda á América. Los que allá fueron, se hallaban tan satisfechos en su nueva morada, que entre los años 1847 y 1864, solo los emigrantes irlandeses enviaron 1.000 millones de reales, para que sus amigos y parientes, que habian quedado en la patria nativa, fueran á compartir la prosperidad y bienestar que ellos estaban disfrutando. Pero ahora sucede que los trabajadores, tanto como ansiaban antes ir á los Estados-Unidos,

desean al presente salir de allí. La marea de la emigracion, tan fuerte en otro tiempo, comienza en los momentos actuales á cambiar de direccion, puesto que en 1877 el número de los que emigraron de Inglaterra á los Estados-Unidos solo excedió en 603 al de los que emigraron de allí para acá.

Bien sé que se dirá que los obreros son movidos á abandonar aquel país á consecuencia de la gran depresion de la industria; pero si ésta está más abatida allí que en Inglaterra, siempre queda en pié el hecho de que los trabajadores abandonan los Estados-Unidos, porque el mercado del trabajo en aquella Nacion ha dejado de ofrecer las ventajas que en otro tiempo tuvo. Resulta, por tanto, que los proteccionistas americanos no pueden ya servirse del argumento, con que antes hacian tanto efecto, de que la proteccion procura al obrero la ventaja de obtener una remuneracion más alta que la que se puede alcanzar en los países que han consagrado la libertad de comercio.

Si se tiene presente lo dicho en el capítulo anterior, fácilmente se comprenderá el efecto perjudicial que en los salarios tiene que producir una tarifa tan proteccionista como la que está en vigor en los Estados-Unidos. El derecho protec-

tor, al encarecer sin necesidad el producto sobre que se impone, virtualmente viene á gravar con un tributo á todos los que lo adquieren. Cuando los artículos sujetos al pago de aquel son de uso general, el efecto que se produce es precisamente el mismo que si se exigiera á toda la comunidad una contribucion sobre la renta (*income tax*); pero nótese que ésta no podria ser distribuida debidamente como se hace en Inglaterra con el impuesto que lleva ese nombre. No seria posible exceptuar las rentas pequeñas, porque, por pobre que uno sea, el tributo caerá con infalible certidumbre sobre aquella porcion de sus recursos ó de sus salarios que invierte en la adquisicion de los artículos protegidos. Pero no es esta la única contribucion que el sistema protector impone á un país. Cuando cuesta más la construccion de los instrumentos y de los edificios dedicados á la industria, los productos de ésta se hacen necesariamente más costosos. El hierro, el cobre y la madera han encarecido, segun hemos visto, en los Estados-Unidos á causa de la proteccion; por consiguiente, la maquinaria fabricada con aquellos metales se hace más costosa, y lo propio sucede con los edificios en cuya construccion se emplean la madera y el hierro; y de aquí que los que pagan un precio más eleva-

do por esa maquinaria, tienen que ser compensados obteniendo tambien uno mayor por sus productos, y los que construyen edificios habrán de exigir un aumento en la renta á fin de alcanzar una remuneracion adecuada por el exceso de coste en la construccion de los mismos.

Así que la proteccion está imponiendo una contribucion al pueblo americano perpétuamente y de mil distintos modos. No hay ni una sola industria á la cual no grave con una carga más ó ménos pesada. Su influencia se deja sentir por todos lados. Aumenta el coste de los instrumentos con que se labra la tierra en el lejano Oeste y obliga á pagar una renta más elevada á los artesanos más pobres que viven en las más escondidas calles de Nueva-York. La carga que de este modo se echa sobre las clases industriales, es tan pesada, que neutraliza gradualmente sus grandes ventajas naturales, y así vemos que aun cuando la industria está abatida en Inglaterra, lo está todavia más en América; y los obreros comienzan á descubrir que, aunque los salarios son nominalmente más altos allá que aquí, sin embargo, el trabajador americano tiene que pagar tanto alquiler por la casa, y que muchos artículos que necesita se han hecho innecesariamente tan caros, que con un jornal elevado no lo pasa tan

bien como lo pasaria en Inglaterra con uno más reducido.

10. *Una vez establecida la proteccion en un pais, se dice que debe abrazar tantas industrias como sea posible, porque si solo se protegiese una dada, el publico en general no recibiria compensacion alguna por el más elevado precio que se veria obligado á satisfacer por los productos de la misma; mientras que si la proteccion comprende toda la industria de un pais, los interesados en cada una de ellas son respectivamente beneficiados y reciben una ámplia compensacion por la creciente carestia de los distintos artículos.*

Este argumento ha sido presentado con mucha habilidad por Mr. Alby, proteccionista francés muy conocido. Afirma que si solo fuesen protegidos los intereses de la ferretería en Francia, este sistema seria imposible de defender, porque todos los franceses tendrian que pagar más por el hierro con el fin de procurar una ventaja á los interesados en esa industria; pero sostiene que esta objecion carece de fundamento si todas las industrias son protegidas por igual. Por ejemplo, si se otorga este favor á la de paños, el beneficio que se supone obtienen los que están interesados en ella, les compensa sobradamente de la pérdida que tienen que sufrir al pagar un pre-

cio más elevado por el hierro. El difunto profesor Cairnes (1) ha probado con gran claridad que es imposible extender la proteccion á todas las industrias de semejante modo; y aunque se pudiera llevar á cabo, la compensacion que se supone recibiria la comunidad, seria completamente ilusoria. En primer lugar, es óbvio que este argumento olvida por completo los intereses de las profesiones liberales y de otras clases que no obtienen sus recursos por medio de la industria. Un médico que gane 100.000 reales al año, ó un agente de orden público con 100 reales semanales, encontrarán que todo lo que compran ha encarecido á causa de la proteccion, mientras que sus rendimientos no han aumentado nada por ese motivo.

Respecto á lo impracticable de extender la proteccion á todas las industrias, bastará con hacer notar que existen muchas en las que no hay competencia extranjera, y es, por lo tanto, imposible que alcance á ellas la proteccion. Por ejemplo, si no se importa vino en Francia, ni trigo en América, aunque se impusieran derechos á la entrada de esos artículos en esos países, no

(1) *Leading Principles of Political Economy*; página 454 y siguientes.

resultaria ventaja alguna para el cosechero francés ni para el agricultor americano. Así que estarían excluidos de recibir compensacion por el más alto precio que tienen que pagar por los varios artículos que han encarecido á causa del sistema protector. Pero aunque fuese practicable el extender la proteccion á todas las industrias de un país, puede mostrarse fácilmente que nada se ganaria, ni aun por los mismos interesados en las diversas ramas protegidas, ya sea como capitalistas, ya como obreros, si se atiende á las grandísimas pérdidas que se causarían á toda la comunidad. La única manera de elevar el tipo medio de los provechos y salarios en un país es el aumentar el poder productor del capital y del trabajo. Si se produce más empleando una cantidad dada de éstos, habrá más para distribuir en beneficios y jornales; pero si se produce menos, habrá menos para repartir y se reducirán aquellos. Sean cuales fueren las ventajas sociales y políticas que se atribuyen á la proteccion, tales como, por ejemplo, la de asegurar la existencia de una diversidad de industrias y la de hacer á un país independiente del extranjero, sus partidarios no pretenden mantener que aumente el poder productor del capital y del trabajo. Realmente se ven obligados á admitir que si solo se

mirase la proteccion bajo su aspecto económico, seria imposible defenderla; pero sostienen que las ventajas políticas y sociales, que suponen resulta de la misma, son más que suficientes para contrabalancear la pérdida económica que se causa á un pueblo por distraer una parte de su capital y de su trabajo empleándolas en industrias que pueden vivir en mejores condiciones en otros países que en el propio.

11. *Se defiende la proteccion en América y en las colonias en el supuesto de que, siendo los salarios más elevados allí que en Inglaterra, el fabricante americano y el colonial la necesitan para estar en igualdad de condiciones con su competidor inglés.*

Este argumento está fundado evidentemente en la suposicion de que la suma de los jornales pagados á los trabajadores es el único elemento que debe tenerse en cuenta cuando se considera el coste de produccion de un artículo dado. El sofisma en este caso resulta evidente en seguida que se considera que la agricultura es la industria en que es mayor la diferencia entre los salarios que se pagan en Inglaterra y los que se satisfacen en América y en Australia; y sin embargo, en estos países, la agricultura es la que puede sin género alguno de proteccion competir

con más éxito con Inglaterra. El agricultor del Illinois ó de Australia tiene que pagar á sus trabajadores por lo ménos tres ó cuatro veces más que lo que satisface á los suyos el de Dorsetshire ó de Wiltshire, y sin embargo, se puede producir el trigo mucho más económicamente en Australia ó en América que en Inglaterra. Es por lo tanto óbvio, que otras circunstancias, además de la suma de salarios que hay que pagar, determinan el coste á que puede producirse un artículo cualquiera. Si no fuera así, el agricultor americano tendria más derecho á ser protegido que el fabricante del mismo país contra el trabajo más barato de Inglaterra.

La eficiencia del trabajo es evidente que ha de ejercer en el coste de produccion tanta influencia como la cantidad que perciben los obreros. La gran abundancia de tierra fértil y barata en Australia y América de tal modo promueve la eficacia del que se emplea en su cultivo, que el coste de la produccion del trigo y de otros productos agrícolas es mucho menor que en Inglaterra, donde se pagan á los trabajadores del campo salarios mucho más bajos. Asimismo, por lo que hace á la industria minera, es evidente que varias circunstancias, tales, por ejemplo, como la riqueza de los yacimientos y su distancia del sue-

lo, han de ejercer sobre el coste de produccion un efecto mucho mayor que los jornales que hay que pagar á los obreros. En cuanto á la industria fabril, la posibilidad que tenga un país de obtener las primeras materias más baratas que otro, puede más que compensar el exceso de gasto que impone á los fabricantes del primero el tener que pagar una remuneracion más alta por el trabajo. Respecto de América y de Australia debe notarse con particularidad, que los inmensos recursos naturales que poseen, tienen que procurarles, en la competencia industrial, muchas ventajas de que no es probable puedan ser privadas. La cantidad de tierra fértil, casi inagotable, de que disponen, les dá algunas que no posee casi ningun otro país. Su riqueza mineral es tan grande, que si padecen con la competencia extranjera, deben atribuirlo á sí propios, á su falta de habilidad y de espíritu de empresa. Hasta en la industria fabril, que se supone ser la más necesitada de proteccion, preciso es recordar que, importando Inglaterra grandes cantidades de algodón de América y de lana de Australia, estos países disfrutaban naturalmente, respecto de alguna de las más importantes ramas de aquella, la ventaja de tener las materias primeras más baratas. Merece, sin embargo, ser notado que la dife-

rencia en los salarios respecto de aquellos pueblos entre los cuales hay una grande emigracion de trabajadores, tiene que disminuir de un modo constante. Cuando aquella ha subsistido por algun tiempo, las objeciones que se hacen á la misma de seguro que van gradualmente acallándose; vá convirtiéndose más y más en hábito nacional, y la esperanza de una subida, aunque comparativamente pequeña, en los salarios, es quizás suficiente para inducir á las gentes á abandonar su propio país, si creen que van á establecerse entre amigos y parientes, cosa á que no se sentirian dispuestas si tuvieran que ir en busca de un nuevo hogar entre extranjeros. Esta creciente facilidad de emigrar tiene que ejercer un influjo nivelador sobre los salarios y ser motivo de que la diferencia en los que se pagan en los dos países entre los cuales tiene lugar la emigracion, disminuya constantemente. Hasta tal punto es esto lo que sucede en los Estados-Unidos, que, como más arriba queda indicado, se considera al presente que la remuneracion que se satisface por varias clases de trabajo es más alta en Inglaterra que allí, y vienen actualmente casi tantos emigrantes de América á la Gran Bretaña como van de aquí para allá. Cuando la remuneracion del obrero ha cesado de ser más elevada en los Esta-

dos- Unidos que en nuestro país; cuando trabajadores hábiles, como los albañiles, vienen de buen grado desde Nueva-York á trabajar á Londres por un salario que rehusan los ingleses, no puede haber ni siquiera sombra de pretexto para pedir proteccion fundándose en que el capitalista americano tiene que pagar por el trabajo un precio más elevado que su competidor inglés. Si con trabajo tan barato como el de la Gran Bretaña, con incomparables recursos naturales, criaderos inagotables de carbon, de hierro y de casi todo género de minerales, tierras fértiles sin límites, facilidades nunca vistas para la navegacion en el interior; si con estas y otras innumerables ventajas el fabricante americano es incapaz de luchar con sus competidores extranjeros, debe ser porque él y sus obreros carecen de habilidad y de energía y malgastan los grandes dones con que ha sido favorecido su país.

12. *Otro argumento contra la libertad de comercio, es que, una vez establecida la proteccion, no puede abolirse sin causar grandes daños tanto á los capitalistas como á los obreros interesados en las industrias que estaban protegidas.*

Creo que no puede dudarse que el obstáculo más grave que impide la adopcion general del libre-cambio es el daño que ocasionaria á mu-

chas industrias particulares la abolicion de la proteccion. Ciertamente se exajeran las pérdidas que en el momento se causarian, pero por grande que fuese el estímulo que la libertad de comercio diera á la prosperidad de un país como los Estados-Unidos, en mi opinion, seria imposible abolir repentinamente la proteccion sin causar considerables pérdidas á los interesados en las muchas industrias que por este medio han tenido una especie de existencia artificial. Por muy beneficioso que pueda ser un cambio industrial, no se ha establecido nunca sin ocasionar algunos daños é inconvenientes á determinadas clases. Los inventos mecánicos que más han enriquecido á la humanidad, no recibieron una aplicacion general sin causar pérdidas y daños de consideracion á muchos de aquellos cuyo trabajo venian á sustituir. Pocas veces ha habido clase alguna que sufriera mayores contrariedades que las que soportaron nuestros tejedores á mano durante los años que sostuvieron una lucha prolongada y sin esperanza, tratando en vano de competir con los productos fabricados mecánicamente con mucha mayor economía. Las mismas diligencias no pudieron ser sustituidas por los ferro-carriles sin que algunos individuos padeciesen con el cambio. A pesar de que la riqueza total del país

aumentó de una manera enorme, sin embargo, la propiedad de determinadas clases, que antes era de gran valor, llegó casi á perderlo. A lo largo de los caminos que antes eran nuestras grandes vías de comunicacion, se encuentran todavia restos de grandes mesones y casas de postas que en otro tiempo ganaban un alto alquiler; pero inmediatamente que los ferro-carriles absorbieron todo el tráfico, perdieron aquellos tan por completo su parroquia, que apenas si tenian valor alguno; así que muchos fueron derribados y otros convertidos en casas de labranza. Cualquiera tentativa de oposicion al uso de una máquina nueva, alegando por motivo la pérdida que pueda ocasionar á determinados individuos, suscita una desaprobacion casi universal, porque nada es más irracional que el que los intereses transitorios de unos pocos cierren el camino á las que son ventajas permanentes para todo el pueblo. Si este principio se estima bueno con relacion á los beneficios que produce á un país la introduccion de un invento, vale exactamente lo mismo respecto del provecho todavia mayor que una Nacion obtiene adoptando la absoluta libertad de comercio.

13. *Puede establecerse la proteccion con ventaja, en un país joven, como un medio temporal,*

en razon de que varias industrias que al fin prosperarán sin aquella, requieren este auxilio en el comienzo de su existencia.

Merece especial atencion este argumento que hemos reservado para lo último, no solo porque le atribuyen gran importancia sus partidarios de los Estados-Unidos y de las colonias, sino tambien por deber en gran parte su fuerza al apoyo que le prestó el difunto Mr. J. S. Mill. Dice este autor, en un pasaje muy citado por los proteccionistas de nuestros tiempos, quienes al parecer lo consideran casi como el Código fundamental de su política (1):

«El único caso en que se pueden defender los
»derechos protectores, atendiendo tan solo al
»punto de vista de la Economía política, es cuando se imponen temporalmente (en especial en
»un pueblo jóven y que comienza á vivir), con
»la esperanza de naturalizar una industria extranjera que por sí misma cabe perfectamente
»dentro de las condiciones del país. La superioridad de una Nacion sobre otra, en una industria dada, solo nace muchas veces de haber empezado primero. Puede no haber ventaja

(1) Véanse los *Principios de Economía política*, por J. Stuart Mill, 5.^a edicion, tomo II, pág. 525.

»alguna inherente de un lado, ni desventaja del
»otro, y sí únicamente una superioridad actual
»de habilidad adquirida y de experiencia. Un pue-
»blo que tiene que adquirir una y otra, puede, en
»otros respectos, estar en mejores condiciones
»para la produccion que aquellos que habian lle-
»gado antes; además, y esta es una observacion
»de Mr. Rae, no hay nada más propicio para
»promover el adelanto en una esfera de produc-
»cion, como el ponerla á prueba bajo un nuevo
»conjunto de condiciones. Pero no es de espe-
»rar que los individuos introduzcan por su cuen-
»ta y riesgo, ó más bien, seguros de perder, una
»nueva fabricacion y que soporten la carga que
»lleva consigo el mantenerla, hasta que los pro-
»ductores se eduquen y alcancen el nivel de
»los acostumbrados de antiguo á este trabajo.
»Un derecho protector, sostenido por un perío-
»do de tiempo razonable, algunas veces será el
»modo ménos inconveniente en que un país
»puede imponerse una contribucion para lle-
»var á cabo ese experimento. Pero debe limi-
»tarse la proteccion á los casos en que haya mo-
»tivos bastantes para asegurar que la industria á
»que dá vida, al cabo de algun tiempo estará en
»disposicion de prescindir de ella, y no debe au-
»torizarse nunca la creencia, por parte de los pro-

»ductores nacionales, de que continuará aquella
»más allá del tiempo necesario para hacer un en-
»sayo leal de lo que son capaces.»

No hay nadie más dispuesto que yo á reconocer la gran autoridad de Mr. Mill como economista, y aun admitiria desde luego que los argumentos que aduce en favor de la proteccion en un país jóven, serian concluyentes si hubiera una probabilidad racional de que se realizaran alguna vez las condiciones dentro de las cuales supone se podria imponer ese derecho protector. Se habrá visto en el pasaje transcrito, que tiene gran cuidado de advertir, que solo se puede justificar la proteccion como medida transitoria, y cada palabra que dice en favor de la misma, descansa en el supuesto de que los interesados en ella, cuando se ha desarrollado lo bastante una industria, deben renunciar en seguida la proteccion voluntariamente. No obstante, se ha mostrado de una manera incontestable con lo que ha sucedido en los Estados-Unidos y en otros países en que hace mucho tiempo se halla establecida la proteccion, que es absolutamente imposible imponer derechos protectores bajo los supuestos en que con tanta energía insiste Mr. Mill. Sean cuales fueren las declaraciones que hagan aquellos que por vez primera pidan

proteccion, de que solo la necesitan por un tiempo limitado, y de que solo la requieren para que pueda una industria salvar los obstáculos que la rodean cuando se establece por vez primera, se ha visto siempre que, una vez dada vida á una de aquellas por medio de la proteccion, los interesados en ella, ya sea como capitalistas, ya como obreros, en vez de estar prontos á renunciar á ese apoyo, se adhieren á la seguridad y ayuda, que suponen dá á su industria, con una tenacidad que vá siempre en aumento. Esto se demuestra de una manera palpable con la experiencia de cerca de un siglo en los Estados-Unidos. No hay un solo caso en que se haya renunciado allí espontáneamente á un derecho protector una vez impuesto. Lejos de mostrarse por los relacionados con la industria protegida la menor disposicion á hacer frente á la libre competencia, muestran constantemente el deseo de depender más y más de la proteccion, y piden con reiteradas instancias nuevas garantías contra sus rivales extranjeros. Un economista americano muy conocido, el profesor Sumner, ha dicho: «En lugar de industrias fuertes é independientes, tenemos hoy dia una multitud de hambrientos y alborotadores *niños*.» Además, Mr. Wells, con igual energía, ha hecho notar que: «aun

»cuando el principal argumento que se aduce en
»los Estados-Unidos en apoyo de los derechos
»protectores, es que su establecimiento tiene solo
»un fin transitorio, que es el permitir á las *indus-*
»*trias niñas* que adquieran vigor y desarrollo
»contra la competencia extranjera, no hay en la
»historia del país un solo caso en que los repre-
»sentantes de tales industrias, despues de haber
»estado gozando de la proteccion durante una lar-
»ga série de años, se hayan sometido de buen
»grado á una reduccion en los aranceles ó la pro-
»pusieran voluntariamente; sino que, por el con-
»trario, sus exigencias de que se impongan dere-
»chos más y más elevados, son insaciables é in-
»cesantes (1).» No hay razonamiento alguno teó-
rico, por lo que hace á la conveniencia de impo-
ner derechos protectores en un país jóven en
concepto de expediente transitorio ó temporal,
que sea capaz de destruir las enseñanzas de la
experiencia, segun las cuales no puede darse se-
guridad alguna de que no han de continuar per-
manentemente aquellos, una vez que se hayan
impuesto. Si despues de haber estado en prác-
tica la proteccion cerca de cien años en los
Estados-Unidos, los varios intereses protegidos

(1) *Cobden Club Essay*; série segunda, página 529.
—1871.

muestran una resolucion más y más enérgica de resistir toda modificacion en el sentido de la libertad de comercio, ¿qué razon hay para suponer que lo sucedido en América no ocurrirá en futuros años en Australia y otros países, si llevasen á cabo el sistema, que parece estar ahora en favor entre ellos, de dar vida á varias industrias por medio de la imposicion de derechos protectores?

Se dice á veces que un país puede adoptar sin peligro la política proteccionista, porque Inglaterra, cuando llegó el tiempo oportuno, cambió aquella por el libre-cambio. Sin embargo, hemos visto ya que la introduccion de éste se verificó á causa de sucesos de carácter tan excepcional, que si se estableciera el sistema protector en un país, no podria ser destruido con las mismas armas con que se derrocó en Inglaterra. La industria que estaba más protegida contra la competencia extranjera era la agricultura, mientras que en todos los pueblos en que, como Francia, América, Alemania y Australia, encuentra hoy favor la proteccion, está reducida principalmente á las industrias fabriles. Todos ellos exportan grandes cantidades de sustancias alimenticias, mientras que la Gran Bretaña solo puede obtener de su propio suelo una parte de las que necesita para la alimentacion de

sus habitantes, y por tanto, tiene que depender en mucho de los suministros del extranjero. Cuando la proteccion, estorbando la libre importacion de esos artículos, los encarece, y en un período de miseria nacional priva á la masa del pueblo de los medios de procurarse lo que es de primera necesidad para la vida, puede producirse contra la continuacion de ese sistema de restricciones una gran indignacion; cosa que no tiene lugar cuando el resultado que produce, y que más puede impresionar á las gentes, es el encarecer artículos como la ropa de vestir y el mobiliario. Ya hemos demostrado más arriba que el aumento de precio de algunos géneros de uso general solo representa una parte insignificante del daño que causa el mantenimiento de un sistema protector como el de los Estados Unidos. Entre otros males que resultan del mismo, se ha probado, por ejemplo, que pone obstáculos á la prosperidad general del país, que influye en la baja de la remuneracion del capital y del trabajo, que enerva el espíritu de empresa debilitando el sentimiento de confianza en sí propio, y que dá vida á la corrupcion política induciendo á los interesados en las distintas industrias á que ejerzan su influencia para asegurar una imposicion de derechos que á ellos solo tiene cuenta. Estos y otros males que

van inseparablemente unidos á la proteccion, á pesar de que hacen un daño incalculable á un país, no se les puede presentar á la generalidad con la misma claridad con que en cada choza de Inglaterra se podia hacer comprender á los atormentados por el hambre que las leyes de cereales vigentes producian el efecto de apartar de ellos el alimento que con tanta urgencia necesitaban.

Seria una desgracia que los habitantes de un país jóven como Australia, que al parecer están pensando en la imposicion de derechos protectores, fueran inducidos á error con el ejemplo de Inglaterra, y supusieran que podrán fácilmente volver al sistema del libre-cambio cuando las industrias que han llamado á la vida por medio de la proteccion, hayan alcanzado el debido desarrollo. La Gran Bretaña, en vez de ser un ejemplo digno de ser imitado, debe servir de enseñanza de lo que importa evitar. Grande y todo como fué el daño causado por la proteccion á nuestro país, parece muy probable que el sistema de restricciones comerciales hubiera continuado en vigor por un período indefinido de tiempo, á no haber sido por la terrible miseria que apareció en Irlanda y que se extendió por todas partes. Era tan fuerte la posicion de los interesados en los varios monopolios que debian

su existencia en Inglaterra á la proteccion, que dos ó tres años antes de que quedase ésta abolida, algunos de los más eminentes partidarios del libre-cambio casi desesperaban del éxito. Cuando se ve de este modo que fué necesaria una calamidad tan grande como la muerte de millares y millares de personas por inanicion, para poder destruir el sistema protector en Inglaterra, el pueblo australiano debe comprender que si lo deja echar raíces en su país, antes que pueda verse libre de él, tendrá quizás que pasar por penas no ménos amargas que las que nosotros pasamos antes de conseguir el establecimiento de la libertad de comercio.

Allí donde se establece la proteccion, nunca deja de echar raíces por las razones ya dichas. No hay motivo alguno para que, una vez introducida en Australia, deje en lo futuro de estar tan firmemente arraigada como lo está en los Estados-Unidos. Todos los que tienen que ver con las industrias protegidas, encontrarán, de seguro, que están por demás interesados en la continuacion del sistema, y Australia experimentaria la misma dificultad que hallan hoy los Estados-Unidos para poder resistir la poderosa combinacion de los elementos que constituyen esta interesada oposicion.

Ya hemos dicho lo bastante para mostrar el gran peligro que correría un pueblo que adoptase dicha política bajo el pretexto de que solo se emplea como medida temporal. Cualquiera que sea la fuerza de ese argumento, la experiencia prueba que una vez en el camino de las restricciones, se hace más y más difícil para una Nación el retroceder. Pero aunque tuviese algun fundamento la opinion de aquellos que creen, al parecer, que la proteccion se rendiria cuando llegase el momento oportuno, creo que hay bastantes motivos para suponer que el desarrollo industrial de un país se promoveria con mucha mayor seguridad por medio de la libertad que con la restriccion. Inmediatamente que se sanciona ese principio de que el Estado debe alentar ciertas industrias, cesa en seguida de regirse el comercio de un país por consideraciones puramente mercantiles, y se coloca bajo una direccion oficial y política. Se hace al Estado, de hecho, el árbitro é inspector de todo el régimen económico de un pueblo, y él decide qué industrias deben ser las llamadas á vivir por medio de la proteccion y determina el *quantum* de apoyo que debe darse á cada una de ellas. Es imposible imaginar que ningun Gobierno tenga habilidad bastante para desempeñar esas funcio-

nes, pero aun cuando la tuviera, nadie puede poner en duda que al fijar ese tipo de proteccion, si en un caso los derechos habrian de ser un 10 por 100 y en otro un 20, la influencia política que pondrian en juego esos intereses particulares, produciria un efecto mucho más poderoso que ningun razonamiento que pudiera deducirse de consideraciones discretas y meditadas de carácter económico.

Todo el que atienda á los caracteres más señalados de la condicion industrial de un país tan jóven como Australia, comprenderá sin duda, que si se deja á la industria desenvolverse naturalmente, varias de las que se pretende estimular artificialmente por medio de la proteccion, se establecerán de seguro y de un modo gradual sin este auxilio. Los proteccionistas australianos dicen que necesitan proteccion para poder competir con el trabajo barato de Inglaterra; pero la singular prosperidad de que actualmente goza la agricultura, que es la más importante de sus industrias, prueba de un modo incontestable que los salarios más altos que se pagan allí, deben considerarse como una medida de las mayores ventajas naturales que poseen aquellas comarcas. Si el solo hecho de tener que pagar jornales más elevados fuese un título para pedir protec-

cion, el agricultor australiano que satisface por salarios tres ó cuatro veces más de lo que perciben los trabajadores agrícolas en Inglaterra, no podría sostener su industria si no se le protegía contra la competencia extranjera. Sin embargo, apenas es necesario observar que, aun cuando cuesta muy caro el trabajo en Australia, la tierra fértil es allí tan barata y abundante, que muchos productos agrícolas, como el trigo y la lana, se producen con más economía que en Inglaterra. Grandes cantidades de ellos se exportan anualmente á la Gran Bretaña, y así resulta que Australia, con trabajo más caro, puede vender en nuestro propio mercado á más bajo precio que Inglaterra que lo tiene barato.

Es seguro que todas las circunstancias que impiden allí al presente el desarrollo de la industria fabril, ejercerán, con el progreso del país, ménos y ménos influencia, si no se consiente que las restricciones mercantiles vengán á estorbar el libre desenvolvimiento de su economía industrial. La poblacion de Australia está creciendo rápidamente, y por ello no solo se abaratará el trabajo, sino que, como su oferta ha de aumentar, habrá un mayor sobrante del mismo que buscará provechoso empleo en otras industrias, distintas de aquellas en que ahora está principal-

mente concentrado, y lo mismo sucederá con el capital. Además debe tenerse en cuenta, que el pueblo inglés vá acostumbrándose más y más á la emigracion, pues ya no le repugna tanto como en otro tiempo dejar la pátria. La traslacion á Australia se miraba antes casi como un destierro á un país extraño y desconocido. La condicion de los obreros del campo, por lo comun, era tal por su ignorancia é inferioridad, que se pasaban año tras año trabajando por la miserable pitanza de 40 y 45 reales á la semana. De tal modo carecian de iniciativa y tal era su estado de extremo desamparo, que continuaban abrazados á su pobreza y desventura en la pátria, porque no querian ó no podian aprovecharse del próspero porvenir que se les ofrecia en otras tierras. Pero en estos últimos años ha tenido lugar en este punto un notabilísimo cambio. Los trabajadores agrícolas, estimulados por varias circunstancias, como, por ejemplo, la difusion de la educacion, están saliendo rápidamente de su anterior condicion de letargo é impotencia, y comienzan á mostrarse tan dispuestos como los demás obreros á aprovechar las ocasiones que se les ofrezcan de mejorar su situacion. Debe tambien tenerse presente que cada uno de los que emigran y prosperan en su nueva pátria, estimula á los otros á

que sigan sus pasos. Las noticias del bienestar de que disfrutan, llegan á la aldea en que nacieron, y una gran parte de la repugnancia que se siente naturalmente á establecerse en otro país, desaparece cuando se ve que el nuevo hogar vá á estar rodeado de amigos y parientes, y no solamente de extranjeros.

Esta creciente facilidad por parte de la poblacion obrera de Inglaterra para aprovechar cuantas ocasiones se le ofrezcan de mejorar su condicion fijándose en un país nuevo, tiene inevitablemente que producir el efecto de aproximar más y más la remuneracion del trabajo á un nivel comun para Inglaterra y los países que son poblados principalmente por los que de ella emigran. Por tanto, si se deja que las cosas sigan su curso natural, las dificultades que puedan impedir ahora el establecimiento de industrias fabriles en Australia, disminuirán constantemente, y al fin desaparecerán. Por el contrario, si la economía industrial de aquel pueblo llega á verse envuelta en las redes de un sistema de proteccion que alcance á todo, cada uno de los artículos cuya entrada se grave con un derecho, se hará artificialmente caro, y el coste de la vida aumentará necesariamente; los obreros ingleses dejarán de alcanzar las ventajas, que sin eso obten-

drian, de establecerse en Australia; la emigracion, por tanto, se paralizará, y el resultado de la política proteccionista será inevitablemente el privar en gran parte á un país como ese de aquel aumento en la oferta del trabajo que es la condicion primera y más esencial para el establecimiento de la industria fabril. Australia llegaria con el tiempo á presenciar lo que está ocurriendo ahora en los Estados-Unidos. Hasta ayer, puede decirse, fué considerada América como el punto más favorable para los que emigraban de Inglaterra. Aunque los salarios son todavia en varias industrias nominalmente mucho más altos allí que aquí, sin embargo, como el coste de las cosas necesarias para la vida ha crecido tanto en los Estados-Unidos á causa de la imposicion de onerosos derechos protectores sobre casi todos los artículos de consumo general, los obreros se encuentran con que apenas si lo pasan allá tan bien como acá con salarios más bajos; y por eso, como hemos indicado más arriba, estamos presenciando el fenómeno extraordinario de que el número de obreros que están abandonando la República norte-americana es casi igual al de los que van á establecerse en ella. Y en cambio, á la vez que la emigracion de Inglaterra á los Estados-Unidos resulta ahora casi con-

trabalanceada por la que tiene lugar en sentido opuesto, continúa constantemente la que se dirige á Australia. En el año último, más de 30.000 personas, muchas de las cuales pertenecian á la clase obrera agrícola, partieron para allá y no llegaron á 5.000 las que regresaron. No obstante, si el sistema protector llega á establecerse en Australia, es seguro que irá ganando rápidamente más y más terreno; pues la experiencia muestra que es imposible encerrar la proteccion dentro de límites estrechos y bien definidos. Si una industria obtiene lo que se considera que es un beneficio de la proteccion, se dan inmediatamente poderosos motivos á todas las demás para que pidan por su parte iguales privilegios. A cada imposicion de derecho protector que se hiciera de nuevo, algun artículo se encareceria, y haciéndose de esta suerte el sistema general, en cuanto se iria extendiendo más y más, sucederia seguramente lo que ya ha acontecido en América; se haria tan cara la vida, que los obreros ingleses no lo pasarían allí mejor que en su pátria, la emigracion cesaria, y Australia perderia aquella oferta de trabajo, que no solo contribuirá á acrecentar en el interior la demanda de sus productos, sino que es necesaria para el adecuado desenvolvimiento de sus grandes recursos naturales.

Discutidos con la suficiente detencion los argumentos principales que se aducen en apoyo del proteccionismo, vamos á estudiar hasta qué punto la postracion mercantil, que últimamente ha afectado de un modo tan general á la industria, puede referirse á la adopcion de la política del libre-cambio ó al mantenimiento del sistema protector.

CAPÍTULO V.

POSTRACION MERCANTIL.

La gravísima que ha experimentado el comercio de muchos países durante los últimos tres ó cuatro años, ha dado nuevo interés y reavivado la discusion sobre las ventajas de la proteccion y del libre-cambio, y ha producido en la opinion pública efectos respectivamente opuestos en los países proteccionistas y en los que mantienen la libertad de comercio. En los primeros ha venido, sin duda alguna, á quebrantar en gran manera la confianza que hasta ahora se habia tenido en la eficacia del sistema protector; al paso que en pueblos como Inglaterra, en que apenas si habia poco há quien se atreviera á pronunciar una palabra que acusara vacilacion respecto de los beneficios del libre-cambio, se está mostrando al presente cierta tendencia á incurrir en los sofismas del proteccionismo.

Hemos indicado en otro lugar, que muchas Juntas de comercio de la Gran Bretaña han

hecho recientemente declaraciones favorables á la política de reciprocidad. Lo que se llama «libre-cambio de un lado» ha sido condenado con energía por algunos de los que há poco eran acérrimos defensores de la ilimitada libertad de comercio. Vá propagándose la opinion de que un país comete un acto de nécia abnegacion, si persiste en abrir de par en par sus mercados á los productos de los demás pueblos, cuando los extranjeros están cerrados á los suyos por las tarifas proteccionistas. Lejos de causar sorpresa este cambio en la opinion pública, debe considerarse como un resultado natural del modo en que los partidarios, así de la libertad de comercio como del proteccionismo, han defendido sus respectivas doctrinas. Antes de la actual postracion, el comercio de Inglaterra estuvo creciendo durante un cuarto de siglo sin interrupcion y con una rapidez sin precedentes. Cuando gozábamos de esa prosperidad, era costumbre constante atribuirle al libre-cambio y considerarla como una prueba concluyente de las ventajas extraordinarias que producía éste al país. Por lo general, se desconocian otras muchas circunstancias que contribuian á este resultado, y se hacia alarde de los datos estadísticos que demostraban el aumento en las exportaciones y en las importaciones, en la con-

fianza de que eso bastaba para la defensa de la libertad de comercio y refutacion de las doctrinas proteccionistas.

Esta manera de considerar el asunto, acostumbró naturalmente al pueblo á la idea de que el progreso mercantil de nuestro país era debido por completo al libre-cambio; y como es consiguiente, muchos de los que en tiempos de bienandanza eran los primeros en manifestar su simpatía por éste, son ahora los primeros á culparle por la actual postracion del comercio. Lo contrario precisamente ha sucedido en los Estados-Unidos. Hasta hace poco, la prosperidad de que gozaban no era menor que la de Inglaterra; y aunque, como hemos procurado demostrar, no se produjo á causa de la proteccion, sino á pesar de ella, nada tenia de extraño que mientras ella duró, el pueblo se sintiera inclinado á creer que era resultado de la misma. Podia muy bien argüirse que á la par que el comercio se desarrollaba tanto y la riqueza crecia de un modo tan notable, las tarifas habian adquirido un carácter más y más protector. Desde 1789 el arancel de los Estados-Unidos ha sido reformado nada ménos que cuarenta veces, con la tendencia, en la mayor parte de ellas, á dar á su sistema fiscal un carácter más y más proteccionista. En un princi-

pio los derechos á la importacion eran por término medio un 8 $\frac{1}{2}$ por 100, y su exaccion estaba limitada á un período de siete años; y luego han ido elevándose constantemente hasta el punto de ser hoy un 40, un 50, un 60 y, en algunos casos, hasta un 125 por 100. Nada, por tanto, más fácil para la opinion pública, que el asociar inseparablemente como causa y efecto esa creciente proteccion y esa creciente prosperidad. Ahora que el comercio norte-americano se halla en un estado de postracion todavia mayor que el inglés, ha tenido lugar allí una reaccion semejante á la que se ha verificado en Inglaterra; y el pueblo á quien se hizo creer en tiempos felices que la condicion de su comercio era debida con mucho á la proteccion más que á ninguna otra causa, mira á aquella como la principal de la actual depresion mercantil. Mientras duró la prosperidad, los proteccionistas norte-americanos ocupaban una posicion que parecia inatacable. Hasta há poco, todas las trazas eran de que los aranceles de aquel país se reformarian gradualmente en sentido protector; pero la opinion pública ha cambiado recientemente de un modo notable, y en los últimos meses se ha propuesto una nueva tarifa que es mucho ménos restrictiva que la que al presente está en vigor. Segun ella, los derechos á la im-

portacion se reducirian por lo general á un 25 por 100 próximamente; muchos artículos, en especial las primeras materias de varias industrias fabriles, no pagarian nada, y el número de mercancías sujetas al pago de aquellos descenderia de unos 2.000 á algo ménos de 500. Se ha dicho que esta tarifa será aprobada por la Cámara de Representantes, y aun cuando es probable que la rechace, por ahora, el Senado, el apoyo que ha alcanzado ya en los Estados-Unidos puede considerarse como una indicacion de que el pueblo americano comienza á perder la fe en la proteccion.

No es difícil mostrar que nada de lo que tiene relacion con la actual postracion mercantil puede ser causa de que el pueblo inglés vacile, ni en lo más mínimo, en su adhesion á los principios de la libertad de comercio. Si aquella aleanzara tan solo á los pueblos que mantienen ésta, ó si se probara que la extension de la misma guardaba proporcion con la en que el comercio de un país está libre de restricciones, entonces estaria justificada hasta cierto punto la pretension, formulada por algunos, de que debemos abandonar la política que actualmente seguimos en este punto y adoptar alguna forma de proteccion, tal, por ejemplo, como la de reciprocidad ó de represalias. Pero por

grave que sea esa postracion en Inglaterra y en otros países libre-cambistas, es mucho mayor en los Estados-Unidos y en otros pueblos que mantienen en vigor aranceles proteccionistas. Si comparamos en este respecto la República norteamericana con la Gran Bretaña, el resultado es manifiestamente favorable á ésta. No hay país en el mundo que tenga recursos tan grandes y tan varios como los Estados-Unidos. La extension de tierra fértil es allí ilimitada y sus criaderos de carbon, hierro, cobre y otros metales, son realmente inagotables; sus medios de comunicacion por el interior son incomparables; dentro de sus fronteras tiene casi todas las clases de clima, desde el templado hasta el tropical, y consiguientemente apenas hay un producto que no pueda darse en su suelo; y sin embargo, con todas esas ventajas naturales, y aunque su poblacion excede al presente á la de la Gran Bretaña por lo ménos en un 25 por 100, todo su comercio exterior no llega á la tercera parte del de Inglaterra. En 1876, la suma total de importaciones y exportaciones ascendió á 20.850 millones de reales, mientras que en el mismo año subió en la Gran Bretaña á 63.190. Durante esta postracion mercantil han disminuido de un modo considerable los productos importados en los Estados-Unidos;

habiendo, del año 1874 al 1877, la diferencia que vá de 11.300 millones de reales á 9.000, ó sea una reduccion de casi un 20 por 100. Las importaciones de Inglaterra, durante el mismo período, lejos de descender, han subido un poco en valor, y por consiguiente, la capacidad ó poder del pueblo inglés de adquirir productos extranjeros no ha sido afectado de un modo esencial por el actual abatimiento de la industria. Es indudable que ha habido una baja en el comercio de exportacion de Inglaterra, pero no es en modo alguno tan grave como á primera vista podia suponerse. Entre los años 1860 y 1870, hubo un aumento extraordinario en aquel, subiendo de 16.450 millones de reales á 24.400; y en estos momentos, en que la depresion mercantil es más fuerte, las exportaciones exceden en 1.200 millones de reales á las de 1870. Resulta, por tanto, que el constante progreso del comercio inglés no se ha detenido; lo que ha sucedido es que no ha continuado á aquella altura anormal á que durante los dos ó tres años siguientes al de 1871 se elevó, en gran parte de un modo artificial por virtud de un espíritu de especulacion tan anómalo, que no podia continuar de un modo permanente.

Al presentar estos datos estadísticos referen-

tes al comercio extranjero de los Estados-Unidos y de Inglaterra, no pretendo, como ya se supondrá, atribuir la notable diferencia que hay entre estos dos países solo al hecho de que uno mantiene un arancel proteccionista, mientras que el otro ha adoptado el libre-cambio. Pero como se ha dicho con tanta repeticion que el actual abatimiento de la industria inglesa es debido á la libertad de comercio, bueno será que hagamos notar que éste ha sido mucho mayor en los Estados-Unidos, donde los principios proteccionistas se llevan hasta sus últimas consecuencias. Nada demuestra esto de un modo tan concluyente como el hecho, más arriba notado ya, de que las ventajas ofrecidas en un tiempo al trabajo en los Estados-Unidos comparadas con las que prometia Inglaterra, han cesado tan por completo, que el número de trabajadores ingleses que se fijan en la República norte-americana escasamente excede al de los que abandonan este país por la Gran Bretaña. En 1877, fueron las personas de origen británico que emigraron á los Estados-Unidos 45.481, y en el mismo año el número de individuos de igual nacionalidad que vinieron de allí para Inglaterra, fué de 44.878 (1). Por lo tan-

(1) Véanse las tablas estadísticas referentes á la emigracion é inmigracion; *Board of Trade*, 1878.

to, por muy grande que sea la postracion mercantil en nuestro país, tiene que ser relativamente mucho mayor en los Estados-Unidos. Antes que comenzase la misma, la demanda de trabajo era allí tan activa y los jornales tan altos, que millares y millares de obreros iban allá desde Inglaterra. En los cinco años de 1869 á 1873, el número de personas que emigraban de la Gran Bretaña á los Estados-Unidos era, por término medio, de 200.000, y durante este período apenas hubo emigracion de esta Nacion á Inglaterra ni á ningun otro país. Hoy dia, sin embargo, las ocupaciones han llegado á escasear de tal suerte, la disminucion del pedido de trabajo hasta tal punto ha sido mayor que en Inglaterra, los jornales han bajado tanto y al mismo tiempo el coste de los artículos necesarios para la vida ha crecido de tal modo á causa de los altos precios producidos por los derechos protectores, que numerosos trabajadores van regresando de nuevo á Inglaterra á pesar de estar pasando nuestra industria por un período de depresion excepcional.

Podria dudarse de la bondad de los principios de la libertad de comercio, si se demostrara que en un tiempo como el actual, el decaimiento de la industria era menor en aquellos países cuyas tarifas son más proteccionistas; pero precisamen-

te sucede todo lo contrario, porque al presente ningún país mantiene derechos protectores tan altos como los Estados-Unidos, y en ninguno se siente esa paralización, especialmente en aquellas mismas industrias que con más esmero se han protegido contra la competencia extranjera. La baja temporal en el comercio de exportación de Inglaterra es debida á un descenso general en la demanda extranjera; no ha sido producida, ni en lo más mínimo, porque nos haya echado de los mercados neutrales la concurrencia de los países proteccionistas. Hemos demostrado en uno de los anteriores capítulos, que nueve décimos, por lo ménos, de las exportaciones de América á Inglaterra, consisten en productos agrícolas y en materias primeras para nuestra industria fabril. Si examinamos el comercio de exportación de los Estados-Unidos, veremos que eso que pasa respecto de la Gran Bretaña, acontece igualmente con relacion al resto del mundo. Los artículos que otros países adquieren allí, son casi todos ellos agrícolas, como algodón en rama, trigo, tabaco, carne, etc. En 1876, de un total de exportaciones que ascendió á 11.250 millones de reales, consistian nada ménos que 9.300 en productos de esos que acabamos de mencionar, segun resulta del siguiente estado:

*Valor de los productos agrícolas exportados de los
Estados-Unidos en 1876.*

	Millones de reales.
Algodon en rama	3.850
Trigo y harina	1.840
Maiz	660
Tocino y jamones.....	790
Manteca de cerdo.....	440
Queso	240
Carne de cerdo y de vaca	170
Petróleo refinado... ..	570
Petróleo en bruto	50
Panes de linaza.....	110
Sebo	130
Tabaco en rama	450
	<hr/> 9.300

Estas cifras forman un singularísimo contraste con el valor relativamente insignificante del que arrojan las de los artículos manufacturados que exportan los Estados-Unidos. No sin frecuencia se produce en Inglaterra una vaga alarma, como si la competencia americana fuese á arruinar nuestra industria fabril. Si un fardo de tejidos de algodón ó una máquina de construcción norte-americana se ponen á la venta en Inglaterra, es seguro que se registra el hecho como un agüero del desastre que amenaza á nuestra

ndustria. El estado que sigue, que comprende la suma de los principales artículos fabriles exportados de Inglaterra y de los Estados-Unidos respectivamente, prueba de un modo evidente cuán infundados son esos temores de que nuestra industria manufacturera vaya á ser vencida por la competencia americana, ni en los mercados nacionales, ni en los extranjeros.

Valor de los principales artículos fabriles exportados por Inglaterra y los Estados-Unidos respectivamente en 1876.

	MILLONES DE REALES.	
	Inglaterra.	América.
Tejidos de algodón.....	6.764	154
Hierro y artículos del mismo.....	1.910	100
Maquinaria (1).....	762	148
Lino y cáñamo de Indias en rama.	167	"
Id. id. manufacturados.....	717	"
Sedería.....	287	"
Lana, estambre y tejidos de los mismos.....	2.300	"
	12.907	402

La exportacion, si es que hubo alguna, de los últimos cuatro artículos de América, fué tan in-

(1) Con inclusion de máquinas de vapor y otras, instrumentos agrícolas, y, respecto de América, máquinas de coser.

significante, que no se han incluido los datos en la «Tabla de los principales artículos exportados de los Estados-Unidos (1).» Las cifras que acabamos de consignar muestran con sorprendente claridad que la actual depresion del comercio inglés no puede ni en lo más mínimo atribuirse á la competencia americana. El comercio de exportacion de los Estados-Unidos debemos mirarlo, por el contrario, como causante de un beneficio, sin mezcla alguna de mal, para Inglaterra, puesto que de allí nos vienen, no solamente las materias primeras de muchas de las más importantes ramas de nuestra industria fabril, sino tambien sustancias alimenticias que son esenciales para el bienestar de nuestro país.

En otro lugar hemos hecho ya referencia á la circunstancia de que mientras ha durado la presente paralización industrial, no ha habido descenso ni en el valor ni en la cantidad de las mercancías importadas en Inglaterra. Resulta, pues, que el pueblo inglés adquiere y consume productos extranjeros con la misma extension con que lo hacia cuando no habia comenzado esa depresion mercantil. De este y de otros he-

(1) Véase *Statistical Abstracts for Principal Foreign Countries*, 1877, página 82.

chos que vamos á exponer, me parece que puede muy bien sacarse la conclusion de que el efecto de este decaimiento en la prosperidad general del país se ha exagerado muchísimo, y que aun cuando los interesados, ya como capitalistas, ya como obreros, en determinadas industrias hayan sido perjudicados de un modo grave, no hay en la condicion de la Nacion toda nada que deba inspirar temor. Al mismo tiempo conviene fijar la atencion en el miedo que recientemente se ha mostrado de que el mantenimiento de nuestro comercio de importacion á la altura á que se halla al presente, ahora que hay una cierta disminucion en las exportaciones, es motivo para abrigar fuertes recelos de que se están sembrando semillas de futuros daños, que seguramente habrán de conducir á la ruina de la industria nacional. Estos temores tienen su origen en el gran exceso que hay actualmente en el valor de las mercancías importadas en Inglaterra, si se compara con el de las exportadas. Segun los datos del último año (1877), que son los incluidos en el *Statistical Abstracts*, publicados por el *Board of Trade*, este exceso asciende nada ménos que á la suma de 14.200 millones de reales. Empleando de nuevo la tecnologia del sistema mercantil, y resucitando quizás tambien alguno

de sus sofismas, se ha supuesto, al parecer, por ciertos escritores, que el ser la balanza de comercio desfavorable para Inglaterra es una indicacion de que el país está gastando actualmente más de lo que puede, gastando cada año más de lo que gana, y que, para cubrir el déficit, vamos gradualmente disponiendo de nuestros ahorros, viviendo del capital y no de la renta. La continuacion de las importaciones en una época de decaimiento industrial, en vez de ser contemplada con satisfaccion, deberia, se dice, considerarse como una medida de la prodigalidad con que el pueblo está viviendo y la Nacion agotando sus recursos. Los que mantienen esta opinion, encuentran, al parecer, una causa más para alarmarse en el hecho de que en ningun otro país hay un exceso tan considerable de las importaciones sobre las exportaciones, mientras que en algunos el valor de éstas supera grandemente al de aquellas. Así, en los Estados-Unidos este exceso de lo exportado sobre lo importado asciende á 1.660 millones de reales, y en la India á unos 1.350. Me parece, sin embargo, poder demostrar que la continuacion de este grande comercio de importacion, que hace al presente Inglaterra, lejos de acusar la existencia de algo vicioso en su economía nacional, puede muy

bien mirarse como uno de los aspectos más satisfactorios de su actual condicion. En primer lugar, nótese que al hacer la estadística de exportaciones é importaciones, el valor que se dá á los artículos importados comprende los gastos de transporte y los provechos del comerciante que lo introduce; mientras que al apreciar el valor de los exportados, ambas cosas quedan excluidas. Así, si se compra un *quarter* de trigo en Nueva-York á 200 reales, y el flete del mismo hasta Liverpool cuesta 20, y el provecho del comerciante que lo introduce es de 10, se calcula su valor cuando se importa en 230. Ahora, para mostrar el modo diferente de valuar las exportaciones, supongamos que un mercader compra, para enviarla á Australia, maquinaria por valor de 100.000 reales; aparecerá en la estadística de exportaciones con este valor. Pero al graduar la suma que los australianos tienen que transmitir á Inglaterra por esa maquinaria, debe tenerse en cuenta, no solo el flete, sino tambien los provechos del comerciante que la exporta. Si suponemos que aquel asciende á 10.000 reales, y éstos á 15.000, Australia pagará 125.000, é Inglaterra recibirá una suma superior en un 25 por 100 á la que se ha fijado como valor de la maquinaria exportada. Y como la mayor parte, con mucho, del

comercio extranjero de Inglaterra se lleva á cabo en buques nacionales y por nuestros mismos comerciantes, resulta que recibimos por nuestras exportaciones una cantidad mucho mayor que la representada por ese valor, porque es preciso añadir al que se les dá en el puerto de embarque, el coste de conducirlos á los varios países á donde se exportan y los provechos de los comerciantes que los envían. De otro lado, de la suma que Inglaterra paga por las importaciones hay que deducir el coste de su transporte desde los países de donde proceden. Así, por el *quarter* de trigo de Nueva-York que se importa por Liverpool y que se valúa á su entrada en 230 reales, Inglaterra solo paga á América 200 y los 30 restantes van á manos del naviero inglés y del comerciante importador. Así pues, la Gran Bretaña paga á los países extranjeros por las mercancías que importa una suma muchísimo menor que la que aparece como valor declarado de esos artículos; y, de otro lado, recibe de aquellos, por las mercancías que exporta, una suma que es mucho mayor que la que aparece como valor declarado de las mismas. De donde se sigue, por tanto, que aunque la cantidad que tiene que satisfacer por sus importaciones fuese exactamente igual á la que recibe por sus exportaciones, aparecería todavía en

los datos del *Board of Trade* un exceso considerable en el valor de las primeras comparado con el de las segundas. Así que, lejos de ser la existencia de ese exceso una indicacion de que Inglaterra estaba gastando más de lo que podia y de que estaba agotando sus recursos, mostraria simplemente que nuestro comercio exterior se llevaba á cabo, por lo general, por nuestros comerciantes y navieros, y que ellos estaban disfrutando los provechos consiguientes.

Como más arriba queda expuesto, el comercio extranjero de los Estados-Unidos, por lo que hace á la relacion entre las importaciones y las exportaciones, está precisamente en un caso opuesto al de Inglaterra. El valor de las mercancías exportadas excede allí grandemente al de las importadas, lo cual es debido, hasta cierto punto, al hecho de que una gran parte del comercio exterior de Norte-América se hace por comerciantes y navieros ingleses; así que una porcion considerable de los provechos que de él resultan, tiene que transmitirse á Inglaterra, lo cual constituye una importante adicion al total de sus importaciones. «El comercio internacional de los Estados-Unidos se hace al presente principalmente en buques extranjeros, los cuales condujeron el 70 por 100 del total de mercancías importadas y exporta-

das en el año fiscal de 1874 á 1875. Antes del año 1861 de un 75 á un 80 por 100 de ese comercio se hacia en barcos pertenecientes á los Estados-Unidos (1).» Formando un singular contraste con estos datos, aparece que en 1877 el 70 por 100 del tonelaje que entró en los puertos ingleses pertenecia á propietarios británicos y solo un 30 por 100 á extranjeros. Así que cuando se manifiesta el temor de que Inglaterra se encuentra en una posicion nada satisfactoria en comparacion de los Estados-Unidos, porque sus importaciones exceden tanto á las exportaciones, debe tenerse en cuenta que una porcion considerable de esa diferencia es debida al hecho de que su marina mercante es tan grande, que se hace en buques ingleses, no solamente la mayor parte de su propio comercio exterior, sino tambien el de otros países; y esto lejos de ser motivo fundado de alarma, deberia renovar en nosotros la confianza en los principios que sirven de base á nuestro actual sistema mercantil.

Hay tambien otra circunstancia que es causa de que la suma total de importaciones de Inglaterra exceda de un modo considerable á la de sus exportaciones. No hay ningun país que tenga

(1) Véase *Statesman Year Book*, 1878, página 602.

tanto capital comprometido en el extranjero. Aunque es imposible calcular con exactitud el que tienen empleado los ingleses, no solamente en la deuda de varios pueblos, sino tambien en distintas empresas industriales, como minas, caminos de hierro, bancos, compañías de navegacion, etc., no puede ponerse en duda que los intereses que anualmente se remiten á Inglaterra y que son producto de ese capital, representan una porción muy considerable de la suma en que sus importaciones exceden á sus exportaciones. Se ha calculado por autoridades competentes, que el saldo que anualmente se debe á Inglaterra, nada más que por los intereses del capital invertido en la India y en América, asciende á unos 3.000 millones de reales (1), y esta deuda tienen que liquidarla estos países enviando á Inglaterra mercancías ó numerario. De aquí que la suma de aquellas que nos mandan, necesita ser la suficiente, no solo para pagar los artículos remitidos por Inglaterra, sino tambien para satisfacer los intereses correspondientes á los crecidísimos capitales que tienen allí invertidos nuestros compatriotas. Los países, por tanto, que deben mucho al extranjero, necesitan exportar más de lo

(1) Véase el *Economist*, 15 Diciembre, 1877.

que importan, y en aquellos otros que poseen un sobrante de capital y lo colocan fuera de su patria, las importaciones excederán á las exportaciones. Resulta, pues, que la comparacion, desfavorable para Inglaterra, que con frecuencia hacen los proteccionistas americanos, entre la posicion industrial de su país y la del nuestro, tiene tan escaso fundamento, que ese exceso de las importaciones sobre las exportaciones puede considerarse como una prueba evidente de la gran extension en que ellos y otros pueblos son ayudados por el capital inglés.

Nada más erróneo que el deducir de eso que el comercio extranjero de un país está en una posicion desventajosa, y que un pueblo está agotando sus recursos, si las importaciones superan mucho á las exportaciones, cuando, como sucede en Inglaterra, el comercio exterior de una Nacion se lleva á cabo principalmente por sus propios comerciantes y en sus propios barcos, y cuando la suma de riqueza acumulada por sus habitantes es tan grande, que no solo basta para suministrar el capital necesario á su propia industria, sino que queda un gran sobrante cada año que se presta á los Gobiernos extranjeros y se emplea en varias empresas de otros países. El miedo y la alarma producidos por el exceso de las importa-

ciones sobre las exportaciones y porque la balanza de comercio sea desfavorable, pueden sin duda ninguna ser considerados como un regreso á aquel tiempo en que los principios del sistema mercantil alcanzaban una aceptacion casi universal. Así, de las observaciones que se hacen con frecuencia á propósito de ese exceso de las importaciones, se deduce, al parecer, por muchos, que entonces una Nacion sigue la misma irregular conducta que un individuo que gasta más de lo que puede, comprando más de lo que vende y aumentando de este modo constantemente sus deudas. Los proteccionistas americanos mostraban há poco gran satisfaccion porque las exportaciones de su país superan en valor á las importaciones; consideran al parecer que, en este respecto, su condicion industrial lleva la ventaja comparada con la de la libre-cambista Inglaterra. En opinion de los proteccionistas franceses, no hay arma más segura para combatir la renovacion del tratado de comercio con aquella, como el hacer notar que mientras ha estado en vigor dicho convenio, ha cambiado tan por completo la industria francesa, que al paso que antes sus exportaciones eran mucho mayores que las importaciones y de ese modo se enriquecia Francia con el comercio extranjero, hoy dia sucede lo contrario, y por lo mismo, está

agotando sus recursos. Puede, sin embargo, mostrarse fácilmente, despues de la explicacion dada de las circunstancias determinantes de ese hecho, que la condicion actual del comercio extranjero de los Estados-Unidos y de Francia, lejos de suministrar justificacion alguna en favor de la política proteccionista, puede considerarse como un poderoso auxilio en pró del libre-cambio. Si las mercancías que América envia á la Gran Bretaña exceden en valor á las que recibe de la misma, es evidentemente porque aquella está en deuda con ésta, lo cual es debido á que ha tomado prestado capital inglés y á que se vale para su comercio exterior de comerciantes ingleses y de buques ingleses. Semejante estado no puede ser ventajoso para un país; antes tiene que ser forzosamente una desventaja, y por lo mismo, en cuanto es debido á la proteccion, puede estimarse como una prueba del daño que se hace á América con una política de restricciones mercantiles. No hay tampoco circunstancia alguna que se relacione con la presente situacion comercial de los Estados-Unidos, que deba ser considerada con tanto temor por sus habitantes, como la decadencia que su industria naviera revela la gran extension en que se lleva á cabo su comercio exterior por barcos y comerciantes ingleses. Los derechos protectores

impuestos por los aranceles de los Estados-Unidos sobre el hierro, el cobre, la madera y casi todos los demás materiales que se emplean en la construccion naval, hacen tan costosa ésta, que los intereses navieros de dicha Nacion han bajado muchísimo en estos últimos años por ese motivo. Ya hemos dicho que el 70 por 100 de su comercio se lleva á cabo hoy dia en barcos extranjeros, cuando antes de 1860 de un 75 á un 80 por 100 lo hacian en sus propias naves. Asimismo, respecto al cambio que últimamente ha tenido lugar en el comercio exterior de Francia, resulta, que mientras antes los franceses acostumbraban á enviar al extranjero más de lo que recibian, en cambio hoy dia reciben más de lo que remiten; en otros términos, mientras Francia antes debia á otros países, éstos ahora le deben á ella. En tanto que este cambio es debido al tratado comercial con Inglaterra, con dificultad se podrá negar que la existencia del mismo más bien debe ser motivo de plácemes que de lamentaciones.

La estadística de importacion y exportacion de oro y plata en barras y de numerario de Inglaterra durante estos últimos años, muestra de una manera sorprendente que el gran exceso de las importaciones sobre las exportaciones puede ser

debido, por entero, á las circunstancias más arriba indicadas. En vez de haber habido extraccion alguna de moneda para saldar la llamada desfavorable balanza de comercio, la suma de dichos metales importada durante los 10 años de 1867 á 1876, ha excedido nada ménos que en 5.380 millones de reales á la de lo exportado, á pesar de que durante este período el valor total de lo importado excedió en 80.400 millones de reales al de lo exportado. Resulta, por tanto, que ese gran exceso de las importaciones sobre las exportaciones que caracteriza el comercio exterior de Inglaterra, no vá por necesidad acompañado de ninguna extraccion de metales preciosos, puesto que durante el período en que fué más notable ese exceso, Inglaterra ha estado añadiendo anualmente por término medio 500 millones de reales á sus existencias de oro y plata en barras y en metálico, cantidad que se supone necesaria para las atenciones de la acuñacion y de varias industrias (1).

Al tratar de sacar una conclusion favorable en vez de una contraria, respecto de la posicion comercial de Inglaterra, del hecho de que ha habido una disminucion considerable en sus expor-

(1) Véase *Statistical Abstracts*.

taciones, mientras que las importaciones más bien han aumentado que disminuido, nada tan lejos de mi ánimo como el negar la existencia de una gravísima postracion en muchas importantes ramas de la industria. Como esta paralización se atribuye frecuentemente al sistema del libre-cambio adoptado por Inglaterra, importa demostrar que, lejos de ser la proteccion un antídoto contra la depresion industrial, los países proteccionistas, como los Estados Unidos, no se encuentran hoy en una condicion más satisfactoria que Inglaterra. Supónese á veces, sin embargo, que aguardan dias mucho más tristes á nuestro país, y que si hasta ahora ha podido evitar las peores consecuencias del malestar comercial, ha sido por medio de recursos artificiales, que solo pueden ser considerados como un aplazamiento temporal. Y se pregunta: ¿cómo puede una Nacion continuar gastando en los tiempos adversos tanto como cuando se encontraba en un estado de prosperidad excepcional, sin que se cargue de deudas y se meta más y más en una situacion embarazosa? La cantidad de mercancías importadas en Inglaterra no acusa baja; y sus habitantes continúan adquiriendo, en mayor grado todavía que lo hacian antes, todos los productos extranjeros que necesitan para satisfacer sus nece-

sidades ó sus gustos. Se reconoce, por lo general, que la cantidad de té que consume anualmente el pueblo inglés, suministra un indicio muy exacto de la prosperidad del país; pues cuando hay una mala cosecha en el interior, hay naturalmente un grande aumento en la importacion del trigo; pero cuando se observa que sube la del té que se introduce y se dedica al consumo nacional, la conclusion que de aquí se saca inexcusablemente, es que las gentes pueden gastar una suma mayor que antes en la adquisicion de un artículo que puede considerarse hasta cierto punto como de lujo. Ahora bien, la cantidad de té importado y consumido en Inglaterra ha crecido de una manera sorprendente desde 1862. En ese año ascendió en peso á 78.793.977 libras; en 1877, año que suele presentarse como uno de los en que ha sido mayor la depresion, se introdujeron 151.114.886 libras, que representan un aumento de cerca de un 100 por 100. Una parte de este crecimiento puede atribuirse, sin duda, á que los derechos sobre el té se han reducido de 1862 á 1877, bajando de un chelin y cinco dineros á seis dineros en libra. Importa, sin embargo, notar por su trascendencia al asunto en que nos ocupamos, que el consumo de té durante el actual período de depresion mercantil ha

continuado creciendo constantemente, y que es ahora mucho mayor que cuando el comercio del país se hallaba en un estado de grandísima prosperidad. Esta alcanzó su cenit, según se dice con frecuencia, en los años de 1872, 73 y 74. Pues bien, la cantidad de té importado y consumido en el país durante los mismos, fué respectivamente:

1872.....	127.661.360 libras.
1873.....	131.881.476 "
1874.....	137.279.891 "

Se cree generalmente que la actual postracion de la industria comenzó en los últimos meses de 1874 y creció en intensidad en los de 1876 y 77. Sin embargo, en estos años continuó la progresion en el consumo del té en esta forma:

1876.....	149.104.194 libras.
1877.....	151.114.886 "

El aumento en el consumo del té que ha tenido lugar en estos últimos años, no ha sido debido ni en poco ni en mucho á la reduccion de los derechos, puesto que éstos han permanecido inalterables desde 1866.

Puede creer alguien que semejante estado de cosas no es posible que continúe, y que si en un período de paralización industrial un país adquiere en más cantidad artículos de general con-

sumo, tiene que dedicar á eso sus ahorros ó que contraer deudas. El beneficio que alcanzará una Nacion, considerada en totalidad, en un período de una actividad industrial tan excepcional como la de hace pocos años, no es, en mi juicio, en modo alguno tan grande ni tan general como suele suponerse. Creo que es posible demostrar que esa prosperidad vá acompañada de algunos gravísimos daños, que las ventajas que de ella resultan no alcanzan en manera alguna á todo el país, y que aun cuando en épocas como esa muchos se enriquecen, sin embargo, ese aumento de su patrimonio no puede ser considerado como una ganancia del todo pura, puesto que una parte, por lo ménos, representa una contribucion sacada á algunos de sus ménos afortunados compatriotas.

Los que suponen que una gran actividad industrial implica necesariamente un aumento de bienestar para la comunidad toda, podian considerar cuál fué, respecto de la Nacion en general, el efecto de la prosperidad extraordinaria de que han gozado recientemente las industrias del carbon y del hierro. Una repentina subida en la demanda de carbon, consecuencia de un grande aumento en el creciente pedido de hierro, produjo en el precio de aquel un alza sin precedentes,

que ascendió nada ménos que á 13 chelines y 6 dineros en tonelada. Se ha dicho muchas veces, que esta alza fué principalmente debida á la accion de los *trades unionists*, quienes, aprovechándose de la creciente demanda de trabajo en ese tiempo de excepcional actividad, forzaron la subida del salario hasta tal punto, que los patronos se vieron obligados á elevar el precio del carbon en compensacion de los más altos jornales que se veian obligados á pagar. Pero se ha demostrado de una manera concluyente, que es tan pequeña la parte de aumento en el precio del carbon debida á esa causa, que un alza de dos chelines y seis dineros en tonelada hubiera sido más que suficiente para compensar al empresario por la cantidad mayor que tenia que pagar á los obreros (1). Desde luego, la mayor parte del aumento de valor que de repente adquirió el car-

(1) Véase el informe de la comision especial de la Cámara de los Comunes nombrada en 1873, para investigar las causas que habian producido el alza en el precio del carbon. De algunas de las manifestaciones hechas ante esta comision, resulta que esa alza fué mayor y la de los salarios de los obreros menor que lo que calculamos en el texto. Así, en una tabla que aparece en la página 191, se dice que en el distrito occidental de Yorkshire, entre Octubre de 1871 y Marzo de 1873, hubo en el precio del carbon á boca-mina, una subida de 15 che-

bon de piedra debe, por tanto, considerarse como una fuente de ganancia que vino á acrecentar enormemente las obtenidas por los afortunados propietarios ó arrendatarios de las minas. Por cada tonelada de carbon arrancada, han percibido un sobreprecio de 11 chelines; así que los provechos en esta industria subieron con una rapidéz sin precedentes. El carbon extraído entonces ascendia á unos 120 millones de toneladas por año. Por consiguiente, el alza en su precio produjo nada ménos que una suma de 6.600 millones de reales anuales, que se distribuyeron entre los propietarios y arrendatarios de las minas, mientras que el total repartido en concepto de aumento de los salarios, ascendió tan solo á 1.500 millones de reales. Como la produccion total y consumo de carbon inglés es próximamente de unos 120 millones de toneladas, resulta que el alza de 13 chelines y 6 dineros en cada una produjo nada ménos que una suma de 8.100 millo-

lines y 5 dineros en tonelada, mientras que los salarios subieron en ese período solamente un chelin y 1 $\frac{1}{2}$ dinero en tonelada. Durante ese tiempo, el precio del carbon subió en ocho ocasiones diferentes, mientras que solo en cinco sucedió lo mismo con los salarios. En todos y cada uno de los casos, el alza en los jornales siguió al alza en el precio del carbon.

nes de reales, que tuvieron que pagar en un solo año los consumidores de carbon. Como la exportacion de éste de Inglaterra en aquel tiempo no pasaba de 12 millones de toneladas, los consumidores ingleses venian á pagar los nueve décimos de aquella enorme suma, ó sean, 7.200 millones de reales anuales. Una parte de esta cantidad era ciertamente reembolsada á Inglaterra por los países extranjeros, puesto que, aumentando el alza en el precio del carbon el coste de produccion de todos aquellos artículos fabriles en que se emplea, se ha de pagar más por éstos para compensar á los que los producen. Por tanto, cuando se exporta un artículo cuyo precio sube por esta razon, la carga del exceso que se satisface, no pesa sobre el fabricante inglés, sino sobre el consumidor extranjero. Así que una parte de la pérdida que se causó á los consumidores de carbon inglés, indudablemente recayó, no tan solo sobre los países extranjeros que lo empleaban para su industria, sino tambien sobre los consumidores extranjeros de los varios productos de la Gran Bretaña. Sin embargo, concediendo todo cuanto se puede conceder por esta circunstancia, siempre queda en pié el hecho de que esa extraordinaria subida en el precio del carbon necesariamente tuvo que causar á la generalidad

del pueblo inglés una gravísima pérdida, cuya naturaleza y extension no han sido en mi juicio examinadas con la atencion que merecen.

No obstante lo extraordinario de las ganancias obtenidas por los propietarios y arrendatarios de las minas de carbon y lo importante del aumento de salario que percibieron los obreros empleados en ella, no se debe olvidar que esa ventaja se consiguió en gran parte á costa de la comunidad toda. Un alza en el precio del carbon la siente el pueblo tan vivamente como si se sujetara á una gravosa contribucion un artículo de primera necesidad. Es un impuesto de que no se libra ni el más humilde. Un tributo puede exigirse de tal modo que no alcance al pobre, pero en un clima como el de Inglaterra el combustible es casi tan esencial como el alimento. Y una parte no pequeña de las enormes fortunas que se hicieron cuando la carestía del carbon llegó á mayor altura, puede decirse que fueron amasadas con la contribucion forzosa pagada por la gente más pobre del país. El consumo anual de carbon para usos domésticos se calcula en Inglaterra en 20 millones de toneladas; por consiguiente, cuando su precio sube á 13 chelines y 6 dineros, el pueblo inglés tiene que pagar cada año 1.350 millones de reales más por el car-

bon que emplea con aquel objeto; esto es, se le impone un impuesto extraordinario que asciende nada ménos que á la mitad de lo que importan los intereses de la Deuda nacional. Pero esa contribucion, onerosa y todo como es, representa solamente una porcion de la pesada carga que echa sobre el país el alza en el precio del carbon. Esta subida tiene inmediatamente que producir la de los artículos en cuya fabricacion entra aquel. Se ha calculado que son necesarias unas dos toneladas y media de este combustible para fundir una de hierro; por consiguiente, si el coste del carbon sube una libra, 13 chelines y 9 dineros, ha de haber por necesidad un aumento correspondiente en el precio del hierro. Por tanto, todo el que necesite adquirir un artículo de dicho metal tendrá que pagar mucho más por él. Los fabricantes y los agricultores encontrarán que la maquinaria y los instrumentos de trabajo han encarecido grandemente; costará más mantener en accion una máquina de vapor, y para que los fabricantes puedan obtener la compensacion por estas nuevas cargas, será necesario que suba el precio de los artículos que producen. Uno de los resultados de la actual paralización industrial ha sido el descenso del precio del carbon al nivel que antes tenia; así que el

país se ha visto libre de una pesadísima carga. La ventaja que esto ha producido para la generalidad del pueblo, debe estimarse como una no despreciable compensacion por las pérdidas que indudablemente han tenido determinadas clases á consecuencia de esa postracion. Conviene contemplar el asunto desde este punto de vista, á fin de calmar los temores de los que parecen alarmados pensando que la depresion industrial que estamos sufriendo no ha producido todavia todos sus efectos ni ha ejercido toda su influencia en la condicion general del país.

Mientras ha subsistido esta paralizacion, que lleva ya cuatro años, no solamente no ha habido disminucion en la demanda de artículos de consumo general, sino que hay otras indicaciones más concluyentes de que la actual postracion industrial, no obstante haber afectado tanto á determinadas clases y localidades, no ha producido en la condicion del país todo un efecto tan grande como se suele suponer. Hasta hace muy poco, ese abatimiento ha ido acompañado de un descenso notable en el pauperismo, y aunque, durante el año actual (1878), ha crecido éste, ahora mismo, sin embargo, el número de pobres es mucho menor que el que habia en aquellos en que, segun se dice, el país disfrutó de una inusitada prosperi-

dad. Así resulta de la tabla que sigue en la que están incluidas todas las personas, fuera de los vagos, que recibieron socorro en las parroquias en Inglaterra y en el país de Gales desde 1.^o de Enero de cada año.

1871.....	1.081.926
1872.....	977.664
1873.....	890.372
1874.....	829.281
1875.....	815.587
1876.....	749.593
1877.....	728.350
1878.....	742.703 (1)

Un descenso semejante ha tenido lugar durante los mismos años en Escocia é Irlanda.

La notable disminucion en el número de pobres que resulta de esas cifras, es sin duda debida en parte á mejoras introducidas en este ramo de la administracion. En los últimos años ha habido una creciente tendencia á restringir los socorros á domicilio, y el descenso del pauperismo ha tenido lugar casi por entero en virtud de una reduccion en el número de pobres de esta clase. Pero, concediendo todo lo que se debe conceder á esta circunstancia, no deja de ser muy signifi-

(1) De las últimas cifras resulta que el aumento en el número de pobres entre Setiembre de 1877 é igual mes de 1878, ascendió tan solo á 1,8 por 100.

cativo el que durante un período de gran postracion industrial haya estado declinando casi constantemente el pauperismo.

Otros hechos pueden aducirse que indican con claridad que esa depresion, aunque muy sentida en ciertas localidades, no ha producido tan gran efecto como suele suponerse en la condicion general del país. En un período en que la miseria se extendiera por todo el país, habria inevitablemente una disminucion en las cantidades depositadas en las Cajas de ahorro, á la vez que un considerable aumento en las retiradas de los mismos. Si tomamos el año de 1873 como uno de los de mayor actividad industrial, y lo comparamos con el de 1877, que lo fué de grande postracion, encontramos que en este último el total de imposiciones hechas en las Cajas de ahorro ascendió á 1.937.300.900 reales, cantidad que excede á la depositada en 1873 nada ménos que en 215.103.300 reales. La suma retirada en 1877 supera á la de 1873 en una cantidad casi equivalente al aumento en las imposiciones. El considerable crecimiento en las devoluciones muestra sin duda alguna que ha habido una grande miseria en determinadas comarcas, pero el que en compensacion han tenido los depósitos prueba que la capacidad de ahorrar del pueblo en general no ha

sufrido detrimento, y que la pérdida sufrida por las clases obreras en ciertas localidades ha ido acompañada por una mejora en su condicion en otras.

Los productos de los caminos de hierro, por lo que hace al tráfico, suministran otra prueba de que la inactividad en algunas ramas de la industria ha producido en la condicion general del país mucho ménos efecto del que se cree por lo comun. De las quejas que constantemente se dejan oír á propósito de la paralización de los negocios, pudiera muy bien deducirse que habia habido un grave descenso en esos productos, y sin embargo no ha sido así, sino que, por el contrario, comparando tambien los años de 1873 y 1877, resulta que en el último el número de millas de ferro-carril abiertas en Inglaterra ha aumentado y que los ingresos por milla han subido de 413.900 reales á 421.500.

Estos hechos que acabamos de recordar no los presentamos con el propósito de demostrar que la depresion industrial no sea desventajosa para un pueblo, sino que nos proponemos tan solo indicar que por lo comun se calcula de un modo exagerado el beneficio que reporta á una Nacion el que determinadas ramas de la industria disfruten una prosperidad excepcional. Una gran parte de la

nueva riqueza que parece crearse cuando alguna de éstas muestra una actividad inusitada, realmente no representa aumento alguno en la riqueza total de la Nacion, sino que es tan solo un mero traspaso de la misma, del público en general, á una clase especial; los ménos se enriquecen á costa de los más. Por ejemplo, porque ahora se diga que la industria carbonera está en una condicion deplorable, seria completamente erróneo concluir de ahí que ha disminuido grandemente la produccion de carbon y que se consume ménos que antes, puesto que muy al contrario aquella ha aumentado. En 1873, año en que los precios llegaron á su máximum, se vendieron 127.016.747 toneladas del mismo; y en 1876 (1), año de gran paralización, 133.344.766. Durante estos tres años ha habido sin duda alguna una gran baja en los provechos de los empresarios y una tambien muy considerable en los salarios de los obreros; pero, de otro lado, los consumidores de carbon, esto es, la Nacion entera, gozaron de la gran ventaja de pagar 13 ó 14 chelines ménos por cada tonelada que adquirian. La comunidad ha sido realmente liberada de una onerosísima carga que repre-

(1) Este es el último año comprendido en el *Statistical Abstracts* de 1878.

senta muchos millones anuales. Por tanto, aun cuando los mineros y los trabajadores no lo pasasen tan bien como antes y tuviesen por lo mismo que reducir sus gastos, como lo que ha sido pérdida para ellos ha sido en gran parte ganancia para el resto del país, no ha habido motivo para que disminuyera la cantidad que éste puede invertir en artículos de consumo general. Esto sin duda muestra una de las razones de que, como más arriba queda dicho, el consumo de aquellos no haya decrecido y de que mientras ha continuado la actual paralización, nuestro comercio de importación se haya mantenido sin detrimento.

Las observaciones hechas respecto de la industria carbonera, pueden aplicarse á otras muchas. La baja en los precios se ha hecho general, y en todos los casos en que eso ha sucedido, es evidente que, como acontecia con el carbon, una porcion considerable de lo que pierde el productor lo gana el consumidor. Sin duda alguna que es una gran desventaja para fabricantes y operarios el que los tejidos de lana y algodón no se vendan tan caros como antes; pero al mismo tiempo no debe perderse de vista que el poder comprarlos más baratos es una gran ventaja para todos los que desean adquirir esos artículos. Cuan-

do se discute el efecto que produce en un país la condicion de la industria en un momento dado, por lo general se pone toda la atencion en los intereses del productor, y de los del consumidor se hace, casi por completo, caso omiso. La subida en los precios, que tiene lugar en un período de gran actividad, causa un grave daño á aquella clase numerosa cuyos recursos ordinarios están determinados en una suma de dinero. El rentista, el tenedor de Deuda del Estado, la persona que recibe un salario fijo, los muchos cuyos jornales no varían á compás con el estado de la industria, todos estos padecen muchísimo cuando los precios suben de un modo anormal en un período de extraordinaria actividad económica; pues como sus rentas y sus ganancias continúan siendo las mismas, á la vez que han encarecido todas las cosas que necesitan, no reciben compensacion alguna por la pérdida que de este modo se les ocasiona. Como se encuentran con que sus recursos van perdiendo más y más su capacidad adquisitiva, no es una ventaja para ellos el oír que ciertas personas, quizás los afortunados propietarios de un monopolio mineral, están enriqueciéndose con una rapidez sin ejemplo.

Si se comparan los precios de los artículos de consumo general en Inglaterra en los años de

1873 y 1878, se verá desde luego que ha habido una baja suficiente para producir una no despreciable reduccion en el coste de los artículos de primera necesidad. Se ha calculado, que el mantenimiento de la familia de un artesano cuesta, por término medio, de 7 á 8 por 100 ménos que hace cinco años (1). Resulta, por tanto, que todos aquellos que dependen de recursos consistentes en una cantidad fija de moneda, ya sean producto de imposiciones de capital, sueldos ó salarios, están sin duda mejor que cuando la industria del país se hallaba en el apogeo de su actividad y cuando se decia que la Nacion disfrutaba de una prosperidad antes nunca conocida. Las personas en cuestion constituyen una parte numerosa é importante de la comunidad, y el aumento que por este medio ha venido á darse virtualmente á sus recursos, los capacita para adquirir en mayor cantidad artículos de consumo general, produciéndose así en la demanda de éstos un aumento que puede contrabalancear la baja en el pedido de los mismos por parte de los empleados en las industrias á que alcanza en particular la paralización, y cuyos salarios han sido reducidos por lo mismo de un modo consi-

(1) Véase el *Economist*, 20 Abril, 1878.

derable. Debe tambien tenerse en cuenta, que esta baja en los precios de los artículos de consumo general, hace que la reduccion de los salarios sea ménos grave de lo que seria en otro caso.

No seria oportuno, discutiendo el asunto de la proteccion y del libre cambio, tratar de investigar todos los fenómenos económicos que acompañan á un período de postracion mercantil. Sin embargo, me ha parecido conveniente considerar los aspectos de la materia sobre que hemos llamado la atencion del lector, porque es importante mostrar si en épocas de depresion industrial los efectos de la misma son más graves en un país que ha adoptado la libertad de comercio, que en otro que mantenga el sistema proteccionista. En vista del temor que se ha manifestado algunas veces de que, por haber adoptado Inglaterra el libre-cambio durante 30 años, se inferirá grave daño á alguna rama de su industria, interesa hacer ver, que aun cuando los efectos de esta paralizacion se sienten más hondamente en los países proteccionistas que en los libre-cambistas, sin embargo, si en todos los pueblos estuviera el comercio libre de restricciones proteccionistas de un modo tan completo como lo está en Inglaterra, no por eso serian inevitables los períodos de depresion mercantil. La que alcanza

al presente á varias industrias puede considerarse como la natural consecuencia de la prosperidad de que gozaban hace pocos años. Tan cierto como es que la noche ha de seguir al día y el invierno al verano, lo es que á una época de desarrollo excepcional ha de suceder otra de una depresion correspondiente. Los elevadísimos provechos realizados por los mineros y por los fabricantes de hierro hace cinco años han producido, sin duda alguna, la baja del tipo de los que al presente produce el capital empleado en esas industrias. Siempre que un negocio cualquiera se hace excepcionalmente productivo, la gente trata con empeño de participar de las ventajas que ofrece; una suma de capital siempre creciente se precipita hácia él, se abren nuevas minas ó se edifican nuevas fábricas, y los medios de producir se acrecientan grandemente. Si la demanda que fué causa originaria de esta actividad excepcional, no se mantiene de un modo permanente, los interesados en el negocio están en posicion de disponer de existencias bastantes para responder á un gran aumento en el consumo, precisamente cuando hay una disminucion en la demanda, ó cuando no hay en ella una subida correspondiente á aquella mayor produccion. La consecuencia inevitable de esto es el rápido des-

censo de los precios y la disminucion en los provechos y los salarios, como ha sucedido en todas aquellas industrias que eran las más prósperas hace pocos años.

Hemos visto más arriba que la cantidad de carbon mineral que se arranca, y tambien la del que se consume al presente en Inglaterra, son mayores que cinco años atrás, cuando el precio de aquel era excepcionalmente alto. Esta subida en su valor y los grandes provechos que entonces se realizaron, fueron causa de que se abrieran muchas minas nuevas y de que se ensanchara la explotacion en las existentes; así que cada año se extrae una cantidad de carbon más y más crecida. Pero como las causas que determinaron aquella demanda excepcional de 1873 han dejado de obrar, el exceso de carbon que ahora se arranca, no puede venderse sino reduciendo considerablemente su precio. Salvo cuando una industria se paraliza á consecuencia de una baja constante en la demanda, ó ésta se satisface acudiendo á mercados más baratos, es indudablemente cierto que la depresion no puede continuar de un modo permanente. Cuando los provechos son excepcionalmente bajos, hay el mismo motivo para estrechar un negocio que el que hay para ensancharlo cuando aquellos

son excepcionalmente altos. En el estado actual de la industria carbonera, pocas serán las nuevas minas que se abran en sustitucion de las que van gradualmente agotándose; las existencias disminuirán, por tanto; habrá en los precios una tendencia al alza, y un repentino aumento en la demanda puede producir otra vez una subida tan señalada como la que tuvo lugar hace cinco años, sucediéndose así la prosperidad y la depresion en ciclos regulares. Puede citarse, como ejemplo de esto, el haber, en los últimos cincuenta años, pasado la industria algodонера de Inglaterra por cinco períodos de bienandanza, cada uno de los cuales ha sido seguido por otro de paralización. Los grandes rendimientos que obtienen el capital y el trabajo en épocas de prosperidad, deben considerarse como excepcionales; capitalistas y obreros no deben nunca echar en olvido que la fuerza niveladora de la competencia está siempre obrando para impedir que los interesados en cualquiera industria particular alcancen provechos y salarios anormales por lo elevados. Por consiguiente, una parte de la remuneracion que obtienen el capital y el trabajo en tiempos de actividad excépcional, debe mirarse como una reserva para compensar á empresarios y á obreros la reduccion en los provechos y en los sa-

larios que inevitablemente habrá de seguirse.

No hay, por tanto, nada, en cuanto se relaciona con la actual paralización industrial en Inglaterra, que conduzca á la conclusion de que habrá de continuar de un modo permanente, ni hay ciertamente motivo para suponer que sus efectos se suavizarían en lo más mínimo con la adopción de la política de restricciones mercantiles. Hemos mostrado con los datos estadísticos referentes al pauperismo y á otros hechos, que esa depresión ha ejercido en la condición general del país mucho ménos efecto que el que generalmente se supone. Probablemente, ninguna circunstancia ha contribuido tanto á hacer posible que el pueblo atravesara estos malos tiempos, como la reducción que en lo que cuesta el vivir ha resultado de la baja en los precios de muchos artículos de consumo general. Cuando uno de éstos se abarata, la pérdida del productor puede considerarse compensada con la ganancia del consumidor. Bajo el régimen proteccionista, sin embargo, no hay posibilidad de que entre en juego semejante influencia á fin de neutralizar los efectos de la paralización industrial, sino que sucede precisamente todo lo contrario, puesto que, al aumentar el precio de varios artículos por virtud de la imposición de derechos protectores,

la vida se hace más cara y el consumidor, en general, se ve obligado á pagar así una contribucion en beneficio del productor. En los Estados-Unidos está gravada la importacion de nada ménos que 2.000 artículos diferentes, mientras que en Inglaterra tienen todos libre entrada en sus puertos, con la excepcion de siete ú ocho. Por esto ha sucedido que al mismo tiempo que ha habido una reduccion en el coste del vivir en Inglaterra, en los Estados-Unidos ha aumentado tanto á causa de la proteccion, que los obreros americanos, con un salario más alto, apenas si lo pasan tan bien como los ingleses con uno más bajo; y así, muchos abandonan á América para volver á Europa.

De todos estos hechos, que son los mejores para mostrar la condicion general de un país, puede concluirse que la actual postracion industrial se ha sentido más vivamente en Norte-América que en la Gran Bretaña. Mientras ha durado, ha habido en Inglaterra un descenso casi continuo en el número de pobres; el pueblo adquiere una cantidad mayor de artículos de consumo general; los productos de los ferro-carriles continúan como antes, y las sumas depositadas en las Cajas de ahorro han subido. En los Estados-Unidos, por el contrario, ha habido durante el

mismo período un constante aumento en el pauperismo. Así, en el Estado de Massachussetts el número de vagabundos ha crecido tanto, que el de los socorridos, que en 1873 fué de 43.000, en 1876 ascendió nada ménos que á 148.000. Mientras que los productos de los ferro-carriles ingleses se han sostenido, los americanos han experimentado pérdidas tan desastrosas, que en 1876 y 1877 nada ménos que 84, cuyas líneas recorren 7.721 millas (1), fueron vendidos judicialmente. La depresion industrial ha producido en los Estados-Unidos una miseria tal, que las disputas por el trabajo han inducido á los obreros á formular pretensiones socialistas de un género que durante muchos años apenas se han oido otras semejantes en Inglaterra. Como el pueblo americano ha sido acostumbrado durante largo tiempo por el sistema proteccionista á solicitar la ayuda del Estado para su industria, es natural que le pida tambien auxilio en tiempos de paralización mercantil, y los obreros americanos que no tienen trabajo, formulan ahora la exigencia, que puede revestir un grave desenvolvimiento de carácter comunista, de que las auto-

(1) Véase el documento leído por Mr. A. J. Mundella, miembro del Parlamento, ante la Sociedad de Estadística de Lóndres, el 19 de Febrero de 1878.

ridades municipales deben facilitarlos á todos los que lo soliciten.

En una exposicion dirigida al Senado y á la Cámara de Diputados por algunos de los principales comerciantes y fabricantes de los Estados-Unidos en favor del libre-cambio, se afirma que hay actualmente entre las clases obreras de aquel país una *indecible miseria*. En ella se leen tambien estas palabras: «El pauperismo y el crimen crecen diariamente en nuestra pátria; hábiles operarios cruzan en vano por todo el país buscando un medio de vivir, y no faltan casos en que nuestros mejores obreros se han visto obligados á abandonar nuestras costas para aceptar *pobres salarios* en otros países... El trabajo de un dia en Inglaterra produce de un 25 á un 30 por 100 más que en los Estados-Unidos.»

La exactitud de esta descripcion creo yo que no será puesta en duda por nadie. Cuando se recuerda que los incomparables recursos naturales que posee aquel país debian hacerle el más próspero del mundo, aparece claro y manifiesto que el mantenimiento de un sistema grandemente protector paraliza los esfuerzos que hace el pueblo para vencer las dificultades que surgen en estos períodos de postracion y que al parecer van inseparablemente unidos al régimen industrial de

todo país en que el capital y el trabajo compiten activamente buscando un empleo provechoso.

Para mostrar los efectos producidos respectivamente en los países libre-cambistas y protectionistas en tiempos de paralización industrial, se puede comparar á Inglaterra, no solo con los Estados-Unidos, sino tambien con Alemania, Rusia y otros pueblos que mantienen todavia la política restrictiva en materia de comercio. Sin embargo, me ha movido á cotejar la actual condicion de nuestro país con la República norte-americana, porque en Rusia y Alemania, por ejemplo, hay otras circunstancias, independientes de los aranceles, que afectan esencialmente al estado de la industria de esos países en nuestros dias. Rusia acaba de tener que soportar el peso de una costosa guerra, y no puede ponerse en duda que el sistema militar vigente en Alemania y en algunos otros pueblos del continente ejerce un influjo grandísimo en su régimen económico. No solamente están sus recursos gravados con los pesados impuestos que son necesarios para mantener ejércitos tan enormes, sino que se les ocasiona una pérdida más grave á causa del reclutamiento que priva á las empresas industriales de una gran parte de su poblacion, precisamente en aquel periodo de la vida en que los llamados á empuñar

las armas podian prestar á la Nacion valiosísimos servicios con su propio trabajo, y los cuales tienen que consagrarse á aprender el ejercicio y las maniobras militares en la época mejor para adquirir habilidad en algun oficio. Apenas es posible calcular las pérdidas directas é indirectas que con esto se causan á una comunidad. Tomando los últimos datos que conocemos (1), resulta que los ejércitos de las cinco principales Potencias de Europa tienen en pié de paz la fuerza que se expresa á continuacion:

Alemania.....	419.000
Austria.....	267.000
Rusia....	768.000
Francia.....	430.000
Italia.....	199.000
	<hr/>
	2.083.000

Estas cinco Potencias, por tanto, tienen que soportar, aun en tiempo de paz, la enorme carga que lleva consigo el mantener más de dos millones de hombres sobre las armas. No solamente tienen que satisfacer el coste directo de su sustento, sino que se ven privadas sus industrias de este inmenso número de personas cuando son más útiles. Y todavía, para formar una idea adecuada de la pérdida que experimentan estos países á

(1) Véase *Statesman Year Book*, 1878.

causa de esa rivalidad en los armamentos militares que se inauguró al advenimiento del segundo imperio en Francia, es necesario tener presente, que una gran parte de la poblacion, en general, tiene que emplear algunos de los mejores años de su vida en el aprendizaje militar; y que estos ejércitos que son tan inmensos en tiempo de paz, pueden ser inmediatamente triplicados y cuadruplicados si se decide ponerlos en pié de guerra. Ahora bien, dados estos hechos, me parece que no estaria en su lugar comparar la actual condicion industrial de Alemania con la de Inglaterra y atribuir la mayor postracion, que se observa al presente en la primera, á la política proteccionista que con tanto celo mantiene. Seria fácil mostrar que la depresion de su comercio y la miseria que se extiende y prevalece entre sus obreros, las agrava de un modo esencialísimo, como sucede en los Estados-Unidos, ese sistema de restricciones comerciales á que con tanta tenacidad se ha aferrado; pero no puede negarse que esa miseria y esa depresion son debidas, tanto por lo ménos como á esa causa, á la perpétua pesadilla que es para el desenvolvimiento industrial un sistema militar como el que existe en Alemania y en otros países del continente.

CAPÍTULO VI.

TRATADOS DE COMERCIO.

La oposicion que en nuestros dias se hace á la celebracion de tratados de comercio ha sorprendido y contrariado, sin duda alguna, á los partidarios del libre-cambio. Cuando se negoció el de Francia con Inglaterra, se anticipó con grande confianza que por virtud de conciertos como ese se iba á dar un poderoso estímulo al progreso de la libertad de comercio. Aunque el tratado anglo-francés ha sido beneficioso para la industria de ambos pueblos, mucho más aún de lo que se esperaba, sin embargo, la oposicion á aquel se ha acentuado tanto en Francia, que su renovacion parece ahora por demás dudosa. Una hostilidad semejante á esos convenios ha surgido en otros países, y no puede negarse que la negociacion de los mismos tropezará al presente con dificultades mucho más formidables que las que hubo necesidad de vencer hace pocos años. Importa, por tanto, investigar cómo ha tenido lugar este cambio en la opinion, y si es debido á cau-

sas que deban hacer que Inglaterra vacile ni lo más mínimo acerca de la política de la completa libertad de comercio por ella adoptada.

En un período de paralización industrial, cualquiera circunstancia que esté íntimamente relacionada con el comercio de un país, será señalada, de seguro, como una de las causas principales que han producido aquella. En los Estados-Unidos, el malestar mercantil está dando lugar á que muchos, que en un tiempo tenían una fe implícita en la protección, duden de su eficacia; y en Inglaterra, donde en épocas de prosperidad alcanzaba el libre-cambio una aprobacion unánime, hoy, no sin frecuencia, se manifiesta la opinion de que hemos llevado á cabo la política de libertad comercial demasiado lejos y con sobrada precipitacion. Francia no se ha librado de la depresion industrial que existe en otros países, y siempre que una industria, que ha sido afectada por el tratado anglo-francés, padece por aquella causa, los interesados en ella se apresuran á pedir que se denuncie éste. La oposicion, por tanto, que hoy se hace á la renovacion y negociacion de los tratados de comercio, es, sin duda alguna, debida en parte á esa postracion general. Debe tenerse tambien presente que el cambio en las relaciones comerciales, por grandes que sean las ventajas que

produzca para la comunidad toda, raras veces puede verificarse sin causar pérdidas á determinadas clases. Del beneficio que se desparrama por todo el resto de la Nacion se habla muy poco; la generalidad puede ganar al encontrarse con que algunos artículos de consumo general han bajado de precio, pero se acepta este presente sin reconocer ó sin tomarse el trabajo de averiguar la fuente de donde procede; y así, los más, que son los beneficiados, callan, y los ménos, que son los perjudicados, se quejan sin cesar y á voz en grito. Entre el año de 1858, el anterior á la negociacion del tratado anglo-francés, y el de 1876, lo importado por Francia en Inglaterra ha subido de 1.327 millones de reales á 4.120, y lo exportado por ésta á aquella, de 924 millones á 2.600. Este grande aumento en el comercio entre ambos países muestra que los franceses y los ingleses obtienen, respectivamente unos de otros, una mayor cantidad de artículos que no podrian obtenerse en modo alguno, si no fuera posible importarlos con una economía con que no pueden producirse en el país en que se introducen. Al abrir de esta suerte sus mercados ingleses y franceses, pudo, sin duda alguna, haber sucedido que la demanda de un artículo dado bajase á consecuencia de haber disminuido la de-

manda del mismo en el interior. Así, por ejemplo, en 1858 el valor de la seda y los tejidos de la misma importados de Francia en Inglaterra, ascendió tan solo á 230 millones de reales, y en 1875 fué de 980. Aunque resulta de estos datos que los ingleses adquirieron más seda francesa que antes, no se sigue de ahí inevitablemente que se han fabricado ménos artículos de seda en Inglaterra. La demanda de una mercancía puede crecer de tal modo dentro y fuera del país, que sea posible el que una mayor importacion vaya acompañada de un aumento considerable en la produccion nacional. Así, el valor de las telas de lana y de estambre importadas en Francia en 1859, inmediatamente antes de la celebracion del tratado, era de 10 millones de reales, y el valor de las exportadas en el mismo año ascendia á 700; resultando, por tanto, un exceso de 690. Mientras el tratado ha estado vigente, durante diez y seis años, la importacion de esos artículos en Francia ha subido nada ménos que á 370 millones de reales; pero al mismo tiempo la exportacion se ha elevado á 1.400 millones. Resulta, por lo mismo, que aun cuando los fabricantes de tejidos de lana son los que más se quejan del daño que les ha causado la creciente introduccion de esa mercancía en Francia por Inglaterra, precisamente á la

vez que ha tenido lugar ese aumento en la importacion, la fabricacion de tejidos de lana se ha desenvuelto en aquel país de un modo notable, puesto que los datos que acabamos de aducir muestran que mientras ha estado en vigor el tratado, si la importacion de esos artículos ha subido 360 millones, ha ido acompañada de un aumento en la exportacion de nada ménos que 700 millones. Por tanto, lo que ha crecido la exportacion excede casi en un 100 por 100 á lo que ha subido la importacion. De estos hechos se olvidan siempre los proteccionistas franceses que se oponen á la renovacion del tratado. Constantemente hablan de la mayor cantidad de artículos fabriles importados en su país por Inglaterra, como si cada fardo de tejidos de lana ó algodón enviado por ésta implicase por necesidad una merma correspondiente en la fabricacion de los mismos en Francia. La paralizacion de su industria lanera no puede ser producida por la importacion, puesto que ha tenido una subida tan extraordinaria la exportacion de esos tejidos. Ese abatimiento es, sin duda alguna, debido á causas análogas á las que lo han producido en Inglaterra y en otros países; representa simplemente una de esas vicisitudes ó reacciones á que están sujetas todas las industrias.

La oposicion que ha surgido en Francia contra la renovacion del tratado comercial con Inglaterra, ha sido favorecida por otra circunstancia, sobre la cual conviene llamar la atencion, porque suministra un ejemplo instructivo de la influencia que los sofismas económicos, que se suponen, por lo general, deshechos de antiguo, pueden ejercer todavia en la opinion pública. No hay un punto en que se haya hecho más hincapié por las Juntas de comercio de Francia. que más se han distinguido por su oposicion al tratado, como en el cambio que ha tenido lugar últimamente en la suma respectiva de las importaciones y de las exportaciones de aquel país, puesto que en algunos de los años anteriores á 1876 éstas superaron á aquellas, siendo el término medio del exceso en cada año unos 900 millones de reales, mientras que en 1876 sucedió todo lo contrario, excediendo el valor de los productos importados al de los exportados en 1.600 millones. Este cambio en la condicion del comercio francés ha producido, al parecer, una gran alarma; se ha mostrado un vivísimo temor de que el país está agotando sus recursos, y se acusa enérgicamente al tratado anglo-francés por considerarle causa de esta *desfavorable balanza de comercio*. De los datos estadísticos de un solo año no pueden deducirse

conclusiones fundadas respecto de la situación industrial de un pueblo. Este exceso de las importaciones sobre las exportaciones en Francia puede ser debido á circunstancias accidentales y transitorias; pero si continuara hasta constituir un carácter permanente del comercio francés del mismo modo que lo es del de Inglaterra, lo que de aquí se seguiria, como hemos mostrado en el último capítulo, es que habia habido un notable adelanto en la condicion de ese país, puesto que, al paso que antes era él deudor al extranjero, hasta tal punto que tenia que enviar á éste cada año una considerable suma de productos para saldar su deuda, ahora esos países de tal modo se habian hecho deudores de Francia y la riqueza de ésta habia realmente aumentado tanto, que, además de recibir el pago correspondiente por las mercancías que exporta, se le debe anualmente un sobrante que asciende á muchos millones.

Dados los muchos y diferentes puntos de vista desde los que se resiste la renovacion del tratado, no es improbable que fracase el intento de negociar otro entre Francia y la Gran Bretaña. Si esto sucediera, es indudable que muchos de nuestros compatriotas pensarian que Inglaterra deberia apartarse de la política que ha seguido hasta aquí, y tomar alguna medida para

defender sus propios intereses y no continuar por más tiempo, como se ha dicho muchas veces, «dándolo todo á los extranjeros y no obteniendo de ellos nada en cambio.» Si Francia, al rehusar la renovacion del tratado, aumentase los derechos que gravaban antes á los productos ingleses y que se rebajaron cuando aquel se negoció, sostienen algunos que Inglaterra debia á su vez imponer unos más onerosos á los artículos que importa de Francia. Esta política de represalias ha sido recomendada ya por muchas Juntas de comercio. Es indudable que, en medio de tales circunstancias, nuestro país tiene derecho á gravar más los productos franceses; pero la cuestion que importa resolver es, no si eso seria justo, sino si seria conveniente para Inglaterra el seguir por ese camino.

No puede negarse que una Nacion que se ha atemperado á la política del libre-cambio sin cortapisas ni excepciones, no se encuentra en una posicion favorable para ejercer presion sobre otro pueblo á fin de que acepte un tratado comercial. Si en Inglaterra se creyera que sacariamos alguna ventaja de imponer derechos protectores, entonces nos seria dado procurarnos por este medio una compensacion por el daño que Francia pudiera causar á nuestra industria con

el aumento de derechos sobre los artículos ingleses. Un país proteccionista es óbvio que se encuentra en una posición mucho mejor para negociar un tratado, que no uno que ha adoptado la completa libertad de comercio. Francia sabe, por ejemplo, que puede subir todos los derechos de importación hasta el nivel que tenían antes de ser reducidos á consecuencia del tratado, sin correr el riesgo de que Inglaterra, para tomar represalias, pudiera apartarse de los principios del libre-cambio é imponer sobre los productos franceses derechos protectores. Los señalados por la tarifa de los Estados-Unidos son mucho más altos que los que se exigían en Francia antes del tratado, y, sin embargo, como en otro lugar queda explicado, somos absolutamente impotentes para tomar el desquite por el gravísimo perjuicio que sus aranceles hacen á la industria inglesa, porque lo que hiciéramos repercutiría sobre nosotros produciendo desastrosos efectos. Sería posible, imponiendo elevados derechos protectores á algunos de los artículos que se importan en más cantidad en Inglaterra de los Estados-Unidos, hacer sentir al pueblo norte-americano una pérdida semejante á la que nos causa á nosotros con el mantenimiento de su tarifa proteccionista. Como más de las tres quintas partes de las expor-

taciones de aquel país vienen á Inglaterra, la industria americana experimentaria un gravísimo daño, si quedara excluida de los mercados ingleses por virtud de un sistema de proteccion análogo al que ellos emplean para impedir á los demás países el libre acceso á los suyos. Pero por grave que fuera ese perjuicio para los Estados-Unidos, es insignificante comparado con las desastrosas consecuencias que se producirian para Inglaterra, si impusiéramos derechos protectores con el fin de estorbar la importacion de productos americanos. Hemos demostrado claramente con la estadística industrial de aquel país, que para tomar represalias de él con algun resultado, seria necesario gravar, ó artículos de general consumo, ó productos que son primeras materias de las ramas más importantes de nuestra industria fabril. Al encarecer de este modo el alimento del pueblo, nos causaríamos á nosotros mismos, considerados como Nacion, una pérdida y un daño, en comparacion de los cuales la desventaja que resultaria para América de la baja en su comercio de exportacion, seria poca cosa. Asimismo, al producir de un modo artificial el alza en los precios del algodón y de otros productos que constituyen las primeras materias de algunas de nuestras principales indus-

trias, hasta la existencia de éstas correria peligro.

Quizás se diga, sin embargo, que la industria americana está en una posicion excepcional, y que en lo que adquirimos de otros países no tienen esa importancia las sustancias alimenticias y las primeras materias. Inglaterra importa en cantidad considerable de Francia artículos fabriles, tales como los tejidos de seda, de algodón y de lana; y como muchos de ellos entran en competencia directa con los productos de la industria inglesa, puede suponerse, que aunque estamos incapacitados por la naturaleza de nuestro comercio con la República norte-americana para emplear una política de represalias respecto de ella, podríamos, sin embargo, con ventaja imponer derechos á las manufacturas francesas, si Francia, negándose á renovar el tratado de comercio, sujeta á la industria inglesa á nuevas restricciones. Este pensamiento ha encontrado ya gran apoyo de parte de varias Juntas de comercio y se ha enunciado la idea de que si aquel no se renueva, se pedirá al Gobierno inglés que grave la introduccion de la sedería y de otros artículos de fabricacion francesa. Importa, por lo mismo, considerar cuál seria el resultado de seguir esa política.

El valor de la sedería que importa anualmen-

te Inglaterra de Francia, es de unos 600 millones de reales, cantidad que se reduciría sin duda alguna de un modo considerable si se impusiera á la entrada de ese artículo un 10 por 100. Supongamos que se establece éste con carácter general alcanzando á todos los artículos de seda, cualquiera que sea el país de que procedan. Si se tratara de limitarlo á la sedería francesa, el único efecto que esto produciría sería malograr por completo el fin con que se imponía el derecho, puesto que los fabricantes de aquel país enviarían sus sedas primero á otro para que de allí se exportaran á Inglaterra, introduciéndolas así en nuestros mercados libres de gravámen. Si éste se extendía á los artículos de seda procedentes de cualquiera pueblo, el precio de los mismos subiría en la Gran Bretaña algo más que el importe del derecho. El fabricante de fuera resultaría así colocado en una situación desventajosa, comparado con el nacional, en el mercado inglés; y el pueblo adquiriría una mayor cantidad de sedería inglesa y una menor de sedería extranjera. El precio de estos artículos, fuesen ó no de fabricación nacional, subiría. El alza en el de la extranjera bastaría para compensar al fabricante que nos la mandara por lo que tiene ahora que pagar al introducirla. El alza en el de la inglesa no po-

dria ser ventajosa de un modo permanente para los fabricantes ni para sus obreros, porque, segun hemos demostrado repetidas veces, la competencia así del capital como del trabajo, al buscar el empleo más productivo, impide la continuacion de un tipo anormal, por lo alto, de los provechos y salarios en una industria dada. Una suma creciente de capital y una mayor cantidad de trabajo buscarian colocacion en la industria de la sedería, pero cuando ésta hubiera descendido entrando en condiciones de regularidad, aquellos no alcanzarian mayores rendimientos en esta industria que en las otras. Por lo que hace á los intereses del consumidor, en cuanto son distintos de los del productor, es evidente que todo el que tuviera que adquirir un artículo de seda habria de pagar más por él. Este sobreprecio, sin embargo, no representa más que una parte de la pérdida que experimentaria. La sedería francesa no siempre se compra en Inglaterra á causa de su mayor baratura, sino que con frecuencia es preferida porque se la considera superior en color y en otros respectos. No tenemos para qué expresar aquí opinion alguna acerca de si esa preferencia es fundada, pero es óbvio que si se impusiera un derecho protector, los que desearan comprar artículos de seda de Francia, resultarian multados

porque los anteponian á los de fabricacion inglesa. De donde se sigue que, como acontece con todos los derechos que se imponen con el fin de proteger la industria nacional, la suma que ingresaria en las arcas del Tesoro, estaria muy lejos de representar las pérdidas y los perjuicios que se originan á la comunidad en general.

Pero todavia hay otra objecion más grave que oponer á la pretension de gravar la entrada de algun artículo de fabricacion francesa con la mira de castigar á nuestros vecinos por negarse á renovar el tratado de comercio, y es, que una vez adoptada semejante política, es imposible prever la extension con que puede desenvolverse. Quizás se diga, por ejemplo, que la seda es un artículo de lujo y que no seria una gran desgracia el que los que lo adquiriesen tuvieran que pagar por él un precio algo más alto. Si pudiéramos imponer un derecho á la sedería francesa y no pasar de ahí, es posible que fuera pequeño el daño que resultara; pero cualquiera industria de Inglaterra que sea perjudicada, ó que se suponga que lo es, por la competencia extranjera, pediria inmediatamente, á su vez, proteccion al Poder legislativo. Al primer fardo de tejidos de algodón que enviasse América á Inglaterra, cuando el fabricante de sedería hubiese logrado ya ser protegido, es se-

guro que todos los interesados en la industria algodonera en Lancashire pedirian para ésta una garantía semejante contra la concurrencia de fuera. Se dirigirian peticiones al Parlamento, se acercarian comisiones al Gobierno y se pondria en accion una suma tal de influencia política, que no habria probabilidad de resistirla con éxito. Es casi imposible para un país el apartarse, aunque sea poco, de los principios de la libertad de comercio sin hacer inevitable el dar un nuevo paso por ese camino. A cada uno que se dá en la senda de la proteccion, un ímpetu creciente arrastrará á un pueblo á desenvolver más y más la política de restricciones mercantiles.

Resultando, por tanto, impracticable el acudir á la imposicion de derechos á la importacion por vía de represalias, salvo que se esté resuelto á aplicar el sistema protector con una extension indefinida, no estará demás que consideremos si tendria mejor éxito el gravar, como se ha propuesto con frecuencia, la exportacion de alguno de los artículos que adquieren de nosotros aquellos países en cuyos mercados no tienen libre acceso las mercancías inglesas. Hay muchos, por ejemplo, que piensan que seria altamente ventajoso para Inglaterra imponer un derecho de esta clase sobre el carbon de piedra. Se supone que,

mediante él, podríamos obtener considerables recursos de los extranjeros, y se ha creído tambien que la posibilidad de elevar ese derecho podia tenerse á reserva como un arma que serviria para amenazar á las Naciones que tratasen de someter nuestro comercio á mayores restricciones. Así, se ha dicho que probablémente nada ejerceria un influjo tan poderoso, al efecto de evitar que los franceses aumentaran los derechos sobre las mercancías inglesas, como el que pudiéramos decirles que en el momento mismo en que hicieran eso, les obligaríamos á pagar un precio más alto por cada tonelada de carbon inglés que adquirieran. Puede, sin embargo, mostrarse fácilmente que pocas veces es posible, si es que lo es alguna, imponer un derecho de exportacion sin dar lugar á efectos y sin incurrir en riesgos que al hacerlo no se preven. Por ejemplo, cuando se discutió el tratado anglo-francés en el Parlamento británico, obtuvo grande apoyo la proposicion de imponer un derecho á la exportacion del carbon. Se creia entonces por muchos, que Inglaterra poseia tales ventajas en la produccion de aquel, que el gravar moderadamente su salida apenas afectaria á la demanda del mismo por el extranjero. Obligando así á éste á contribuir á aumentar los ingresos del Estado, al paso que

no se perjudicaba á ninguna de las ramas de nuestra propia industria, veríamos, se decia, compensada en parte la pérdida que nos causarían las restricciones puestas al comercio por otros países. Pues bien, lo que ahora está pasando muestra que si se hubiera establecido semejante derecho de exportacion, los extranjeros habrían cesado poco á poco de adquirir nuestro carbon, y lo habrían obtenido de otra parte. Así, actualmente cierta cantidad del de América se envia á Europa, y los norte-americanos han anunciado, con gran confianza, que en lo futuro podrán dar una gran extension á esta industria. Es posible, por lo mismo, concluir con certidumbre, que si la exportacion del carbon se hubiera gravado en Inglaterra con un derecho, pronto hubiéramos perdido por completo los mercados extranjeros para este artículo. En un período de postracion como el actual, el mantenimiento de ese derecho seria imposible. Ha habido una gran disminucion en los provechos de los dueños de las minas, sus obreros están padeciendo una gran miseria á consecuencia de la reduccion de salario á que tienen que someterse, y se habria comprendido que no podia haber motivo alguno que justificara el aumentar las dificultades ya existentes con la continuacion de un dere-

cho, que, además de no aumentar quizás en nada los ingresos del Estado, produciría el efecto de destruir la demanda de carbon inglés por el extranjero.

Objeciones igualmente graves pueden aducirse contra cualquiera proposicion de imponer derechos de exportacion por vía de represalias. Por ejemplo, algunos economistas de autoridad han sugerido la idea de que convendría hacerlo con la maquinaria inglesa con el objeto de favorecer á nuestros fabricantes. Varios de los países extranjeros, se dice, que limitan la importacion de nuestras mercancías por medio de sus aranceles protectores, emplean en gran cantidad máquinas de nuestro país para fabricar artículos que compiten con los productos de nuestra propia industria; así que venimos á suministrar las mismas armas con que somos derrotados. Pero si se hubiera creado ese derecho, habria dado lugar, como en el caso del carbon, á consecuencias que entonces no podian predecirse. Aunque á la sazón la maquinaria que los extranjeros adquirian, procedia principalmente de Inglaterra, no habia, sin embargo, nada que autorizara la conclusion de que esos países habian por fuerza de buscar en nuestro país las máquinas que no le suministraba su propia industria. No poseemos ni el mo-

nopolio del génio inventivo, ni tampoco el del hierro, del cobre y demás materiales con que aquellas se construyen. Los americanos tienen de lo primero tanto por lo ménos como nosotros, y disponiendo de recursos minerales inagotables, no hay razon para que la maquinaria que ellos fabrican no sea tan barata y tan buena como la de Inglaterra. Seria imposible, por lo tanto, gravar con derechos la exportacion de la inglesa sin dar lugar á que disminuyera grandemente el pedido de la misma por el extranjero, y vendríamos así á causar un grandísimo daño á una importante rama de la industria nacional, sin otro resultado que el de obligar á los fabricantes franceses, alemanes y americanos á adquirir las máquinas de sus compatriotas, ó, en vez de comprarlas en Inglaterra, importarlás de cualquiera otro país. Y sin embargo, esta baja en la demanda extranjera puede considerarse solo como una parte del daño que produciria la imposicion de ese derecho. Con la gradual disminucion de aquella, cesaria un importante estímulo del espíritu de empresa y de invencion. Nada es tan á propósito para mantener vivo el constante deseo de introducir todos los adelantos posibles en la maquinaria, como el saber que en los mercados extranjeros tenemos que luchar con la enérgica

y activa competencia de otros países. Podía también suceder, que si desfallecía la inventiva en Inglaterra, se sirvieran con más extension que hasta aquí de la maquinaria extranjera nuestros mismos fabricantes, por donde resultaría una doble desventaja, porque disminuiría la demanda, no solo en el exterior, sino también en el interior.

Resultando, por tanto, que no puede Inglaterra, á ménos de causarse á sí propia un grandísimo perjuicio, imponer derechos ni de importacion ni de exportacion con el fin de hacer presion sobre aquellos países que se niegan á celebrar tratados de comercio con ella, no faltará sin duda quien pregunte: ¿es que no debe hacerse nada? Se ha dicho, por ejemplo, repetidas veces, que no es racional que la Gran Bretaña prosiga en su política de pasiva indiferencia y continúe sosteniendo extrictamente los principios del libre-cambio, cuando sus proposiciones para la celebracion de tratados son rechazadas en todas partes, y cuando se le estorba el libre acceso á los mercados extranjeros por medio de onerosas restricciones. A la pregunta de qué debe hacerse en estas circunstancias, parece que nos vemos obligados de un modo irresistible á concluir, que por mucho que nos veamos incitados por un sentimiento de molestia y de contrariedad á tomar re-

presalias, no podemos en modo alguno seguir ese camino sin agravar grandemente, en vez de aminsonar, el daño que producen á nuestra industria los aranceles proteccionistas de otros países. Hemos demostrado que ya se impusieran derechos sobre las mercancías que importamos de ellos, ya sobre las que exportamos y que esos pueblos nos compran, Inglaterra no puede seguir la política de represalias sin comprometer gravemente sus propios intereses industriales. Nada daria más ánimos á los proteccionistas extranjeros como el que nos separáramos, por poco que fuera, de los principios del libre-cambio, hecho que saludarian ellos como un anuncio de que al fin y al cabo habíamos encontrado que era necesario garantizar nuestra industria contra los males de la competencia extranjera. Pero si estamos firmemente resueltos á no abandonar la política de la libertad comercial, por mucho que á ello se nos provoque, ocurrirán como otras veces sucesos que confiadamente podemos predecir que poco á poco irán produciendo hasta en los más decididos mantenedores del sistema protector la conviccion de que la política que mantenemos, además de ser justa para con los demás, es beneficiosa para nosotros mismos. Circunstancias relacionadas con la actual postracion industrial están dando,

sin duda alguna, una poderosa ayuda á la causa del libre-cambio. Mientras los tiempos fueron prósperos, la riqueza se acumuló en los Estados-Unidos con tal rapidez, que el pueblo americano apenas si podia esperarse de él que pusiera mucha atencion cuando se le decia que con la abolicion del proteccionismo su país se haria todavia más rico. Pero ahora que esta prosperidad ha desaparecido, aunque temporalmente, y que prevalece un grandísimo malestar, todas las causas que pueden haber aumentado esta depresion industrial, se estudian con ansiosa solicitud, y dudan de si es prudente mantener aranceles restrictivos muchos que recientemente eran sus más convencidos partidarios. Hace dos ó tres años, la proteccion parecia ocupar en los Estados-Unidos una posiccion mucho más inatacable que en ningun otro país. La relativa facilidad con que se ha atravesado en Inglaterra un período de postracion industrial, si se compara con las graves consecuencias que ha tenido para los Estados-Unidos, ha sido causa de que una parte no pequeña del pueblo americano mire con buenos ojos el libre-cambio, tanto, que no parece improbable que este vaya ganando terreno rápidamente en el país en que la proteccion ha tenido hasta aquí una posiccion más fuerte.

Para que se vea que tienen alguna compensacion los daños y perjuicios que podrian producirse si los franceses se niegan á renovar el tratado de comercio con Inglaterra, debemos recordar, que, no obstante ser grandes las ventajas que resultan de aquel, van acompañadas cuando ménos de una importante desventaja. Cuando dos países hacen ciertos pactos aduaneros que habrán de estar en vigor durante un número fijo de años, es evidente que en todo el período de su duracion queda por parte de ambos algo coartada la libertad de introducir modificaciones en sus aranceles. Así, se estipuló en el tratado anglo-francés, que solo se impondrian ciertos y determinados derechos sobre los vinos franceses que se importaran en Inglaterra. Pues bien, pudo haber ocurrido algún suceso, como, por ejemplo, una guerra costosa y prolongada, que hubiese quizás hecho necesario el que nuestro país se procurase ingresos extraordinarios por medio de un impuesto indirecto, lo cual lo habria impedido virtualmente en parte lo estipulado en el tratado, por lo que hace á las bebidas alcohólicas. Aunque resulta de la interpretacion que por lo comun se dá á los términos de aquel, que si se elevara el derecho sobre las de fabricacion nacional seria posible gravar con un aumento equi-

valente las importadas de Francia y de los demás países extranjeros, sin embargo, no nos habria sido dado imponer un derecho adicional á los vinos franceses, porque el tratado permite aumentar el gravámen sobre los productos de la Nacion vecina solamente cuando ese derecho adicional puede ser contrabalanceado por una correspondiente subida en la contribucion de consumos impuesta sobre el mismo artículo cuando es producido en Inglaterra. Los franceses se han quejado de que sus vinos, aun despues de estar en vigor el tratado, están más recargados que la cerveza inglesa, á lo cual hemos respondido nosotros afirmando que el vino francés no entra en competencia directa con la cerveza. El mismo argumento se habria empleado contra nosotros, si hubiéramos intentado, poniéndonos en aparente contradiccion con lo convenido en el tratado, aumentar la cantidad que pagan á su entrada los vinos franceses. Pero si se aumenta el derecho sobre la cerveza y las bebidas alcohólicas, mientras que aquellos continuaban siendo los mismos, se objetaria inmediatamente que éstas resultaban indebidamente gravadas, y no solamente los consumidores de estos artículos, sino tambien los agricultores, los cerveceros y los destiladores, podrian con razon argüir que iban á re-

sultar colocados en una situacion desventajosa y que los cultivadores de vino en Francia vendrian á ser protegidos á costa de los productores ingleses, si no se aumentaba la tarifa para aquellos.

Además, si se subieran los derechos sobre todos los vinos extranjeros, excepto los procedentes de Francia, todos los demás países productores de este caldo lo llevarian á mal, y es probable que tomaran represalias sometiendo el comercio inglés á restricciones especiales. En estos momentos corremos, al parecer, el riesgo de sentir los efectos de este espíritu de venganza á consecuencia del arreglo que hicimos con Francia sobre la entidad del derecho especial que habian de satisfacer sus vinos. Se ha alegado por España, que esto se ha hecho de modo y manera que muchos de sus vinos resultan colocados en una condicion desventajosa en el mercado inglés. La idea de que ha sido tratada por lo mismo injustamente, la ha inducido á imponer á varios de nuestros productos derechos más altos que los que pagan los mismos cuando proceden de otros países. Por el tratado anglo-francés se convino en que los vinos extranjeros importados en Inglaterra pagarian en proporcion de su fuerza alcohólica; si ésta no llega á 26 grados, un chelin por *galon*; si pasan de 26 hasta 42, 2 chelines y

6 dineros, y otros más elevados á los que exceden de ese límite. Pues bien, España dice, que el paso brusco del derecho de un chelin al de 2 chelines y 6 dineros produce para ella en particular una injusticia, porque, añade, la fuerza alcohólica de la mayoría de los vinos ligeros de Francia no llega á los 26 grados, y por tanto pueden importarse en Inglaterra pagando el *mínimum*, ó sea un chelin; mientras que muchísimos de los vinos, también ligeros, de España poseen una fuerza alcohólica que excede un poco de ese límite, y tienen que pagar el derecho, comparativamente alto, de 2 chelines y 6 dineros por galon, resultando así virtualmente excluidos del mercado inglés. No vamos á dar aquí nuestra opinion sobre la justicia de estas reclamaciones; pero la creencia de que son fundadas es tan general en España, que el Gobierno de aquel país se vió inducido el año último á hacer su presupuesto de un modo que el comercio inglés resultó puesto en condiciones especiales y desventajosas. Este suceso muestra cuánto importa á una Nacion que desea, de conformidad con los principios del libre-cambio, colocar las mercancías de todos los demás países sobre un pié de igualdad en los mercados nacionales, no admitir, para facilitar la negociacion de un tratado de comercio con un pueblo

dado, los productos de éste en condiciones excepcionalmente favorables.

Concluiremos este exámen de las causas que retardan al presente la celebracion de tratados de comercio, ocupándonos de una circunstancia que, segun algunos, no solo impide la aceptacion de aquellos, sino que además dá alientos á los mantenedores del sistema protector en el extranjero. Recientemente se ha dicho repetidas veces por muchos de los interesados en una de las más importantes industrias de Inglaterra, que en vano esperamos que otros países adopten los principios del libre-cambio, mientras sancionamos el mantenimiento de la proteccion en una comarca cuya Hacienda está bajo nuestra directa intervencion. Se ha pedido con mucha persistencia la abolicion, por el Parlamento inglés, del derecho de 5 por 100 que se paga por los artículos de algodón que se importan en la India, en razon de que en tanto se consienta este impuesto que tiene carácter protector, viene Inglaterra á dar una sancion nacional á ese sistema. Este asunto ha despertado recientemente la atencion de un modo extraordinario, porque en estos últimos años se han establecido allí muchas fábricas de tejidos de algodón en gran escala, y como algunas de las mercancías de este género que se introducen en la India, son

de la misma clase que las fabricadas por aquellas, es evidente que los fabricantes de Bombay disfrutaban de una proteccion de un 5 por 100 respecto de sus productos. Todas las objeciones económicas que pueden aducirse contra cualquiera derecho protector, claro es que tienen aplicacion á este caso particular. Por virtud de la imposicion de este derecho, sube el precio, no solamente de los artículos importados que lo pagan, sino tambien el de los fabricados en la India, por donde se viene á sacar á sus habitantes una suma que excede en mucho á los rendimientos que por aquel obtiene el Estado. Este impuesto, por tanto, como todos los que tienen un carácter protector, no puede ménos de condenarse sin vacilar, si se le considera bajo el punto de vista económico; pero el asunto, sin embargo, no puede contemplarse simplemente bajo este aspecto. No seria aquí del todo oportuno discutir el punto en su relacion con la política, pero es óbvio que la intervencion, que, por estimarla justa y conveniente, ejerce el Parlamento inglés en el sistema tributario de algunos territorios que de él dependen, envuelve consideraciones políticas de grandísima importancia. Apenas se concibe un error más trascendental que el que se cometeria imponiendo á un pueblo una contribucion sin tomar en cuen-

ta sus opiniones y sentimientos. El sistema de impuestos más equitativo que es posible imaginar para un país, puede ser completamente inconveniente en otro. Muchos hacendistas de gran autoridad que consideran que el impuesto sobre la renta (*income tax*) debe mantenerse permanentemente en Inglaterra, opinan que á consecuencia de los numerosos abusos que han ido inseparablemente asociados á la percepcion del mismo en la India, solo en caso de extrema necesidad pudiera justificarse su restablecimiento en aquella comarca. Al decidir si los derechos que hoy gravan la importacion de los artículos de algodón deben suprimirse inmediatamente, importa mucho tomar en cuenta la posicion peculiar y crítica de la Hacienda de aquel país. La casi generalidad de sus habitantes son tan pobres y viven con tal frugalidad, que si se exceptúa la sal, no hay allí artículo alguno de general consumo sobre el cual se pueda imponer una contribucion; y el derecho sobre aquella se ha extremado tanto, que es uno de los impuestos más onerosos que jamás se han exigido sobre un artículo de primera necesidad para la vida. No quedando, por tanto, artículo alguno de uso general que pueda ser gravado, es óbvio que las fuentes de ingresos son escasísimas en la India, porque apenas es necesario observar

que la contribucion más productiva es la que recae sobre algun artículo de uso universal, alcanzando por lo mismo á toda la Nacion. En los últimos años, los gastos en la India han estado subiendo constantemente; sus rentas han crecido en una proporcion mucho menor; con frecuencia ha habido que apelar á los empréstitos para cubrir los déficits, y su deuda ha ido sin cesar en aumento. Su posicion financiera se ha hecho todavia más difícil por haber tenido lugar en el espacio de los últimos once años nada ménos que cuatro hambres, habiendo subido el coste ocasionado por las dos últimas á la suma de 1.600 millones de reales. En estas circunstancias no es prudente suprimir ninguna de las fuentes de ingreso que hoy existen, y por tanto, la proposicion de abolir esos derechos de importacion no puede tratarse sino juntamente con esta otra cuestion: ¿qué nuevo impuesto se vá á crear para llenar el vacío que produciria en los recursos de la Hacienda la abolicion de aquellos? Hasta ahora, los representantes de los intereses fabriles de Inglaterra, que tan enérgicamente condenan esos derechos, no han recomendado ningun otro impuesto en sustitucion de los mismos, ni indicado ningun otro nuevo que no sea más oneroso y más desagradable para los habitantes

de aquel país. Si por virtud de las mayores economías ó de una mejor administracion llegaran á reducirse los gastos en la India, podria haber un sobrante suficiente que haria posible la abolicion de esos derechos; pero esta mayor economía y esta mejor administracion deben ser una realidad antes de abandonar los rendimientos que aquellas producen.

Muchos de los que han tomado una parte principal en este asunto, han sido, sin duda alguna, inducidos á ello por un sincero sentimiento de que Inglaterra tenga directa ó indirectamente que ver con el mantenimiento de una forma de proteccion, cualquiera que ella sea. Sin embargo, al instar por la inmediata abolicion de esos derechos, deben recordar que muchas colonias inglesas sostienen un sistema de proteccion mucho más extenso y mucho más oneroso. Si nada se dice de mezclarse en los asuntos de éstas al mismo tiempo que se insiste por parte de Inglaterra, y sin consideracion á los deseos de los habitantes de la India, en que se suprima un derecho dado que se exige en este país, no será extraño que se produzca la impresion de que no es aquella tratada con justicia, sino que por el contrario, se la sacrifica al interés de los fabricantes ingleses. Ese sentimiento existe ya sin duda allí,

y se ha desarrollado mucho por la manera en que se ha defendido en Inglaterra la abolición de esos derechos. El asunto, por lo general, es tratado desde el punto de vista de aquí, y no desde el de allá; el daño que se hace á la industria inglesa con esas restricciones se pone en primer término, mientras que, en comparacion, apenas se toma en cuenta la objecion más poderosa que se puede hacer, así á ese como á todos los demás impuestos protectores, esto es, que saca á los consumidores del mismo país una suma que excede en mucho á los rendimientos que por ese concepto obtiene el Estado. En las reclamaciones que con frecuencia se hacen pidiendo la abolición de esos derechos que gravan los artículos de algodón á su entrada en la India, á fin de que Inglaterra pueda mantener firmemente su adhesión á los principios del libre-cambio, se incurre no pocas veces en la equivocación que debe considerarse como el error cardinal del sistema protector; se atiende al interés de los fabricantes, en cuanto son productores; del interés del pueblo, esto es, de los consumidores, se hace caso omiso.

ÍNDICE.

	Páginas.
Al lector.....	V
Prefacio del autor: primera edicion.....	IX
Idem, idem: segunda.....	XI

CAPÍTULO PRIMERO.

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

La esperanza que habia antes en Inglaterra, de que el ejemplo que dió ésta al adoptar una política libre-cambista seria seguido por otras Naciones, no se ha realizado —Nada tan perjudicial para la causa de la libertad de comercio, como el desconocer la fuerza de los argumentos de sus contradictores.—La adopción de aquella se precipitó en Inglaterra por el hecho de ser el objeto principal de la protección la agricultura, y, por lo tanto, su más óbvio resultado la subida en el precio de los alimentos, mientras que en otros países casi se limita la protección á los productos manufacturados.—La abolición de los derechos protectores puede causar mucho daño y pérdidas á los que están empleados en la industria á que ha dado vida la protección.—Esta pérdida es análoga á la que se causa á un obrero que posee alguna habilidad especial en cualquier arte manual, si se hace innecesario su trabajo á causa de la invención de una máquina.—Los motivos que han avivado la oposición á la libertad de comercio en América y en otros pueblos, son análogos á los que inclinaron á los obreros empleados en ciertas industrias á resistir la introducción de la maquinaria.—La adopción de los principios proteccionistas en las colonias ha sido favorecida por la opinión de Mr. Mill de que la imposición de un derecho protector con la mira de promover el nacimiento de una industria en un país nuevo, puede justificarse como un expediente

transitorio.—La proteccion en las colonias ha tomado tanto cuerpo á causa de haber llevado á Australia el descubrimiento del oro un gran número de operarios y artesanos de Inglaterra, los cuales, al encontrar que la busca de aquel metal era ménos productiva de lo que ellos habian creido, aceptaron de buen grado toda proposicion dirigida á establecer, con la ayuda de la proteccion, aquellas industrias en que estaban acostumbrados á trabajar.—La prosperidad industrial de Inglaterra no es debida, por entero, á haber adoptado el libre-cambio.—Han contribuido á ella, entre otras causas, el desarrollo de la red de caminos de hierro y la reforma tributaria.—Para propagar los principios del libre-cambio, es preciso emplear otros argumentos, además de apelar, como se hace continuamente, al crecimiento de la industria y á la acumulacion de riqueza en Inglaterra.—Los beneficios producidos por la libertad de comercio son, al parecer, comprendidos de un modo imperfecto en la Gran Bretaña.—Algunos de los más enérgicos de sus defensores, no sin frecuencia, muestran inclinacion á favorecer cierta forma de restriccion industrial.—De esta tendencia es una muestra reciente la disposicion mostrada por los obreros ingleses á resistir la entrada en el país de trabajadores extranjeros.....

1

CAPÍTULO II.

PROTECCION.

Parte primera.—Primas á la exportacion.

La proteccion se ha mantenido en los últimos tiempos con el fin de auxiliar la industria nacional, y se ha llevado á cabo dando primas á la exportacion é imponiendo restricciones á la importacion.—El procedimiento de favorecer aquella y entorpecer ésta, fué una consecuen-

cia del sistema mercantil, y se adoptó en un principio con el objeto de procurarse una favorable balanza de comercio.—La proteccion se presta ahora principalmente imponiendo derechos á la importacion, pero de vez en cuando todavia se dan primas á la exportacion en nuestro tiempo.—Antes eran en Inglaterra estas primas de uso tan general como aquellos derechos.—Efecto de la prima á la exportacion del trigo y de las restricciones á la importacion del mismo que prevalecieron en un dia en Inglaterra.—Exámen de los resultados producidos por la prima dada en Francia á la exportacion del azúcar.—Lo único que con ella se hace es capacitar al pueblo inglés y á los demás que consumen azúcar francesa, para adquirirla á un precio mucho más bajo, reduccion que se aproxima á la suma á que asciende la prima.—La única clase que puede sacar provecho permanentemente de que un producto dado se encarezca de un modo artificial, es la de los propietarios de la tierra en que aquel se cria.—Razones contra la proposicion de los refinadores de azúcar de Inglaterra de que ellos debian ser protegidos contra la competencia francesa mediante la imposicion de un derecho de importacion equivalente á aquella prima.

Parte segunda.—Restricciones á la importacion.

Diferencia entre el derecho de importacion que se impone en vista de un interés fiscal y el dirigido á proteger la industria nacional contra la competencia extranjera.—Los derechos de importacion que se exigen en Inglaterra no tienen influencia de carácter protector.—El industrial del país goza de una especie de proteccion natural en su propio mercado en cuanto es menor el coste de la conduccion del producto nacional que la del extranjero.—Importa distinguir el efecto ejercido por los derechos protectores en el

país que los exige y el producido en aquellos de donde procede el producto.—Consecuencias de la proteccion que en otro tiempo se concedió á la agricultura en Inglaterra.—Se supuso entonces, por lo general, que la continuacion de precios elevados aseguraria la prosperidad industrial, y se creia por lo mismo que las ganancias de todos los que tenian que ver con el cultivo de la tierra aumentarían con la creciente carestía de los productos agrícolas.—Los derechos protectores no se impusieron solamente sobre el trigo, sino que el ganado, la carne fresca y otros varios artículos quedaron por completo excluidos de nuestros mercados.—Hubo el intento de favorecer el desarrollo de la lana y del lino en la Gran Bretaña entorpeciendo la fabricacion de artículos de algodón en el país.—Publicacion de las leyes de cereales despues del descenso de los precios á consecuencia de la paz de 1815.—Males inherentes á la escala gradual.—Influencia ejercida en Inglaterra por la proteccion sobre las clases relacionadas con la agricultura.—Los arrendatarios no sacaban beneficio alguno del alza en los precios de los productos agrícolas, en cuanto cada subida en éstos producía inmediatamente un aumento en las rentas.—Entre 1815 y 1845, cuando las leyes de cereales estaban en vigor, la agricultura se encontraba en un estado de postracion excepcional.—*Meeting* celebrado en Colchester en Julio de 1843.—Discurso de Mr. Cobden con el cual se convencieron muchos arrendatarios de que habian sido perjudicados por las leyes de cereales.—Cómo empeoró la condicion de los obreros agrícolas.—Aunque la proteccion causa un aumento en el precio de los productos agrícolas, la competencia entre los capitales que buscan colocacion impidió á los arrendatarios ganar más de lo que era el tipo normal en los provechos.—Aunque la depresion en la agricultura fué debida en grado considerable al alza indebida que tuvo la

renta de la tierra despues de la publicacion de la ley de cereales y tambien á la antigua ley de pobres, fué efecto principalmente de que la carestía de los alimentos que era consecuencia de la proteccion, disminuyó la fecundidad á la vez del trabajo y del capital, y dió lugar á un descenso en los provechos y en los salarios de todas las industrias con inclusion de la agricultura.—Paralizacion del comercio inglés mientras existió la proteccion.—Miseria general cuando subió al poder Sir Roberto Peel en 1841.—La competencia en el mercado general del trabajo hace que sea imposible á los obreros empleados en las industrias protegidas alcanzar salarios más altos que los ocupados en las no protegidas.—Los únicos que pueden sacar beneficio de la proteccion, son los dueños de las tierras que producen los objetos que, como el trigo, carbon, hierro, etc., encarecen á causa de la proteccion.—Esta conclusion no la desvirtúa el hecho de no haber bajado la renta de la tierra en Inglaterra desde que se ha abolido la proteccion; muchas causas, tales como la mejor administracion del impuesto de pobres, la creciente demanda de alimentos que es consecuencia del aumento de poblacion y el desarrollo general de la industria, han servido para mantener el valor de la tierra al tipo que antes tenia.....

28

CAPÍTULO III.

EL LIBRE-CAMBIO Y LA RECIPROCIDAD.

Las ventajas económicas producidas por la libertad de comercio son las mismas, ya tenga lugar el cambio de artículos entre diferentes países, ya entre las diferentes comarcas de uno mismo.—Exámen del argumento que se hace, diciendo que aunque el limitar la libertad de comercio entre las diferentes provincias de una misma Nacion seria una cosa absurda, la proteccion

puede ser conveniente cuando se concreta á restringir la importacion de artículos que pueden sostener con ventaja la competencia con los de produccion nacional.—Los derechos protectores dan lugar á los mismos efectos, ya se proteja la industria de una localidad particular contra la competencia nacional, ya contra la extranjera; conclusion que se comprueba examinando si es ménos ventajoso para el pueblo francés comerciar libremente con Alsacia y Lorena ahora, que lo era cuando estas provincias no habian aún sido anexionadas á Alemania.—Suponiendo que los derechos protectores se impusieran sobre artículos importados de Alsacia, puede argüirse que el pueblo francés quedaria compensado de la pérdida que resultaba de tener que pagar precios más altos por estos artículos, porque se posibilitaria el nacimiento de una nueva industria en Francia.—Esto, sin embargo, implica que hay alguna industria particular que se sostiene en una localidad donde el trabajo y el capital empleados en ella no producen el máximum.—Aunque los franceses pueden decir que formando Alsacia ahora parte de Alemania, seria ventajoso para ellos el perjudicar á Alsacia, la pérdida económica que resultaria para Francia de entorpecer el desarrollo de alguna industria que cuadrara perfectamente á las condiciones de aquella provincia, es la misma, ya sea ésta parte ó no de Francia.—La proteccion solo puede defenderse partiendo del supuesto de que conviene á un país hacer sacrificios pecuniarios con el fin de entorpecer la prosperidad de sus vecinos.—Consideracion de la imprudencia que, segun se dice, comete Inglaterra al permitir que aquellos países que imponen derechos protectores á los productos británicos, puedan introducir libremente los suyos en nuestros mercados.—La industria inglesa es mucho más perjudicada por la tarifa americana, en cuanto los derechos protectores

impuestos por los Estados-Unidos superan en mucho á los de los demás países.—Exámen de la proposicion de que Inglaterra debe tomar represalias de América, imponiendo derechos á la importacion de sus mercancías.—La exportacion de artículos fabriles de los Estados-Unidos á Inglaterra es tan pequeña, que ésta no podria producir efecto alguno práctico sobre la industria americana, sino imponiendo derechos sobre los varios artículos alimenticios y primeras materias que se importan de aquel país. La pérdida que se seguiria para América seria insignificante en comparacion de la que nosotros experimentaríamos.—Argumento segun el cual pueden tomarse represalias cuando un artículo importado de un país proteccionista entra en competencia con otro de la misma clase de produccion nacional.—Daño que, segun se dice, padece la industria inglesa con la importacion del hierro de Bélgica.—Otros ejemplos que demuestran que es impracticable en Inglaterra la política de reciprocidad.—Efecto que produciria su adopcion, si fuera posible.—Esa política agravaria la actual postracion de la industria inglesa.....

80

CAPÍTULO IV.

ARGUMENTOS DE LOS PROTECCIONISTAS.

Los argumentos aducidos en apoyo de la proteccion por sus principales abogados en América, en las colonias y en varios países del continente, pueden resumirse bajo los trece epígrafes siguientes:

1. La proteccion es de desear, especialmente en un país joven, porque hace posible la diversidad de industrias.
2. La proteccion, al alentar las distintas ramas de la industria nacional, hace á la comunidad más independiente del extranjero.

20

3. Los proteccionistas americanos pretenden que el coste de la conduccion lo paga el país que exporta, y por tanto, que América resultaría colocada en una situacion desventajosa si importara todos los artículos fabriles que necesita, cambiándolos por primeras materias cuyo trasporte es más costoso por ser más voluminosas.
4. Teniendo que pagar el productor nacional contribuciones que no satisface su competidor extranjero, necesita una compensacion.
5. La proteccion es ventajosa, porque estimula la industria nacional y entorpece la extranjera.
6. Se afirma que los derechos protectores los paga el productor extranjero, y por consiguiente, la industria nacional es favorecida por ellos y el comercio extranjero perjudicado.
7. Como los provechos y los salarios no son mayores en las industrias protegidas que en las que no lo están, no se puede mantener, con justicia, el cargo que generalmente se hace á la proteccion, de que favorece una industria dada á costa de la generalidad de los consumidores.
8. La proteccion es ventajosa económicamente, porque si un país obtiene sus productos dentro de casa, en vez de importarlos, se ahorra el trabajo empleado en trasportar el producto desde lejos, el cual, se dice, es improductivo.
9. Se presenta la proteccion como si produjera grandes beneficios á las clases obreras de América, porque los salarios que allí se pagan en ciertas industrias que están protegidas, son más elevados que los que se satisfacen en las mismas en la libre-cambista Inglaterra.
10. Aunque no se puede defender la proteccion cuando es una sola la industria protegida contra la extranjera, la política restrictiva se justifica cuando la industria toda de un país participa de sus ventajas.
11. Se ha defendido la proteccion bajo el su-

puesto de que siendo los salarios más elevados en América y en las colonias que en Inglaterra, los industriales de aquellos pueblos necesitan ser protegidos, si han de encontrarse en igualdad de circunstancias respecto de sus competidores ingleses.

12. Una vez establecida la proteccion, no se puede abolir sin causar grandes pérdidas, así á los capitalistas como á los obreros interesados en las industrias que han sido protegidas.

13. La proteccion puede establecerse con ventaja en un país joven como recurso transitorio, puesto que varias industrias, que al fin llegarán á prosperar sin ella, la necesitan en los primeros momentos de su existencia.....

121

CAPÍTULO V.

POSTRACION MERCANTIL.

Así como la confianza que se tuvo en Inglaterra en las ventajas del libre-cambio, se aumentó á medida que crecía la prosperidad, la cual se invocaba en primer término en apoyo de aquel, así la postracion actual de la industria ha producido en algunas personas la predisposicion á caer en los sofismas del sistema protector.—De análogo modo el abatimiento del comercio en América ha llevado á muchos de los defensores de la proteccion en aquel país á dudar de su eficacia.—De la energía de este cambio en la opinion es una prueba la proposicion de un arancel nuevo.—La comparacion entre el estado del comercio en Norte-América é Inglaterra respectivamente, muestra que el último de estos países no tiene motivo para vacilar respecto de su adhesion á la política libre-cambista.—La mayor gravedad de la depresion industrial en América, á pesar de las mayores ventajas naturales que tiene, se muestra en el hecho de ser ahora la emigracion de nuestro país para aquel apenas mayor, si es

que lo es algo, que la que tiene lugar en sentido contrario.—Pruebas de que la actual postracion mercantil ha producido efectos mucho más graves en la proteccionista América que en la libre-cambista Inglaterra.—Exámen del temor que se ha mostrado recientemente en este país con motivo del gran exceso de las importaciones sobre las exportaciones.—Esta alarma ha crecido por la circunstancia de no haber ese gran exceso en ningun otro país, mientras que en los Estados-Unidos las exportaciones exceden en mucho á las importaciones.—El exceso de éstas en Inglaterra es debido, en gran parte, al hecho de que, el valor que se dá en la estadística del comercio á los artículos importados comprende el coste de conduccion y la ganancia del comerciante que los introduce, al paso que, al calcular el valor de los exportados, se omiten una y otra cosa.—Este hecho explica en gran parte el exceso de las exportaciones sobre las importaciones en América, en comparacion del de éstas sobre aquellas en Inglaterra.—Este exceso de las importaciones en nuestro país es debido tambien á la circunstancia de que ningun otro tiene una suma tan grande de capital colocado en el extranjero.—El temor mostrado en este respecto es probablemente un renacimiento del sistema mercantil.—El exceso de las importaciones sobre las exportaciones en cualquiera país puede considerarse como la medida de la extension en que aquel es acreedor de las demás Naciones.—Que esto es verdad respecto de Inglaterra, se demuestra por los datos estadísticos referentes á la exportacion é importacion del oro y la plata en los últimos años.—Aunque es imposible poner en duda la existencia de una gravísima postracion en muchas ramas de la industria inglesa, hay motivos para creer que sus efectos se han exajerado y que son mucho mayores en los países proteccionistas como América.—Aumento de la importacion en Inglaterra de artículos

de consumo general como el té.—Exámen de los efectos producidos por la actividad en determinadas industrias sobre la generalidad de la Nación.—Los provechos excepcionales, por lo altos, que prevalecieron hace pocos años mientras duró la actividad en las industrias del hierro y del carbon, se obtuvieron á costa de la comunidad toda.—Como á consecuencia de la actual paralización industrial el precio del carbon ha descendido á su anterior nivel, el país se ha librado de una pesada carga.—Esto puede considerarse como una compensacion por las pérdidas que á determinadas clases ha producido la actual depresion.—Del descenso en el pauperismo, de la permanencia de las cantidades depositadas en las Cajas de ahorro, y del aumento en los productos de los ferro-carriles puede concluirse, que la inactividad en ciertas ramas de la industria ha producido en la condicion general del país ménos efecto del que generalmente se supone.—Como una gran parte de la riqueza que se crea cuando ciertas industrias entran en un período de actividad des-acostumbrada, no hace más que pasar de manos de la comunidad toda á una clase especial, la cesacion de esa actividad implica un beneficio correspondiente para la primera de aquellas.—Todas las personas que viven de rentas ó recursos fijos, son grandemente perjudicadas con el alza anormal de precios que tiene lugar en un período de gran actividad industrial, y son consiguientemente beneficiadas cuando aquella declina y los precios bajan.—La actual paralización en muchas ramas de la industria inglesa no es, como se dice á menudo, resultado de la política libre-cambista, sino la consecuencia natural de la excepcional prosperidad en que se hallaban aquellas hace pocos años.—Comprobacion de esto con lo que ha sucedido con la industria carbonera.—La reduccion en el coste de la vida, consecuencia de la baja en los

precios, ha contribuido grandemente á capacitar al país para salvar el presente período de actividad industrial.—La política proteccionista de América, al aumentar los precios de numerosos artículos (pues en sus aranceles hay incluidos unos 2.000), impide el que esa influencia compensadora entre en acción.—El grande aumento del pauperismo en los Estados-Unidos y las desastrosas pérdidas experimentadas por los ferrocarriles americanos, suministran una prueba decisiva de que la actual depresion industrial ha producido resultados mucho más graves en aquel país que en Inglaterra.—Puede hacerse también la comparacion entre la condicion mercantil de la libre-cambista Inglaterra durante un período de postracion y la de otros países en que, como en Alemania, Rusia y Francia, se mantienen tarifas restrictivas.—Los efectos de la depresion se agravan en el continente á consecuencia de los enormes ejércitos mantenidos en pié por las Potencias europeas.—Por esto, la conclusion de que la política de libre-cambio disminuye los efectos de la paralización industrial, la corrobora de un modo notable la comparacion hecha entre la actual condicion de Inglaterra y la de América, la cual, además de poseer ventajas excepcionales, no mantiene un grande ejército permanente.....

197

CAPÍTULO VI.

TRATADOS DE COMERCIO.

La creciente impopularidad de los tratados de comercio y la oposicion á los mismos son debidas al hecho de que los interesados en una industria, que ha sido afectada por aquellos y que está padeciendo á consecuencia de la general depresion del comercio, atribuye ésta casi por entero al tratado.—Exámen de las objeciones puestas por los proteccionistas franceses á la renovacion

del tratado anglo-francés.—En Francia se ha mostrado, en vista del exceso de las importaciones sobre las exportaciones, un temor semejante al indicado más arriba respecto á Inglaterra.—La tendencia que se ha manifestado en este mismo país á volver á la política proteccionista, ha tenido lugar, porque se ha propuesto que nosotros debemos subir los derechos de importacion que se pagan por las mercancías francesas, si Francia rehusa renovar el tratado de comercio.—Consecuencias que resultarian de gravar más la introduccion de la sedería francesa.—Imposibilidad de limitar la política de *reciprocidad* á la proteccion que se pide para la industria sedera de Inglaterra.—Efecto desastroso de imponer por vía de represalias derechos de exportacion al carbon y á la maquinaria inglesa.—Cómo, en conclusion, la adopcion de esa política de reciprocidad que se propone, agravaria, en vez de aliviar, el daño que á nuestra industria causan las tarifas proteccionistas de otros países.—Aunque las ventajas que resultan para ambos pueblos de un tratado de comercio como el anglo-francés, son indudablemente grandes, van acompañadas de una desventaja que no carece de importancia, en cuanto mientras esté en vigor el tratado la libertad de modificar los aranceles queda por una y otra parte algo coartada.—Importancia de esta objecion respecto del modo en que se pagan los derechos por los vinos franceses y españoles respectivamente.—Exámen de los fundamentos en que se apoya la petition de los fabricantes ingleses para que se supriman los derechos que se pagan por los artículos de algodón á su importacion en la India.—Aunque este impuesto debe ser condenado bajo el punto de vista económico, el asunto no puede ser considerado como si tuviera solo este aspecto.—Al decidir esta cuestion, es necesario tomar en cuenta el estado financiero de la India.—Aunque mu-

chas colonias inglesas mantienen un sistema protector mucho más gravoso que esos derechos sobre el algodón que se exigen en la India, nadie ha pedido que aquellas supriman los suyos en interés de los fabricantes ingleses.—En muchas de las reclamaciones que se hacen pidiendo la abolición de esos derechos impuestos á los artículos de algodón en la India, se atiende al interés de los fabricantes en cuanto productores; del interés del pueblo, esto es, de los consumidores, se hace caso omiso.....	250
--	-----

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ,

calle de Jacometrezo, 72, Madrid.

Los precios indicados en primer término son para Madrid, y los en segundo para provincias, franco de porte.

Antigüedades romanas, por Adam; 4 tomos, 4.º, 60 y 70 rs.

Arquitectura (Ensayo histórico sobre los diversos géneros de), empleados en España desde la dominación romana hasta nuestros días, por D. José Caveda (publicado de real orden); un tomo, 4.º mayor, 30 y 36 rs.

Atlas histórico, genealógico, cronológico, geográfico y estadístico universal, de Lesage, escrito por el conde de las Casas, traducido, corregido y aumentado por un español americano. París, 1826; un tomo marquilla, con 35 mapas, 200 y 240 rs.

Este Atlas es una Historia universal que abraza la serie de los siglos y clasifica todos los hechos importantes, ofrece por un mecanismo ingenioso, en un corto número de cuadros, el conjunto y las relaciones de la historia, de la geografia y de la cronología, etc., etc.: es el libro del laberinto que hace accesibles todas las profundidades y que descubre todas las sinuosidades, etc., del universo.

BIBLIOTECA CLÁSICA.

OBRAS PUBLICADAS.

La Iliada, por Homero, traduccion directa del griego en verso castellano con notas de Gomez Hermosilla; 3 tomos, 36 y 42 rs.

Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso, por Cervantes; 2 tomos, 24 y 28 rs.

Los nueve libros de la Historia, por Herodoto traduccion directa del griego con notas del P. Bartolomé Pou; 2 tomos, 24 y 28 rs.

Recuerdos de un anciano, por Alcalá Galiano; un tomo, 42 y 44 rs.

La Eneida, por Virgilio, traduccion directa del latin en verso castellano y juicios críticos por D. Miguel Antonio Caro y D. Marcelino Menendez Pelayo; 2 tomos, 24 y 28 reales.

Estudios literarios, (*Milton, Maquiavelo, Byron, Dramáticos de la restauracion, Dante, Petrarca, Goldsmith, Oradores atenienses*), por Lord Macaulay, traduccion di-

recta del inglés por D. Mariano Juderías Bender; un tomo, 12 y 14 rs.

Vidas de los españoles célebres, por Quintana; 2 tomos, 24 y 28 rs.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

OBRAS PUBLICADAS.

Flores de invierno. Cuentos, leyendas y costumbres populares, artículos, por Federico de Castro, ex-rector y catedrático de la Universidad de Sevilla; un tomo, 14 rs.

El arte cristiano en España, por J. D. Passavant, director del Museo de Francfort, traducido del alemán y anotado por Cláudio Boutelou, ex-director y catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla; un tomo, 14 rs.

Filosofía de la muerte. Estudio hecho sobre manuscritos de D. Julian Sanz del Rio, por Manuel Sales y Ferré; un tomo, 14 rs.

La pintura en el siglo XIX, por Cláudio Boutelou, ex director y catedrático de la escuela de Bellas Artes de Sevilla; un tomo, 14 rs.

Historia de los Musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides (711-1110), por R. Dozy, traducida y anotada por Federico de Castro, ex-catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla; 4 tomos, 64 rs.

Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos, por Vivien de Saint-Martin, traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Geografía histórica en la Universidad de Sevilla, con mapas intercalados en el texto; 2 tomos, 40 rs.

Estudios políticos y sociales, por Herbert Spencer, traducidos del inglés por Cláudio Boutelou; un tomo, 14 rs.

Libro de Agricultura, por el árabe Abu Zacaria, seguido del Catecismo de Agricultura, por Víctor Van-Den-Broeck y de las Conferencias agrícolas sobre los abonos químicos, por Mr. Georges Ville; 2 tomos, 32 rs.

Investigaciones acerca de la Historia y Literatura de España durante la Edad Media, por R. Dozy, traducidas de la segunda edición y anotada por Antonio Machado y Alvarez; 2 tomos, 32 rs.

El Gobierno representativo, por John Stuart Mill, traducido del inglés con notas y observaciones por Siro García del Mazo, jefe de trabajos estadísticos de la provincia de Sevilla; un tomo, 18 rs.

El Cristianismo y la Revolucion francesa, por Edgar Quinet, traducido por Siro García del Mazo; un tomo, 42 rs.

El Darwinismo. Lo verdadero y lo falso de esta teoría, por Eduardo de Hartmann, traducido por M. Sales y Ferré; un tomo, 42 rs.

Estudios de los pueblos en la Exposicion de París de 1878, por Cláudio Boutelou; un tomo, 46 rs.

El Sol, por el P. A. Secchi, director del Observatorio del colegio romano, corresponsal del Instituto de Francia, traducido por A. García, ex-catedrático de Física y Química y director de Telégrafos; 2 tomos, con láminas, 40 rs.

Bóveda (La). Narraciones portuguesas, por Alejandro Herculano, traducida por M. Ossorio y Bernard; 2 y 3 rs.

Carreras (Las) científicas, literarias y artísticas de España; estudios, gastos y porvenir que ofrecen, por Marcelino Oca; cuarta edicion, 8 y 40 rs.

Código de Comercio, arreglado á la reforma decretada en 6 de Diciembre de 1868, anotado y concordado, precedido de una introduccion histórico-comparada, seguido de las leyes y disposiciones posteriores á su publicacion que lo reforman y completan, y de un repertorio de la legislacion mercantil, por los directores de la Revista general de Legislacion y Jurisprudencia, D. Pedro Gomez de la Serna y D. José Reus y Garcia. Sétima edicion, corregida y aumentada por D. José Reus; un tomo, 4.º, 40 y 48 rs.

Suplemento á la sétima edicion del Código de Comercio. Contiene la ley reformando varios artículos del Código de Comercio, concordada y anotada por D. José Reus, y todas las leyes, decretos, y reales ordenes dictadas en 1878; 8 y 9 rs.

Código penal reformado de 1870 con las variaciones introducidas en el mismo por la ley de 17 de Julio de 1876, concordado y comentado para su mejor inteligencia y fácil aplicacion, con una multitud de ejemplos y cuestiones prácticas, extractadas de la jurisprudencia del Tribunal Supremo en más de *tres mil* sentencias, etc., por D. Salvador Viada y Vilaseca: segunda edicion; 3 tomos, 4.º, 400 y 140 rs.

Código de Comercio y demás disposiciones legales vigentes en España y sus provincias de Ultramar en materias mercantiles, con arreglo á las últimas reformas, anotado

por un abogado del ilustre Colegio de Madrid: 1877; un tomo, 8.º, 16 y 18 rs.

Código de Comercio, arreglado á las importantes modificaciones y reformas introducidas en sus principios y procedimientos, por el decreto de 6 de Diciembre de 1868 y por la Novísima ley de 30 de Julio de 1878, ampliado con otras disposiciones que le sirven de complemento; publicado por la redaccion de *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados Municipales*. Madrid, 1879; 12 y 14 rs.

Colonizacion en la Historia (La), por Rafael M. de Labra, profesor de Derecho internacional de la Institucion libre de enseñanza de Madrid; 2 tomos, 8.º. 24 y 28 rs.

Comentarios á la Ley de Enjuiciamiento civil, por D. Vicente Hernandez de la Rúa, doctor de la Universidad de Salamanca, teniente fiscal del Tribunal Supremo de Justicia. Madrid, 1856; 3 tomos, 60 y 70 rs.

Comentarios á la ley del Notariado y su reglamento, seguidos de un apéndice en que se comprenden los reales decretos, reales órdenes, circulares y resoluciones oficiales sobre organizacion y ejercicio notarial, dictados desde la promulgacion de la ley referida, y una coleccion de fórmulas, de actas é instrumentos de la misma facultad, por D. Eugenio Ruiz Gomez; un tomo, 4.º 34 y 38 reales.

Compendio de historia del Derecho romano, por Enrique Ahrens, traducido directamente del aleman con notas por los profesores de la Institucion libre de enseñanza, Sres. D. Francisco Giner, D. Gumersindo de Azcárate y D. A. G. Linares. Madrid 1878; un tomo, 8.º mayor, 10 reales.

En este compendio encontrará el juriscónsulto y el estudiante la historia interna y externa del Derecho romano, con los adelantos hasta el dia, por las numerosas notas con que vá ilustrado.

Compendio enciclopédico teórico-práctico, civil y criminal de España, en lo que tiene relacion con todas las materias que constituyen los reglamentos oficiales de exámenes de aspirantes á procuradores, secretarios y suplentes de Juzgados municipales, por D. Antonio Campins; 2 tomos, 4.º, 24 y 28 rs.

Conferencias de la Institucion libre de enseñanza. A fin de extender la accion de estas conferencias más allá del reducido público que pñede asistir á ellas, se han publicado en folletos sueltos, al ínfimo precio de 2 rs., á saber:

- Las elecciones pontificias , por D. Eugenio Montero Rios.
- El futuro Cónclave, por el mismo.
- El agua y sus trasformaciones, por D. F. Quiroga.
- Turquía y el tratado de París, por D. Rafael M. de Labra.
- El poder y la libertad en el mundo antiguo, por D. Manuel Pedregal.
- El poder del Jefe del Estado en Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos, por D. G. de Azcárate.
- El conde de Aranda, por D. Segismundo Moret y Prendergast.
- El Alcoran, por D. Eduardo Saavedra.
- Relaciones entre la ciencia y el arte, por D. Federico Rubio.
- El socialismo de cátedra, por D. Gabriel Rodriguez.
- La vida de los astros, por D. Augusto G. de Linares.
- Teorías modernas sobre las funciones cerebrales, por D. Luis Simarro.
- La moderna literatura polaca y J. I. Krasewsky, por don José Leonard.

Con estas conferencias se completa el tomo del curso de 1878.

Conferencias libre-cambistas. Discursos pronunciados en el Ateneo científico y literario de Madrid por varios individuos de la Asociacion, para la reforma de los Aranceles de Aduanas en el curso de 1862 á 63, por los Sres. D. Luis Maria Pastor, D. A. Alcalá Galiano, don Francisco de P. Canalejas, D. B. Carballo, D. Gabriel Rodriguez, D. José Echegaray, D. F. de Bona, D. S. Moret y Prendergast, D. Luis Maria Pastor, D. Laureano Figuerola, D. M. Carreras y Gonzalez, D. E. Castelar, D. Santiago Madrazo, D. Luis Silvela y otros; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Criterio legal (El) en los delitos políticos, por D. Manuel de Rivera Delgado, abogado del ilustre Colegio de Madrid, etc.; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.

Cuestiones selectas del Derecho penal vigente, por D. Vicente Hernandez de la Rua. Madrid, 1853; un tomo, 4.º, 20 rs.

Cuestion universitaria. Documentos coleccionados, po

M. Ruiz de Quevedo, referentes á los profesores dimisionarios y suspensos.

Gonzalez de Linares.—Calderon (D. Laureano).—Giner (D. Francisco).—Salmeron.—Azcárate.—Andrés Montalvo.—Castelar.—Montero Rios.—Figueroa.—Moret.—Val.—Mesías.—Muro.—Varela de la Iglesia.—Calderon (D. Salvador).—Soler (D. Eduardo).—Giner (D. Hermenegildo). Madrid, 1876; un tomo, 8 y 10 rs.

Curso de Derecho político, segun la historia de Leon y Castilla, por el Dr. D. Manuel Colmeiro. Madrid, 1873; un tomo, 4.º, de 630 páginas, 36 y 40 rs.

Decadencia de España Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla, 1520-24, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.

Derecho administrativo español, por el Dr. D. Manuel Colmeiro, cuarta edicion ajustada á la legislacion vigente y copiosamente aumentada con nuevos tratados y un apéndice de jurisprudencia administrativa. Madrid, 1876; 2 tomos, 4.º, 80 y 88 rs.

Derecho canónico, dividido en tres tratados, por el doctor D. Nicolás del Paso Delgado, rector de la Universidad de Granada; 2 tomos, 4.º, 84 y 88 rs.

Derecho público (El) y la Europa moderna, por el vizconde de la Gueronniere, traducida al castellano por el conde de Fabraquer, vizconde de San Javier, abogado; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Derecho civil español (El), en forma de código. Leyes vigentes, jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia (en 1.700 sentencias) y opiniones de los jurisconsultos, precedido de un repertorio alfabético: segunda edicion, corregida y aumentada, por el doctor D. José Sanchez de Molina Blanco; un tomo, 4.º mayor, 60 y 64 rs.

Apéndice al mismo Derecho civil español, que sirve para la primera y segunda edicion: contiene el texto de las leyes del Fuero Juzgo, Fuero Real, Partidas y Novísima Recopilacion no derogadas, etc.; un tomo, 4.º mayor, 48 y 52 rs. Tomando los 2 tomos á la vez, su precio es 96 y 104 rs.

Derecho civil español (Novísimo tratado histórico-filosófico del), precedido de una introduccion acerca del método para su estudio, de un resumen de la historia del Derecho civil de España hasta nuestros dias. Obra arreglada á los programas universitarios, por el Dr. D. Clemente Fernandez Elías; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.

Derecho penal (Tratado de), penalidad, jurisdiccion, pro-

- cedimiento, segun la ciencia racional, la legislacion positiva y la jurisprudencia, con datos de estadística criminal, por M. Ortolan, traducido por D. Melquiades Perez Rivas; 2 tomos, 4.º, 60 y 68 rs.
- Derecho civil germánico ó aleman** (Tratado de), considerado en sí mismo y en sus relaciones con la legislacion francesa, por Ernesto Lehr, traducido y adicionado en la parte española por D. Domingo Alcalde Prieto, doctor y catedrático de Derecho; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.
- Derecho internacional privado**, ó principios para resolver los conflictos en las diversas legislaciones en materia de Derecho civil y comercial, etc., por Fiore, version castellana por A. García Moreno; aumentada con un apéndice del autor y con un prólogo de D. Cristino Martos; 2 tomos, 4.º, 48 y 52 rs.
- Derecho internacional público de Europa**, por A.-G. Heffter, traducido por G. Lizarraga; 32 y 36 rs.
- Desamortizacion civil y eclesiástica** (Manual de). Repertorio de las leyes, instrucciones, reales decretos, órdenes y circulares dictadas desde 4.º de Mayo de 1855 hasta 1879, sobre desamortizacion y bienes del Estado, clero, corporaciones religiosas y civiles y propios de los pueblos, redencion de censos, capellanías, etc., etc.. Recopilaciones concordadas y anotadas, por D. Fermin Avella. Madrid, 1879; un tomo, 40 y 46 rs.
- Digesto romano-español**, compuesto en latin para uso de los juristas, por D. Juan Sala, traducido al castellano y adicionado con las últimas variantes del Derecho nacional, por los licenciados D. Pedro Lopez Clarós y don Francisco Fábregas del Pilar, abogados del Colegio de Madrid; 2 tomos, 4.º mayor, 60 rs.
- Documentos internacionales del reinado de D.^a Isabel II** desde 1842 á 1868. Coleccion publicada de orden del señor Ministro de Estado, con un discurso preliminar, por D. Florencio Janer; un tomo, 4.º, 40 rs.
- Economía política** (Estudios elementales de), por D. Domingo E. Allér, precedidos de un discurso preliminar por el Dr. D. Melchor Salvá, profesor de dicha asignatura en la Universidad de Madrid; obra de texto en varias Universidades é Institutos; un tomo, 8.º, 40 y 42 rs.
- Economía política** (Manual de), por Enrique Baudrillart, miembro del Instituto y antiguo profesor de dicha asignatura en el colegio de Francia, traducido por D. P. Estassén, licenciado en Derecho civil y canónico; un tomo, 8.º, 20 y 22 rs.

- Economía política** (Lecciones de), por D. Santiago Diego Madrazo; 3 tomos, 8.º mayor, 80 y 86 rs.
- El Derecho** al alcance de todos. Juprisprudencia popular, por Francisco Lastres, abogado. Publicados: El matrimonio.—El testamento y la herencia.—El arrendamiento y el desahucio.—La patria potestad.—La tutela y curatela.—El préstamo.—La compra-venta.—Las servidumbres.—El legado, la mejora y la reserva.—La fianza y la prenda.—El mandato (poderes y apoderados); cada tomo, 4 y 5 rs.
- Enciclopedia industrial** ó la industria al alcance de todos. Comprende el estudio de las principales industrias con los descubrimientos más modernos inventados en España y en el extranjero, y algunas nociones útiles de agricultura y comercio, por una sociedad de industriales. Cartagena, 1878; un tomo, 4.º, 34 y 36 rs.
- Ensayo** histórico-crítico sobre la legislación y principales cuerpos legales de los reinos de Leon y Castilla, por el Dr. D. Francisco Martínez Marina; 2 tomos, 4.º, 26 rs.
- Ensayo** sobre la práctica del Gobierno parlamentario, por C. H. de Amézaga; un tomo, 8.º mayor, de gran lujo, 40 y 42 rs.
- España y la democracia.** Consideraciones critico-históricas sobre la revolucion de Setiembre, por Mariano Calavia; un tomo, 8.º, 42 y 44 rs.
- Estadística** (Curso de), por D. Fábio de la Rada y Delgado, doctor en Derecho civil y canónico y catedrático de Derecho romano en la Universidad de Granada: segunda edicion; un tomo, 8.º, 46 rs.
- Estética**, por Krause, traduccion del aleman, por D. Francisco Giner; 44 y 46 rs.
- Estudios** sobre los principios de la moral con relacion á la doctrina positivista, por Urbano Gonzalez Serrano; un tomo, 8.º, 6 rs.
- Estudios** sobre doctrina general de la ciencia. Condiciones fundamentales del conocimiento científico, por don Vicente Calabuig y Carra; un folleto, 6 y 7 rs.
- Estudios** sobre la Historia de la Humanidad, por F. Laurent, profesor de la Universidad de Gante, traduccion de Gabino Lizarraga. Se han publicado los tomos I, que contiene: El Oriente.—II. La Grecia.—III. Roma.—IV. El Cristianismo.—V. Los Bárbaros y el Catolicismo.—VI. El Pontificado y el Imperio.—VII. El Feudalismo y la Iglesia.—VIII. La Reforma.—IX. Las Guerras de religion.—X. Las Nacionalidades.—XI. La Política real.—

- XII. La Filosofía del siglo XVIII y el Cristianismo.—
 XIII. La Revolucion francesa, primera parte. Formando cada tomo de esta publicacion una obra independiente, se venden sueltos al precio de 24 y 30 rs.
- Estudios prácticos administrativos, económicos y políticos**, por D. Ventura Diaz, ex-consejero real; 2 tomos, 4.º, 40 rs.
- Exámen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla**; obra premiada por la real Academia Española, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo, 8.º mayor, 10 rs.
- Exámen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Córtes generales y extraordinarias desde que se instalaron en la isla de Leon el día 24 de Setiembre de 1810, hasta que cerraron en Cádiz sus sesiones en 14 del propio mes de 1813**, por D. Agustin de Argüelles, diputado en ellas por el principado de Asturias. Lóndres, 1835; 2 tomos, 4.º, 40 y 48 rs.
- Experiencias hechas con el aparato de medir bases, perteneciente á la comision del mapa de España**; un tomo. 4.º mayor, con 8 grandes láminas, 40 y 46 rs.
- Explicacion histórica de las instituciones del emperador Justiniano**, con el texto latino, la traduccion al lado, y las explicaciones á continuacion de cada párrafo, por M. Ortolan, profesor en la facultad de Derecho de París: novísima edicion, traducida, revisada y considerablemente aumentada, por D. Francisco Perez Anaya, magistrado que fué en la Audiencia de Manila; 2 gruesos volúmenes, 4.º, 60 y 70 rs.
- Exposicion elemental teórico-histórica del Derecho político**, por D. Domingo Enrique Allér; un tomo, 8.º mayor, 42 y 44 rs.
- Exposicion universal de 1878 (La)**. Guia itinerario para los que la visiten; descripcion razonada para los que no hayan de verla; recuerdos para los que la hayan visto, por A. Fernandez de los Rios, con dos planos cromolitografiados; un tomo, 8.º, 44 y 46 rs.
- Expropiacion forzosa por utilidad pública**. Leyes españolas recopiladas, comparadas y comentadas, por D. José de Argullol, abogado: segunda edicion aumentada, 1877; 46 y 48 rs.
- Filosofia del Derecho** (Novísimo tratado completo de), ó Derecho natural, con arreglo á los adelantos y estado actual de esta ciencia y á las doctrinas de Ahrens, Tapparelli, Krause, Hegel, Savigny, Almetyer y otros notables autores, con un estudio histórico sobre el desenvolvi-

miento de la ciencia del Derecho, por el Dr. D. Clemente Fernandez Elías. Madrid, 1874; un tomo, 4.º, de 812 páginas, 50 y 5½ rs.

Filosofía de la guerra, por el marqués de Chambray, traducida de la tercera edicion, por D. Joaquin Perez de Rosas; un tomo, 8.º, 40 rs.

Formacion de la lengua española, derivada de la formacion natural, racional é historia del idioma humano, por Roque Bárcia; 8 y 9 rs.

Foros en Astúrias y Galicia (Los). Estudio jurídico, por D. Rogelio Jove y Bravo. Oviedo, 1876; un tomo de 403 páginas, 4.º, 8 y 9 rs.

Fotografía (Manual de) teórico-práctica, ó la fotografía al alcance de todas las inteligencias, por Alfredo Camps. fotógrafo; un tomo, 4.º, 12 rs.

Fuero Juzgo (El libro de los jueces) segun el texto del doctor Alonso de Villadiego. que desde su publicacion se ha seguido comunmente en los Juzgados del Reino; enmendadas muchas erratas y cotejado con la edicion moderna de la Academia Española que ha servido para aclarar varios lugares oscuros de las leyes. Precedido de la legislacion en España de los Godos; un tomo, 4.º, pasta, 24 rs.

Geografía histórica de la Edad antigua. Comprende desde los tiempos denominados pre-históricos hasta la muerte del emperador Teodosio; y dos apéndices, uno de cosmografía y otro de cronología universal antigua. Obra escrita para el estudio de la asignatura de este nombre en las Universidades y otros centros de enseñanza, por D. Manuel M. A. J. Rives, licenciado en la facultad de Filosofía y Letras, etc. Madrid, 1874; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Guía notarial y del registro de la propiedad inmueble. Libro para el bolsillo, indispensable á los notarios, registradores y propietarios, y utilísimo á los magistrados, jueces, abogados, etc.; un tomo, 8.º, 40 rs.

Guía moral de la juventud en materia penal, arreglado al Código y especialmente al libro tercero que trata de las faltas, con reflexiones, máximas y ejemplos morales para su más fácil inteligencia, por Martinez Alcubilla: segunda edicion, corregida y aumentada; un tomo, 5 y 6 rs.

Historia monumental del heróico rey Pelayo y sus sucesores en el trono cristiano de Astúrias, ilustrada, analizada y documentada por D. José Escandon. Obra de sumo interés para los historiadores y curiosos: contiene

las crónicas oficiales de aquel tiempo, que son muy poco conocidas; un tomo, 4.º, 20 rs.

Historia del Derecho penal de España, por Mr. Alberto Du Boys, antiguo magistrado. Version al castellano, anotada y adicionada con apéndices, por D. José Vicente Caravantes; un tomo, 8.º mayor, 20 y 24 rs.

Historia de los conflictos entre la ciencia y la religion, por D. J. G. Draper: version directa del inglés, por Augusto T. Arcimis, con un prólogo de D. Nicolás Salmeron; 46 y 48 rs.

Historia del comercio de todas las Naciones, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, por Mr. Scherer, traducida del francés por los alumnos de la clase de este idioma, establecida en el Ateneo Mercantil de Madrid; 2 tomos, 4.º, 40 y 48 rs.

Historia crítico-económica del socialismo y comunismo, por D. Alfonso Grajirena. Madrid, 1869; un tomo, 4.º mayor, 8 rs.

Juegos de prendas de sociedad y tertulia, que comprenden de juegos de salon, de jardin, de campo, bosque y pradera; de movimiento, atencion y memoria, etc.; rompecabezas, charadas, adivinanzas, etc., etc.; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.

Ley de Enjuiciamiento civil, comentada y explicada para su mejor inteligencia y fácil aplicacion con los formularios correspondientes á todos los juicios, y un repertorio alfabético de las voces comprendidas en la misma, por los abogados del Colegio de Madrid D. José María Manresa y Navarro y D. José Reus.

Esta obra es tan conocida y apreciada, que no necesita ser recomendada. Consta de seis tomos; su precio, 240 y 270 rs.

Manual de cambios, imposiciones, intereses, anualidades y descuentos. Guia del comercio y de los imponentes en las cajas de ahorros y sociedades de seguros; un tomo, 4.º, 20 rs.

Manual de la contribucion territorial y estadística, aprobado y recomendado por el Ministerio de Hacienda en reales órdenes de 22 de Enero de 1856, 11 de Octubre de 1867 y 9 de Mayo de 1869, y por el de Gobernacion en 17 de Junio de 1867, por Ramon Lopez Borreguero; un tomo, 4.º. 20 y 24 rs.

Manual de teneduría de libros en la nueva forma de partida doble, aumentada y declarada de texto, compuesta por D. Vicente de Villaoz; un tomo, 12 rs.

Mes de Mayo, consagrado á la Santísima Virgen María, por María de la Peña; 4 y 5 rs.

OBRAS DE D. JOSÉ MARIA PEREDA.

Don Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera: segunda edicion; un tomo, 8.º, de gran lujo, 16 y 18 rs.

El buey suelto... Cuadros edificantes de la vida de un solteron; un tomo, 8.º, magnífica edicion, 16 y 18 rs.

Escenas montaÑesas (segunda edicion corregida y aumentada); 12 y 14 rs.

Tipos y paisajes (segunda série de Escenas montaÑesas); 12 y 14 rs.

Bocetos al temple; 12 y 14 rs.

Tipos trashumantes; 8 y 10 rs.

Operaciones de Bolsa. Contratacion sobre efectos públicos de los corredores de comercio y de los agentes de Bolsa, por el Dr. D. Francisco Lastres, abogado, profesor de Derecho y catedrático del Ateneo de Madrid; un tomo, 16 y 18 rs.

Positivismo (El), ó sistema de las ciencias experimentales. Conferencias dadas en el Ateneo barcelonés durante los meses de Enero, Febrero Marzo y Abril de 1877, por Pedro Estassén y Cortada; un tomo, 8.º, 10 y 12 rs.

Prontuario alfabético-geográfico-estadístico y administrativo de España, por D. Aristipo Guillen, jefe que ha sido de la seccion de Estadística; un tomo, 4.º, 24 y 26 reales.

Repertorio de la jurisprudencia civil española, ó compilacion completa, metódica y ordenada por órden alfabético, de las diversas reglas de jurisprudencia sentadas por el Tribunal Supremo de Justicia en las decisiones sobre recursos de nulidad, casacion é injusticia notoria, y en la resolucion de las competencias jurisdiccionales, por D. José María Pantoja; un abultado tomo de 4.400 páginas, 60 y 66 rs.

Se han publicado los apéndices 1.º á 6.º, que comprenden los años 1867 á 1878; 70 y 80 rs.

Los pedidos acompañados de su importe, se dirigirán á **VICTORIANO SUAREZ**, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.





20

0410

de España. Bibl